AGUA Y FORMA URBANA EN LA AMÉRICA PRECOLOMBINA: EL CASO DEL CUSCO COMO CENTRO DEL PODER INCA

José Alejandro Beltrán-Caballero

TESIS DOCTORAL

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE CATALUÑA - BARCELONA TECH (UPC)
2013

Códigos UNESCO 620100 550601 550501 620199

José Alejandro Beltrán-Caballero

AGUA Y FORMA URBANA EN LA AMÉRICA PRECOLOMBINA: EL CASO DEL CUSCO COMO CENTRO DEL PODER INCA

JOSÉ ALEJANDRO BELTRÁN-CABALLERO

UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE CATALUÑA - BARCELONA TECH (UPC)

DIRECTOR: RICARDO MAR

CO-DIRECTOR: MANUEL GUARDIA BASSOLS

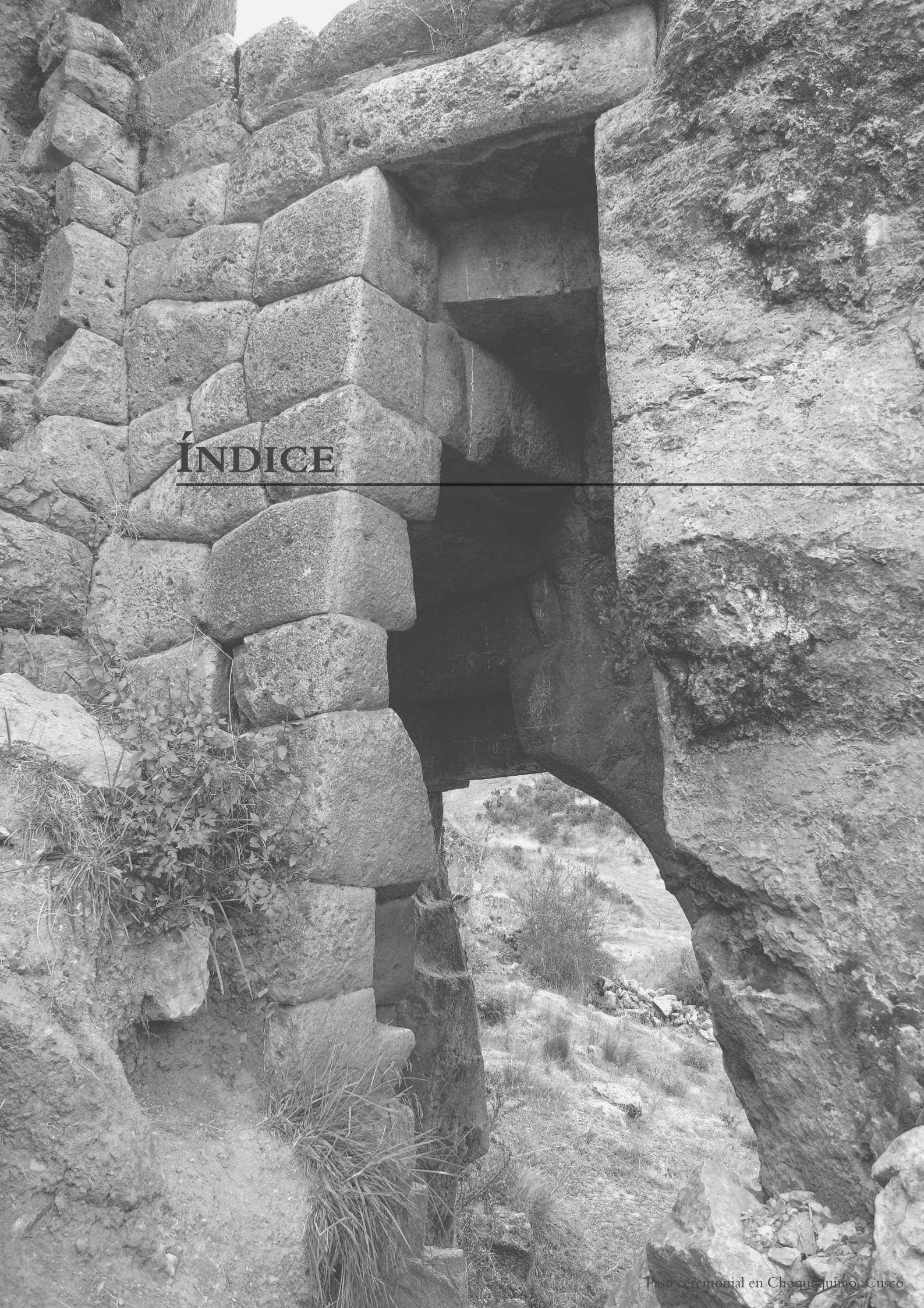
DEPARTAMENTO DE COMPOSICIÓN ARQUITECTÓNICA
ESCUELA TÉCNICA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA (ETSAB)

BARCELONA JUNIO DE 2013

TESIS PRESENTADA PARA OBTENER EL TÍTULO DE DOCTOR POR LA UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE CATALUÑA

A mi madre, quien con esfuerzo y bondad ha dado todo por mí.

ÍNDICE



Paso ceremonial en Choquequirao, Cusco

RESUMEN - ABSTRACT

PRESENTACIÓN

INTRODUCCIÓN: EL CUSCO CIUDAD HISTORICA
Introducción
1. LA METODOLOGÍA ARQUEOLÓGICA
El Cusco, Ciudad Histórica
La carta arqueológica del Cusco y la recuperación de los datos
La arqueología urbana
La Arqueología de la Arquitectura
El estudio de la ciudad inca
El contexto de la interpretación: la arquitectura inca
2. LAS CRÓNICAS COLONIALES
Cronistas españoles del periodo de conquista
Los cronistas nativos del Perú
Otros cronistas
Las narraciones incas y las crónicas españolas
3. LA CIUDAD DEL CUSCO COMO CAPITAL ARQUEOLÓGICA DE AMÉRICA
La capital arqueológica de América
Cusco sede del Incanato: el indigenismo
Como entender el Cusco en el siglo XXI

CAPITULO 1. MARCO GEOGRÁFICO Y ANTECEDENTES DE LA OCUPACION HUMANA DEL VALLE DEL CUSCO
Introducción
1.1 ASPECTOS GENERALES DE LA REGION DEL CUSCO
1.2 LA GEOMORFOLOGÍA DEL VALLE COMO UN PAISAJE MODIFICADO
1.3 LOS ORÍGENES GEOLÓGICOS
1.4 EL ESPACIO NATURAL DEL VALLE DEL CUSCO

1.5 LAS CULTURAS EN LOS ANDES
1.6 PRIMERAS COMUNIDADES HUMANAS EN EL VALLE DEL CUSCO: PERIODO ARCAICO
1.7 LAS COMUNIDADES ALDEANAS EN EL VALLE DEL CUSCO: PERIODO FORMATIVO
Formativo Temprano
Formativo Medio: La cultura Marcavalle
Formativo Tardío: La cultura de Chanapata
La integración de las estructuras familiares del valle en las formaciones estatales
1.8 LOS ESTADOS REGIONALES. EL PERIODO WARI EN EL VALLE DEL CUSCO: HORIZONTE MEDIO
1.9 LA REGIÓN DEL CUSCO ANTES DE LOS INCAS

CAPITULO 2. LOS INCAS: DE COMUNIDAD LOCAL A PODER CONTINENTAL
Introducción
2.1 MITO E HISTORIA EN LOS ORÍGENES DE LOS INCAS
2.2 LA DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA DEL ORIGEN DE LOS INCAS
2.3 LA FORMACIÓN DE LA CULTURA INCA: DE SEÑORÍO LOCAL A ESTADO REGIONAL
2.4 EL PROCESO DE EXPANSIÓN INCA
2.5 LA EXPANSIÓN CONTINENTAL: TRADICIONES ANDINAS Y LA ORGANIZACIÓN SOCIOPOLITICA
2.6 LA ECONOMÍA ANDINA Y LOS INCAS
El modelo económico costeño
El modelo económico serrano
El sistema socioeconómico Inca
2.7 EL CAMINO DEL INCA
2.8 EL TAWANTINSUYU

CAPITULO 3. LA RECONSTRUCCIÓN DE LA SEDE DEL PODER DEL TAWANTINSUYU: ASENTAMIENTOS Y TERRITORIO EN EL CUSCO
Introducción
3.1 DATOS PARA LA RECONSTRUCCIÓN DEL CUSCO INCA
Las fuentes de información
El centro representativo de la antigua capital
3.2 EL SISTEMA URBANO
El trazado de calles y espacios abiertos
La gran explanada ceremonial como elemento nuclear del tejido construido
3.3 LAS CASAS DEL SOL
La gran Casa del sol de Rurín Cusco: El Coricancha y sus dependencias anexas
El Cusicancha y recintos anexos
Hacia una interpretación funcional del sector meridional del Cusco
Las casas del Sol de Hanan Cusco: Saqsaywaman
3.4 LA ORGANIZACIÓN DEL ESPACIO URBANO
El gran recinto del Hatuncancha
El conjunto del Aqllawasi [Acllahuasi]
Pumamarca
3.5 LOS “PALACIOS” DE LOS GOBERNANTES INCAS Y LAS SEDES DE LAS PANACAS
El Qassana
El Coracora
El Amarucancha
El palacio de Viracocha Inca
Palacio/Fortaleza de Huáscar
Los restantes espacios urbanos
3.6 LA IDEA DE CIUDAD
El Cusco como agregado urbano
La idea de ciudad Inca
El proceso de diseño del agregado urbano
3.7 LA ESTRUCTURA DEL TERRITORIO
El primer anillo periférico: los pequeños asentamientos o *barrios*
El segundo anillo: los ceques y el agua
El tercer anillo: la situa y los rituales que delimitan el territorio sagrado de los incas

CAPITULO 4. CUSCO: AGUA Y TRAZA URBANA
Introducción
4.1 AGUA Y AGRICULTURA EN EL CUSCO INCA
4.2 LA GESTION DEL AGUA PLUVIAL Y DE LOS HUMEDALES
4.3 TERRAZAS, CANALES Y ASENTAMIENTOS EN LA CUENCA DEL CUSCO
4.4 LA PARTE ALTA DE LA CUENCA DEL CUSCO
Sector 1: Asentamientos, andenerías, canales, huacas y reservorios en el valle del río Chacán
El conjunto de Chacán y el aporte de aguas a la zona norte de la ciudad
4.5 EL PAISAJE HIDRÁULICO AL NORTE DE SAQSAYWAMAN
Sector 2: Las tierras llanas al norte de Lancacuyu, Qenqo y Laqo.
4.6 LAS LADERAS DEL VALLE EN SU VERTIENTE NORTE Y LAS TERRAZAS GEOLÓGICAS BAJAS
Sector 3: El inicio de la quebrada del río Kachimayo en Yunkaypata
Sectores 4 y 5: La micro-cuenca de Pumamarka y las terrazas agrarias de San Jerónimo
Las terrazas bajas de la cuenca desde el centro del Cusco hasta San Sebastián
4.7 HIDRÁULICA Y CIUDAD
Las terrazas bajas de la cuenca desde el centro del Cusco hasta San Sebastián
Otros sistemas de la Cuenca: La vertiente sur
Agua y Territorio

CONCLUSIONES. EL CASO DEL CUSCO EN EL CONTEXTO DE LAS SOCIEDADES HIDRÁULICAS PRECOLOMBINAS
Introducción
5.1. EL ESTUDIO DE LAS SOCIEDADES HIDRÁULICAS
El origen de la ciudad y las sociedades hidráulicas en la historiografía del siglo XX
5.2 LA PERSPECTIVA CONTEMPORÁNEA
5.3 LA GESTION HIDRÁULICA EN ZONAS ÁRIDAS: PERÚ, MÉXICO Y ESTADOS UNIDOS
La Costa Peruana: ecosistema y cambios en el periodo formativo
La gestión de cursos de agua no estacionales en los valles del Suroeste de los Estados Unidos y Norte de México
5.4 HIDRÁULICA DE CAMPOS INUNDADOS Y LA GESTIÓN AGRARIA DE LOS HUMEDALES
5.5 ASENTAMIENTOS, HIDRÁULICA Y TERRITORIO EN LAS MONTAÑAS DE SURAMÉRICA
La irrigación de tierras altas con terrazas escalonadas. Valles encajonados y territorios de montaña con aporte de agua continuo
Los Tairona
Los Incas
5.6 APUNTES FINALES. LA RESPUESTA ECOLÓGICA AL DEBATE ACADÉMICO: UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA DE LA GESTIÓN DEL AGUA
Gestión del agua y formaciones culturales
La gestión del agua como respuesta social

CONCLUSIONS: WATER AND CITY. THE CASE OF CUSCO IN THE CONTEXT OF HYDRAULIC PRE-COLUMBIAN SOCIETIES

BIBLIOGRAFIA

ANEXO
CARTA ARQUEOLÓGICA DEL CUSCO

RESUMEN

El origen y desarrollo de algunas de las culturas preindustriales más importantes del mundo se basó en la aplicación de estrategias sostenibles para la gestión de los recursos hidráulicos. La investigación en el siglo XX describió estas culturas bajo el epígrafe común de "sociedades hidráulicas", olvidando en ocasiones la enorme diversidad de soluciones técnicas que aplicó cada cultura en su relación con el medio natural. Esta Tesis Doctoral pretende retomar el estudio de estas "sociedades" en los territorios americanos a partir del caso de Cusco, capital del Estado inca. Agua y forma urbana en la América precolombina: el caso del Cusco como centro del poder Inca busca poner en el contexto americano las determinantes y las actuaciones que hicieron de esta ciudad un hecho planeado, un caso que entronca con la larga tradición andina de trasformación del territorio vinculada a las sociedades agrarias extensivas, primero en la costa y luego en la sierra.

La fundación del Cusco implicó la reorganización completa del medio natural en el valle del río Watanay. El conjunto de estrategias aplicadas en la gestión del agua marcaron la definición formal no solo de su Centro Representativo sino del gran aglomerado urbano que constituyó la capital del Tawantinsuyu. El sinnúmero de obras ejecutadas, si bien transformaron el valle, no pusieron en riesgo su equilibrio natural. Las labores de saneamiento de tierras, canalización de torrentes, y construcción de terrazas y asentamientos garantizaron de manera equilibrada con los recursos hídricos del valle, el sostenimiento del aparato de la capital del Estado inca. Sabemos que el caso del Cusco es ejemplo de un proceso cultural milenario. Para comprender las raíces de este fenómeno es necesario hacer un recorrido en la historia a través de los cambios naturales del valle del Cusco, sus primeros habitantes, las sociedades que lo habitaron antes de los incas y la aparición y expansión de éstos del nivel regional al continental.

Profundizaremos en la reconstrucción del Centro Representativo del Cusco como ejemplo de sacralización a gran escala de un espacio, y como hecho vertebrador de la estrategia del agua a nivel de toda la cuenca. El diseño de dicho Centro creó un marco específico, ligado a lo sagrado, para los eventos naturales como expresiones de seres inmortalizados en la naturaleza. Manantes, rocas, ríos y montañas condicionaron las relaciones espaciales a todos los niveles; eran referentes, secuencias ceremoniales, límites y memoria. El caso del Cusco inca ilustra una forma de pensamiento que entendía el medio natural no solo como el contexto para el desarrollo de una actividad, sino como el propiciador en sí mismo de las actividades humanas: un ser con el se establecía comunicación a través de las expresiones físicas de la intervención humana, premisa bajo la que se estructuraría la vida a todos los niveles.

El estudio sobre la gestión del agua en la América precolombina ha girado entorno al nivel tecnológico alcanzado por las sociedades preindustriales. Pero el éxito de esta empresa no radicó simplemente en una premisa tecnológica. A lo largo de este trabajo veremos cómo dicho avance fue fruto de un milenario contexto cultural; su cosmovisión permitió incorporar, a todos los niveles, patrones de comportamiento y organización basados en el entendimiento del medio como expresión de su propio ser. Sin esta "empatía" con el contexto natural, hubiera sido muy difícil que estos pueblos generaran respuestas que hoy podemos calificar de ingeniosas, responsables y respetuosas con el medio. El caso del Cusco es solo uno entre los muchos que pueden ser estudiados en el contexto Americano. Por esta razón, y a manera de reflexión final incorporamos a la discusión un breve repaso por diferentes culturas que, cada una en su propio y particular medio natural, supieron generar una verdadera simbiosis (hombre-obra-medio) y dieron respuesta a los retos de la naturaleza de manera ingeniosa y sofisticada.

ABSTRACT

Origin and development of some of the world's most important pre-industrial cultures was based on the application of sustainable strategies for the management of water resources. Research in the 20th century described these cultures under the common heading of "hydraulic societies", occasionally forgetting the enormous diversity of technical solutions applied by every culture in its relationship with the natural environment. This dissertation aims to return to the study of these "societies" in American from the case of Cusco, capital of the Inca State. Agua y forma urbana en la América precolombina: el caso del Cusco como centro del poder Inca (Water and urban form in pre-Columbian America: the case of Cuzco as Center of Inca power) seeks to put in the American context determinants and actions that made this city a planned event, a case that connects with the long Andean tradition of transformation of the territory linked to extensive agrarian societies, first on the coast and then in the sierra.

The foundation of Cusco involved the complete reorganization of the natural environment in the Valley of the river Watanay. The group of strategies applied for water management marked the formal definition not only of its Representative Center but also the great urban aggregate that constituted the capital of Tawantinsuyu. The number of executed works although transformed the Valley do not put at risk its natural balance. The work of land drainage, torrents channelling and construction of terraces and settlements guaranteed in a balanced way with the water resources of the Valley, the maintenance of the apparatus of the capital of the Inca State. We know that the case of Cusco is an example of a millennial cultural process. To understand the roots of this phenomenon it is necessary to make a journey in history through the natural changes of the Valley of Cusco, its first inhabitants, the societies that lived before the Incas and their emergence and expansion from regional to continental.

We will go in depth in the reconstruction of the Representative Center of Cusco as an example of sacralisation of a space, and as a unifying fact of the strategy of water at the entire basin level. The design of the center created a specific framework, linked to the sacred, to natural events such as expressions of beings immortalized in nature. Springs, rocks, rivers and mountains influenced the spatial relationships at all levels; they were references, ceremonial sequences, limits, and memory. The case of Inca Cusco illustrates a way of thinking, understanding the natural environment not only as the context for the development of an activity, but as the facilitator in itself of human activities: a being with who it was possible to established communication through physical expressions of human intervention premise under which life at all levels would be structured.

Study on water management of in pre-Columbian America has turned around to the technological level reached by pre-industrial societies. But the success of this enterprise did not simply rely on a technological premise. Throughout this dissertation, we will see how this progress was the result of a millennial cultural context; their world view allowed them to incorporate, at all levels, patterns of behaviour and organization based on the understanding of the environment as an expression of their own being. Without this "empathy" with the natural context, it would have been very difficult for these peoples to generate answers that today could be described as clever, responsible and respectful with the environment. The case of Cusco is only one among the many that can be studied in the American context. For this reason, a final reflection add to the discussion a brief review of different cultures which, each in its own particular natural environment, were able to generate a true symbiosis (human-work-environment) and responded to the challenges of nature of ingenious and sophisticated way.

Presentación

Detalle de muro del llamado "Palacio del Inca Roca" – Cusco

Abordar temas relacionados con el estudio de la arqueología y el mundo antiguo es un reto para un arquitecto si tenemos en cuenta el contexto actual de los estudios en arquitectura. Hacer el esfuerzo de salir de los límites de una disciplina que acorde con los tiempos le cuesta mirar más allá de sus propias limitaciones, podría ser tachado de innecesario. Discursos que escuchamos de algunos de nuestros maestros en los que se nos motivaba a incluir en nuestro repertorio de referencias todo lo que nos rodeaba porque finalmente la arquitectura era solo un pequeño trozo de la realidad, a veces parecen recuerdos de un pasado mejor. Y si creí por un momento que el reto era salir de dichos límites, creo que en realidad el reto es tener una posición coherente frente a esa necesidad de indagar en campos más amplios, en otras disciplinas, quizá para volver y darme cuenta que la arquitectura era eso que aquellos maestros decían; o quizá más, mucho más. A este respecto sin el apoyo de los Profesores Manel Guardia Bassols y Ricardo Mar, codirectores de esta tesis, arquitectos con enfoques profesionales diferentes, y quienes desde el primer momento creyeron en las posibilidades de este trabajo, el resultado que se presenta en estas páginas no hubiera llegado a alcanzar el equilibrio que le sustenta.

Mi acercamiento al mundo prehispánico tiene como determinante, la casualidad. Ni mi origen (colombiano) ni mi formación profesional (arquitecto) me había llevado a indagar en estos mundos que se nos presentan con cierta frecuencia desde el cliché, el prejuicio y el lugar común. Fue conocer al Dr. Ricardo Mar y su trabajo lo que abrió una puerta a ese mundo desconocido. Si bien sus investigaciones antes del año 2009 se habían centrado en el ámbito de la arqueología y la arquitectura en época clásica en el Mediterráneo occidental, su profundo conocimiento de la Arquitectura (con mayúsculas) y sus muchos años de trabajo en el campo de la arqueología le permitieron encajar con una cierta facilidad los retos de la arquitectura y la arqueología en el ámbito americano. Su metodología de trabajo me ha resultado clave para acercarme a una realidad, desde un cierto punto de vista, desconocida: la de la arqueología y las culturas de la América pre colonial. Su formación como arquitecto le ha dado las herramientas para estudiar el objeto material más grande de una excavación arqueológica, el edificio, a partir de lo que falta y a través de una herramienta indispensable, el dibujo. Su trabajo como arqueólogo le ha permitido estudiar y analizar la arquitectura como un objeto cultural, algo que la enriquece y la hace más compleja. La lección, en este sentido, es que ningún objeto, tenga el valor material que tenga, puede llegar a decirnos algo fuera de su contexto. El desconocer el contexto material de un objeto de cualquier cultura limita su conocimiento y su significado.

Así, tomar la decisión de abordar un tema Americano, pre colonial, de arquitectura y territorio, y ligado con la arqueología como tema de tesis doctoral nace de esta colaboración, iniciada en el año 2009, cuando tuve la oportunidad de comenzar a trabajar en el Seminario de Topografía Antigua (SETOPANT) de la Universidad Rovira i Virgili (URV). Allí, uno de los proyectos de arqueología urbana y del territorio que se llevaban a cabo tenía como escenario la ciudad del Cusco. En su primera etapa el proyecto contó con el patrocinio de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). A partir de 2011, el proyecto amplió su ámbito internacional al vincular al Museo del Indio Americano de Washington (NMAI-Smithsonian Institution) a la estructura ya establecida entre las universidades Rovira y Virgili de Tarragona (URV) y Nacional San Antonio Abad del Cusco (UNSAAC). Este proyecto científico internacional de cooperación, coordinado por los doctores Ramiro Matos (NMAI) y Ricardo Mar (URV), tiene como objeto el estudio del urbanismo y la arquitectura en el Cusco, y busca promover un consenso en torno a la interpretación arqueológica de la antigua ciudad en pro de la mejora de su conocimiento científico.

Uno de los primeros resultados de este proyecto ha sido la Carta Arqueológica del Cusco que incluye la cartografía de los restos arqueológicos de la Ciudad Histórica que hemos utilizado en este trabajo. La identificación de dichos restos en el valle y su documentación gráfica fue el resultado de dos campañas de trabajo de campo realizadas durante los meses de Julio-Agosto de 2010 y 2012. Los datos que aquí se presentan forman parte de esta base datos, elaborada bajo la dirección del Dr. Mar a quien agradezco la posibilidad de su explotación científica y presentación en esta tesis. Dentro de este proyecto, el presente trabajo busca ser una aportación al tema para un periodo clave en la ocupación humana del Cusco: la época Inca; las campañas realizadas en Perú nos permitieron abordar la problemática y recopilar la información de primera mano. A su vez, el trabajo en torno al Cusco inca busca ser el ejemplo que desarrolle la idea de la gestión responsable de los recursos por parte de las culturas de la América precolombina.

En el contexto del proyecto científico, durante el primer semestre del año 2011 tuve la oportunidad de hacer una estancia como Visiting Scholar en el Centro de Estudios Latinoamericanos (CLAS) de la Universidad de Stanford. Bajo el tema *The Concept of Place in the Pre-Hispanic America. Implications in Contemporary Architecture*, esta estancia no solo me permitió ampliar la bibliografía respecto a las sociedades hidráulicas en Colombia, Perú y México, sino que hizo posible acércame a la materialidad de las sociedades del llamado "Suroeste" de los Estados Unidos. La visita a sitios tan emblemáticos de las culturas pre coloniales del norte de América como Chaco Canyon, Mesa Verde o Hovenweep, entre otros, me permitió ampliar el espectro de estudio con el fin de hacer una propuesta de tesis que parte del hecho de que las diferentes maneras de habitar el medio en la América precolombina respondían, en todas y cada una de sus sociedades, a un vínculo metafísico entre hombre y medio natural. En este punto he de agradecer la amable invitación del director del CLAS, el Dr. Rodolfo Dirzo, la colaboración de todo el personal que hizo posible el desarrollo de mi trabajo y en especial al Dr. Herbert Klein, exdirector del Centro, con quien tuve la oportunidad de intercambiar impresiones respecto al mundo americano.

Otro aspecto que ha sido de vital importancia para el desarrollo de esta tesis ha sido entrar en el mundo de la teoría arqueológica. Si bien, durante estos años a través más de la práctica que de la teoría había tenido un primer acercamiento a la arqueología, fue una estancia el año 2012 en la Universidad de Roma-La Sapienza la que me permitió obtener de primera mano el corpus base que refuerza el contenido teórico de esta tesis. Temas como la Arqueología de la Arquitectura, la excavación arqueológica, o la arqueología del territorio y el paisaje, han tomado una forma más concisa y han podido ser mejor tratados en la problemática abordada. Las visitas a las excavaciones del Palatino y al yacimiento del Claudiano en Roma, a Ostia, Nápoles o Capri (Villa Iovis) hicieron parte de las visitas que se convirtieron en verdaderas lecciones que pusieron en contexto ruina, arquitectura y ciudad. Sin el apoyo del Dr. Patricio Pensabene no hubiera sido posible esta estancia y a él dirijo mis agradecimientos.

Desde el punto de vista del concepto, existe en lo profundo de este trabajo una seria preocupación por hacer un aporte que permita avanzar en el conocimiento de las sociedades pre coloniales en América. Por fortuna, este es un empeño con el que están muchos investigadores verdaderamente comprometidos. El acercamiento a estas realidades lejanas y complejas ha de hacerse evitando la superposición de nuestros esquemas de pensamiento a sus expresiones materiales; algo que ha hecho mucho daño y ha aportado muy poco al debate científico. Hacer estudios meramente descriptivos y sin un contexto apropiado lleva a que prejuicios como el de centro y periferia interfieran en el conocimiento real del pensamiento que dio lugar a las culturas

en el contexto americano. América es un continente muy extenso, con innumerable variedad de entornos naturales y grupos humanos que adaptaron su existencia no solo al medio sino a sus necesidades particulares, basados en una cosmovisión que dio lugar a sistemas muy diversos, con diferentes formas de organización política y social donde conceptos contemporáneos como equidad, igualdad o desarrollo tecnológico pueden apartarnos de ver el conjunto en su totalidad, sin prejuicios.

Existe también una preocupación por mi parte de aportar algo en contra de dos lugares comunes que hacen parte del imaginario colectivo en occidente respecto a las sociedades americanas. Uno de estos lugares comunes son aquellas teorías que buscan "explicar" desde un punto de vista "científico" la autoría de las grandes obras de ingeniería, matemáticas y otros ámbitos de la ciencia no occidental en América, como obras de seres de otros mundos. El otro, es la tendencia a idealizar las sociedades americanas como el paradigma de justicia y equidad, algo que bebe de las ideas ilustradas del buen salvaje. Mientras el primer prejuicio niega el hecho que sociedades con estándares sociopolíticos y de "desarrollo" diferentes a los occidentales hayan podido llevar a cabo grandes realizaciones, el segundo solo entiende la perfección de las sociedades americanas aplicado a pequeños grupos socialmente poco estratificadas. Estos prejuicios y sus variantes hacen parte de la forma de presentar estas sociedades, lo que en el fondo esconde un profundo desprecio y desconocimiento por todo aquello que no provenga de la esfera del pensamiento occidental.

Para acabar, y teniendo en cuenta que tenemos muchas páginas por delante para desarrollar estos temas, quiero puntualizar que todo el material gráfico (planos, fotos, esquemas, etc.) es de mi autoría, con excepciones en cuyo caso se dan los correspondientes créditos a sus respectivos autores o fuentes. Cierro esta presentación dedicando sus últimas líneas a todos aquellos que han hecho que de una u otra manera este trabajo alcance sus objetivos: al Dr. Ricardo Mar como director del SETOPANT-URV, grupo de investigación que ha sido mi soporte institucional durante los últimos 5 años, al Dr. Manel Guardia Bassols por su gran interés en que compartiera los avances de este trabajo en el marco de los seminarios del Master de Historia y Teoría de la Escuela de Arquitectura de la UPC, al Dr. Joaquín Ruiz de Arbulo por su apoyo constante, a los doctores Magdalena Chocano, Joan Casanovas e Igor Parra con quienes espero sigamos discutiendo temas relacionados con la historia de América y sus culturas, al ingeniero José Carlos Ramírez Prada cuyos apuntes acerca de las transformaciones del contexto natural del Cusco han sido claves para el desarrollo de ese apartado de la tesis, a los compañeros del SETOPANT David Vivó, Marc Lamua, José Javier Güidi, Ferran Gris, Arnau Perich, a Manuel Andrés y Marta Lucía Beltrán Caballero, mis hermanos, y a la Fundación Fernando Galindo sin cuyo soporte económico no hubiera sido posible en el año 2001 el inicio de un viaje que me ha traído a tan buen puerto.

INTRODUCCION

EL CUSCO CIUDAD HISTÓRICA

Plaza de Armas del Cusco. Al fondo, el Ausangate

Afrontar la realización de una tesis doctoral que contribuya a la reconstrucción del paisaje urbano de la antigua capital inca y muestre la importancia que tuvo la gestión del agua en su definición es, en muchos aspectos, un desafío. En primer lugar porque desde el punto de vista cultural, para las sociedades americanas anteriores a la llegada de los europeos, el medio natural y su gestión integral formaban parte de una cosmovisión existencial que condicionaba todas las actuaciones de los grupos humanos en su relación con la *madre naturaleza*. No era simplemente una estrategia de supervivencia, sino que era la base cultural de la identidad profunda de cualquier comunidad. Esto es bien conocido en las comunidades definidas como "tecnológicamente menos desarrolladas" o "primitivas" desde los prejuicios de la historiografía europocéntrica. A nadie sorprende la importancia religiosa de la naturaleza para los grupos humanos de la Amazonía o de las llanuras del centro de los Estados Unidos. Sin embargo, cuando se habla de las culturas urbanas de Mesoamérica o de los Andes nos parece que los logros de culturas tan sofisticadas implicaron necesariamente la ruptura del equilibrio existencial con la naturaleza. Mientras que la antropización del territorio en la experiencia occidental ha implicado históricamente su destrucción, sorprende que una cultura urbana como la Inca pudiese llegar a un grado de sofisticación tan importante estableciendo estrategias sostenibles de actuación con el medio. Estudiar la gestión del agua en el desarrollo urbano del Cusco es explorar el valor ejemplar que tuvo una determinada cultura histórica en su relación con el medio natural.

En segundo lugar, porque el Cusco es hoy en día uno de las más espectaculares centros históricos de toda América. Todos conocemos el final abrupto que tuvo la cultura inca como entidad estatal y territorial. Su capital fue el escenario de estos cambios y como testimonio tenemos la ciudad colonial que se superpuso sobre al inca; su arquitectura caracteriza un espacio urbano que ha merecido la inclusión por la UNESCO en la lista del Patrimonio Mundial. Naturalmente, a la ciudad colonial siguió la republicana y la contemporánea. Por ello, trabajar en la historia urbana del Cusco exige reconocer su complejidad material y la importancia ideológica que ha adquirido en la memoria colectiva del Perú y, en general, de los pueblos americanos.

En tercer lugar, este trabajo pretende gestionar desde una perspectiva científica innovadora la información arqueológica disponible para reconstruir el paisaje urbano de la antigua ciudad-capital del Tawantinsuyu, lo que exige aproximarnos a las antiguas construcciones incas dese el estudio de los restos conservados.

Se trata de un triple desafío que exige desglosar una serie de puntualizaciones que presentaremos en los cuatro apartados de esta introducción. En el apartado 1, *La ciudad del Cusco como capital arqueológica de América*, veremos cómo la antigua capital Inca ha adquirido una dimensión que sobrepasa su estricta

Fig. 1
Vista del valle del Cusco con el Centro Histórico en primer término y la cumbre nevada del Ausangate al fondo. La ciudad contemporánea ha ocupado las tierras bajas y las laderas del valle extendiéndose hasta donde la vista alcanza.

dimensión histórica: representa el pensamiento indigenista en la región andina y acumula a escala global múltiples valores simbólicos. Naturalmente, esta visión contemporánea de la ciudad está focalizada en su pasado inca. En este sentido, una de las fuentes fundamentales para su reconstrucción son las crónicas de la época colonial. A ellas está dedicado el apartado 2, *Las crónicas coloniales*. Sin embargo, y por evidentes razones históricas, los textos antiguos no constituyen un material objetivo. Por ello, es necesario recurrir a las fuentes primarias, las arqueológicas, para colocar sobre la topografía de la ciudad las plantas de los edificios citados por los cronistas y así aproximarnos a la reconstrucción de su imagen urbana. En el apartado 3, *Metodología arqueológica*, hablaremos de los instrumentos de trabajo que nos permitirán avanzar en esta línea. Finalmente, será necesario contextualizar todo ello en la historia de los trabajos que nos han precedido. En el apartado 4, *El urbanismo inca del Cusco*, mencionaremos de manera sucinta los trabajos precedentes, recogidos en numerosas publicaciones, que se han centrado en el estudio del urbanismo pre-colonial de la ciudad.

1. LA METODOLOGÍA DE TRABAJO

Partiendo de los datos actuales -tanto escritos como materiales- la reconstrucción de la forma urbana del Cusco en época Inca es una tarea bastante compleja. En cierto modo, también es necesario considerarla como parte de una investigación que nunca estará acabada. Las sucesivas excavaciones arqueológicas o la investigación en los archivos documentales seguirán aportando nuevos datos que obligaran a cambiar o incluso a descartar aspectos que ahora, con la documentación disponible, pueden parecer interpretaciones certeras; se trata de una circunstancia que inevitablemente acompaña la arqueología como fuente para la reconstrucción de la historia urbana. Desde el punto de vista metodológico, partiremos de los datos arqueológicos como las fuentes históricas que presenta una mayor fiabilidad; proseguiremos integrando estos datos con el panorama explicativo que nos ofrecen los cronistas. A pesar que el Cusco debe ser entendido como la suma del centro más estrictamente urbano y su *hinterland* –el Valle del Cusco-, se analizará en este compendio de textos aquellos que hablen exclusivamente de edificios, barrios, áreas, plazas y demás estructuras arquitectónicas y urbanísticas del centro urbano, "zona urbana" (como la denominó Agurto) o Centro Representativo (en este trabajo).

El Cusco, Ciudad Histórica

Para llegar al urbanismo inca tenemos que comprender los procesos de transformación de la ciudad a través del tiempo; hemos de ir hacia atrás en la historia del Cusco Histórico actual identificando los cambios en el parcelario (aproximadamente unos 10 puntos significativos), para luego discutirlos *in situ* y llegar a una propuesta de delimitación de los recintos incas. En este sentido nos ayudará la propia concepción del espacio urbano inca: un tejido denso, organizado con estrechas calles por cuyo eje discurrían los canales de evacuación del agua lluvia. Las calles se cortaban en ángulo (aproximadamente) recto y dibujaban un sistema de manzanas cerradas que alojaban los edificios de piedra. También es clave el papel de los ríos encauzados y pavimentados. Tenemos que llegar a una propuesta de distribución de los recintos originales eliminando las calles de época colonial y republicana.

A la hora de contrastar la visión tradicional

Fig. 2

Fig. 3

del urbanismo del Cusco con las fuentes arqueológicas nos encontraremos con numerosos problemas. En general, disponemos de la información correspondiente al perímetro de las manzanas incas (son los muros que vemos paseando por la ciudad), pero nos falta la información del interior edificado. Existen varios reportes arqueológicos producidos a lo largo del siglo XX, que recogen esta información en forma de fichas y de planos integrados en el parcelario. Estos datos deben ser incorporados y contrastados en un documento único para verificar, por una parte, que contamos con todos, y por otra, que coincidan en sus detalles topográficos. Aunque los datos son fragmentarios, ya que hacen parte o están bajo el denso tejido de construcciones que hoy en día forma la ciudad, estos conforman la base para el periodo prehispánico de la Carta Arqueológica del Cusco en la que venimos trabajando, parte fundamental de nuestra investigación.

Como ya comentamos, el primer elemento que nos permite aproximarnos a la forma urbana del antiguo centro del Cusco son los muros perimetrales que delimitaban los principales conjuntos construidos de la ciudad, marcaban la posición de sus calles y se proyectaban sobre el territorio del valle a través de caminos bien delimitados que en muchos casos siguen funcionando hoy en día. El rasgo más característico de este sistema está constituido por una red de canales que encauzan la evacuación de aguas pluviales a través de la ciudad. La documentación arqueológica de recintos construidos en época Inca se concentra en el espacio que se extiende entre los ríos Saphi y Tullumayo, delimitando un sistema urbano estrecho y alagado centrado en torno a la actual Plaza de Armas.

Aunque el urbanismo colonial tiene su base en el trazado de las calles de la ciudad inca, los grandes recintos urbanos que formaban la ciudad fueron repartidos entre los conquistadores y luego compartimentados generando el trazado de calles nuevas. La construcción en estos recintos de importantes edificios coloniales como iglesias, monasterios o palacios desmontó la mayor parte de las estructuras arquitectónicas que ocupaban el interior. Por esto, en su mayor parte sólo se han conservado los muros perimetrales de las manzanas de la ciudad inca; los bloques escuadrados que formaron parte de sus edificios fueron reutilizados en las nuevas construcciones coloniales. Uno de los casos más representativos quizá sea el de la fragmentación del gran

Fig. 4

En el Cusco, el pasado prehispánico ha condicionado la forma a la ciudad.
Fig, 2 y 3: calles Hatunrumiyoc y Awacpinta en el centro de la ciudad. Estos son solo dos ejemplos de la permanencia en el tiempo de los paramentos y el trazado de la ciudad inca.
Fig, 4: Calle de la zona de San Blas. En este barrio encontramos vestigios de terrazas de época inca; algunas continúan dando forma a calles y manzanas.

recinto del Hatuncancha construido probablemente por Pachacutic. Durante la conquista, este recinto fue cortado por el trazado de las calles San Agustín y Santa Catalina para el reparto de solares entre los ocupantes españoles del siglo XVI. La construcción del palacio colonial de la casa Concha (realizado con técnicas constructivas inca) y el gran complejo eclesiástico de San Agustín, corresponden a dos de las transformaciones que sufriría durante la colonia. Otras calles históricas actuales fueron abiertas en este periodo, como la calle Triunfo abierta con la construcción de la Catedral. Durante el periodo republicano continuó la trasformación del urbanismo colonial con la demolición de algunas construcciones y la apertura de nuevas calles o el ensanchamiento de otras. Un ejemplo es la destrucción del convento de San Agustín (bombardeado por orden del general Gamarra en 1836) que permitió la apertura de la calle Ruinas.

Los espacios al interior de los recintos han sufrido grandes transformaciones en los anteriores 500 años; será solo a través de las excavaciones arqueológicas que nos podamos acercar a lo que en su momento representaron. Casos como el del Coricancha, el Cusicancha, el Convento de las Nazarenas, entre otros, nos ayudarán a plantear para el interior de los recintos un modelo de ocupación. Grandes recintos como el mencionado Hatun Cancha es más difícil de recomponer aunque las hipótesis que se trabajarán estarán basadas en los conceptos de unidad edilicia de los conjuntos construidos de la cultura inca.

La documentación de los restos incas ha sido compilada en una Carta Arqueológica a partir de la delimitación del parcelario de los edificios actuales. Es una cartografía producida por restitución fotogramétrica automatizada a partir de fotografía aérea. Es el sistema más moderno y estandarizado de trabajo topográfico que, sin embargo, presenta errores cartográficos ya que toma como referencia para trazar las calles las cornisas de los tejados. No es un problema exclusivo del Cusco, sino por el contrario, es un problema inherente a la metodología que actualmente se aplica en todas partes (lo usa por ejemplo Google Maps para producir su cartografía). En el Cusco es un problema importante, ya que calles de cuatro metros de anchura pierden dos metros por el voladizo de cada cornisa. Por esto, es necesario revisar algunas partes de esta cartografía para corregir sus errores más importantes.

La carta arqueológica del Cusco y la recuperación de los datos

Desde el punto de vista de la metodología científica y de los objetivos concretos de este trabajo, es necesario distinguir dos niveles complementarios pero diferenciados.

Por una parte, es necesario tener en cuenta que la reconstrucción específica y detallada de la fase Inca es solamente un segmento cronológico del estudio de la ciudad histórica del Cusco en todas sus etapas (Pre-Inca, Inca, Colonial, Republicana y Contemporánea). En principio, no debería ser posible interpretar una de estas fases sin tener en cuenta la evolución diacrónica de todo el agregado urbano. Esta aproximación integral a la documentación del tejido histórico exige inventariar y documentar cada uno de los edificios o fragmentos construidos de cada periodo que han sobrevivido hasta nuestros días. Se trata de un proyecto a largo plazo que debe ser afrontado institucionalmente (Municipalidad, Ministerio de Cultura, UNSAAC) como un instrumento de gestión, tutela y estudio de un patrimonio protegido por un notable entramado jurídico de declaraciones. El moderno desarrollo de los instrumentos informáticos de gestión urbana ofrece las herramientas necesarias para su coordinación. Implica necesariamente la elaboración de un Sistema Geográfico Integrado (GIS) que recopile las fichas geo-referenciadas y los informes históricos, no sólo de los restos arqueológicos y sus excavaciones, sino también de la edificación existente. Implica el dibujo y documentación moderna de los conjuntos histórico-arqueológicos y la integración de todo ello en una base de datos que incluya los informes de las excavaciones arqueológicas.

Sabemos que en el futuro habrá nuevas excavaciones urbanas que aportarán nuevos datos y, además, irán saliendo a la luz informaciones procedentes de viejas excavaciones y trabajos de documentación que se han realizado en el pasado y que todavía no han sido divulgados. Por lo tanto, tenemos que trabajar con la hipótesis de que parte de las conclusiones que buscan proponer un modelo explicativo global y coherente de la forma urbana del Cusco en época inca, deberán ser revisadas en el futuro.

Estamos frente a una realidad urgente: la carencia de documentos gráficos que permitan presentar al público general una imagen comprensible y rigurosa de lo que constituyó la antigua ciudad. La ciudad inca no es *una más* de las fases de vida del Cusco. Debemos recordar que constituyó el centro neurálgico, funcional y simbólico del Tawantinsuyu. Es necesario subrayar su importancia histórica, no sólo para los cusqueños y peruanos en general, sino también para los numerosos extranjeros que transitan la ciudad camino de Machu Picchu, ignorando en demasiadas ocasiones el poderoso substrato urbano que constituyen los restos arqueológicos presentes en el paisaje contemporáneo de la ciudad. Como investigadores en temas de ciudad y cultura tenemos una responsabilidad específica en la socialización del conocimiento de la ciudad, que hoy por hoy, está restringido al ámbito especializado de los estudios académicos. Este trabajo pretende cubrir en parte este vacío, proponiéndose definir el estado actual de la documentación arqueológica para el periodo inca. Pretendemos además realizar una propuesta interpretativa de la ocupación del valle y estudiar las relaciones que se establecieron entre el centro representativo y los demás asentamientos.

La arqueología urbana

El estudio arqueológico de la arquitectura constituye una de las líneas tradicionales de investigación avanzada en los institutos de Arqueología Clásica europeos. Se inició a finales del siglo XIX con las excavaciones clásicas de Grecia (Olimpia, Delfos, Atenas, etc.) y Oriente (Pérgamo, Babilonia, Persépolis, etc.), quedando relegada al ámbito cerrado de institutos universitarios y centros de investigación especializada. Hasta mediados del siglo XX su aplicación se ha desarrollado en ámbitos académicos de prestigio, sin apenas proyección ni uso social.

El desarrollo de la Arqueología Urbana, especialmente en sus últimos decenios en la segunda mitad del siglo XX, causado por el acelerado proceso de renovación que han experimentado los centros históricos de toda Europa, implicó la aplicación de los estudios arqueológicos de la arquitectura a edificios que carecían del prestigio de los grandes monumentos históricos. El eje de este proceso ha sido la gestión integral de las ciudades y de los edificios históricos. Con ello, parte de la metodología desarrollada para el estudio arqueológico de la arquitectura ha contado finalmente con un ámbito de proyección, primero en la restauración de edificios históricos de

Fig. 5 Detalle de la Carta Arqueológica del Cusco (Anexo) en la que se muestra la superposición de estratos temporales que configuran la ciudad contemporánea. Para llegar a proponer la restitución de los recintos de época inca que ocupaban el Centro Representativo, se han proyectado sobre la foto aérea los datos de las diferentes excavaciones y del trabajo de campo con el fin de presentar un documento unificado que permita hablar de las relaciones de la capital del Tawantinsuyo con el territorio.

Fig. 6.

todas las épocas, y segundo como instrumento de diagnosis urbana de los planes gestión integrada de las ciudades europeas.

Dado que el espacio de las ciudades y el territorio en el que se asientan están en un continuo proceso de trasformación, generado por la acción en el tiempo de los procesos económicos y sociales (Biddle y Hudson, 1973; Gelichi, 2001). Los trazos en el parcelario, las medianeras de los edificios, las construcciones de cada calle y por supuesto los *archivos del suelo*[1] que se esconden bajo los pavimentos, son indicios históricos que al ser documentados e interpretados suministran instrumentos de diagnosis histórica imprescindibles para encauzar las modernas propuestas de intervención. La lección que nos ofrece la Arqueología Urbana en las ciudades históricas es la necesidad de observar hasta los menores detalles del tejido construido para comprender la evolución del agregado urbano en el tiempo y en el espacio. La disciplina que hoy en día recoge todo ello es la "Arqueología de la Arquitectura".

La Arqueología de la Arquitectura

La denominada "Arqueología de la Arquitectura" nació en Italia a partir de la confluencia de tres líneas de trabajo complementarias pero con objetivos diferentes (Quirós 2001). Desde un punto de vista cronológico el punto de partida está marcado por los estudios arqueológicos realizados en la colina del Castello (Génova) en los años 70. El tejido histórico que ocupaba esta colina había sido destruido como consecuencia de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Muchos solares aún se encontraban cubiertos de escombros una situación que permitió su conversión en un auténtico laboratorio para el estudio de las técnicas constructivas de los edificios medievales. Se comenzó por el dibujo de los alzados y se prosiguió estudiando las diferentes fases de construcción de cada uno de estos alzados. Tiziano Mannoni (1976) utiliza la significativa denominación de "lectura estratigráfica edilicia" o "de alzados".

En estos mismos años y de forma paralela a la experiencia genovesa se produce la conversión de Carandini a la moderna arqueología inglesa. Libros como *La secuencia estratigráfica: una cuestión de tiempo* de E. C. Harris (1975), el manual de arqueología *Technique of Archaeological Excavation* de Philip Barker (1977) o *Principios de estratigrafía arqueológica* (Harris, 1979), constituyen el corpus

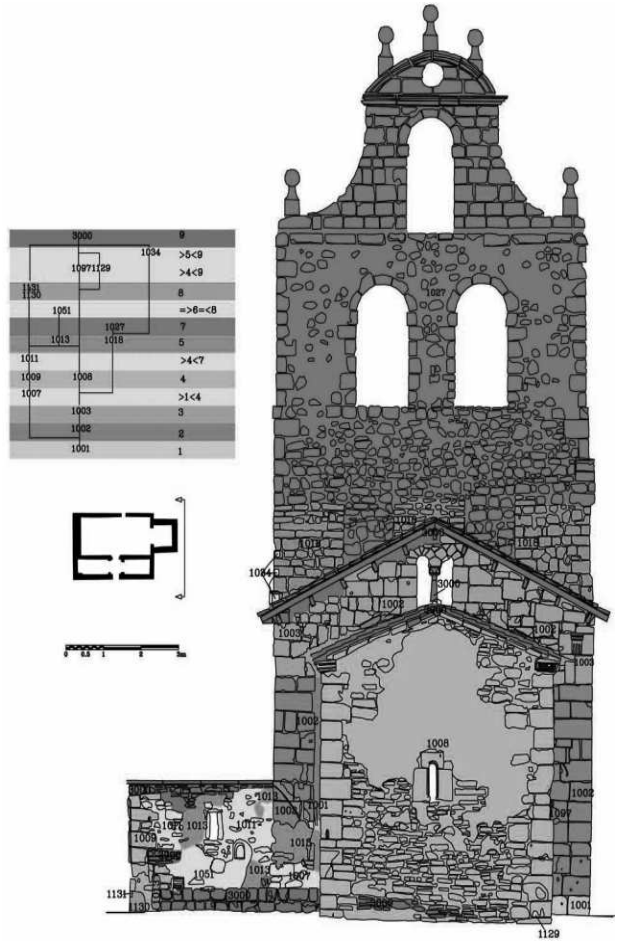


Fig. 7

El conjunto del Cusicancha (en la página anterior) es un ejemplo de cómo la arqueología urbana ha ayudado a la consolidación de las excavaciones dentro del tejido construido como parte del patrimonio vivo de la ciudad (Foto: Ricardo Mar).

Partiendo de las técnicas de estudio y registro empleadas en la excavación arqueológica (fig. 7), el análisis de paramentos es una herramienta que ayuda a establecer de manera sistemática los lineamientos generales para la intervención de edificios históricos. En la imagen, y como ejemplo de esta metodología, dibujo de las unidades estratigráficas establecidas para en la intervención de la iglesia de la Asunción de San Vicente del Valle (Burgos) (F. Arce 2010: fig. 10).

principal de dicha escuela. La excavación de la villa de Settefinestre, dirigida por Carandini y en la que participaron arqueólogos ingleses, constituyó el punto de partida desde el que se difundió la nueva técnica de registro de datos arqueológicos. Como resumen de todo ello, Carandini publicaría su manual *Storia de la Terra* (1981).

Algo posterior es la aplicación de la lectura arqueológica de paramentos a la restauración de edificios. En este caso fue el arqueólogo medievalista R. Francovich, colega de Mannoni quien en unión de R. Parenti comienza el desarrollo y sistematización de la técnica desarrollada en Génova, para su aplicación en la restauración de monumentos. Parenti había publicado en 1983 un primer artículo sobre la problemática del alzado de los edificios *Le strutture murarie: problema di metodo e prospectiva di recerca*, al que siguió otro dos años más tarde *La lettura stratigrafica delle murature in contesti archeologici e architettonici*. Finalmente, en 1987 se celebró en Siena un congreso que sirvió para integrar la técnica de registro, impropiamente popularizada como técnica "Harris", con la técnica de lectura estratigráfica de paramentos. Su título *Archeologia e Restauro dei Monumenti* ilustra claramente los objetivos planteados y lo que será el desarrollo posterior de la técnica: definir y normalizar los criterios de documentación. Es decir, contribuir al registro arqueológico normalizado de las unidades estratigráficas como un instrumento de diagnosis previa a la restauración de edificios.

Como resultado de todo ello a comienzos de los años 90 proliferaron iniciativas y grupos de trabajo que tenían como objetivo la aplicación de estas técnicas al conocimiento arqueológico completo de un edificio histórico. En definitiva, la utopía de un sistema capaz de explicar íntegramente todas y cada una de las micro-transformaciones que a lo largo de los siglos se pudieron ir produciendo sobre una construcción histórica.

El término *archeologia della architettura* surge en 1990 y supuso el desembarco masivo de arquitectos sin formación histórica pero con un buen bagaje para la documentación gráfica detallada de los alzados de los edificios históricos. La fundación en 1996 de la revista *Archeologia della Architettura* elevará la técnica del registro estratigráfico aplicada a edificios históricos al rango de "disciplina", sirviendo además de canal de expresión al colectivo interesado específicamente en el tema.

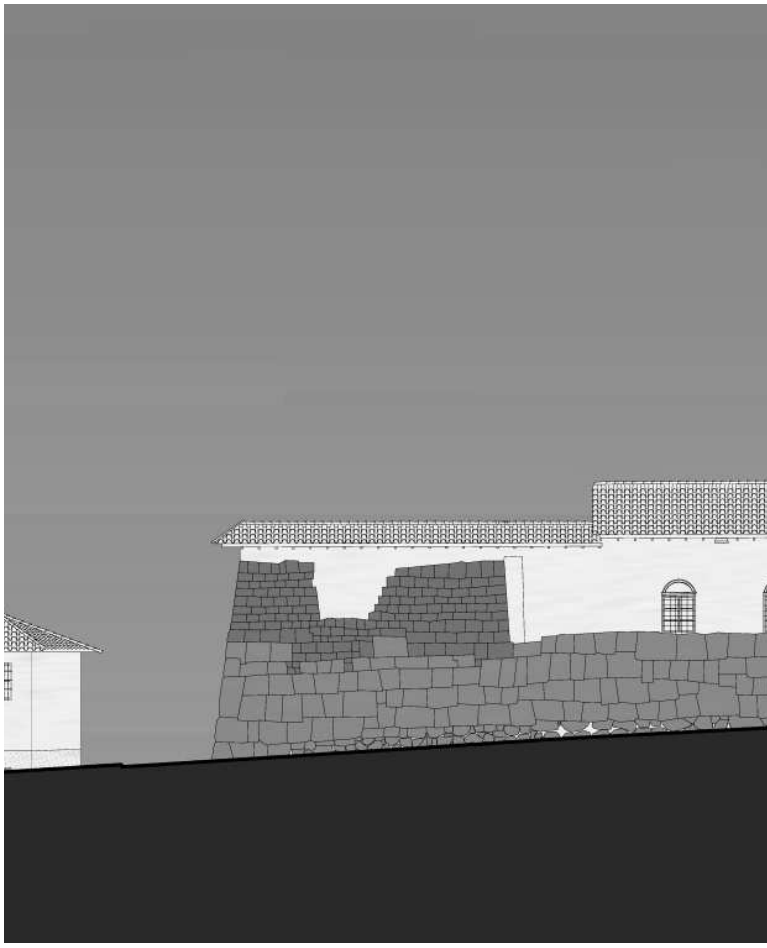


Fig. 8

En los últimos años arqueólogos, historiadores del arte y arquitectos, especializados en la arqueología de la arquitectura, han encontrado un objetivo científico ambicioso. El error es, nuevamente, confundir una técnica instrumental con los verdaderos objetivos de la investigación arqueológica. Creer en definitiva que es posible un conocimiento arqueológico (*material* en términos neopositivistas) separado del conocimiento histórico. Volvemos con ello a las consideraciones iníciales de nuestro proyecto, la reconstrucción de la ciudad del Cusco en un momento específico de su historia.

Desde el punto de vista de la gestión de la información, la generalización de los programas relacionados ha supuesto en los últimos años una simplificación enorme de las herramientas informáticas necesarias para la gestión de estos complejos archivos de documentación. En la práctica, el hardware necesario de este tipo de proyectos es cada vez más accesible en términos económicos y técnicos. Por ejemplo, la restitución fotogramétrica requería hace 10 años grandes y costosas infraestructuras. Hoy en día puede ser resuelta con un PC convencional. Asimismo, el software se ha diversificado y mejorado sus aplicaciones a las necesidades de la gestión de los centros históricos. Hoy en día contamos con programas cuyo coste es fácilmente accesible. El problema no está en la financiación de su compra sino en contar con la formación necesaria para rentabilizar estos nuevos programas.

Actualmente, la "Arqueología de la Arquitectura" constituye la base metodológica para la gestión integral de los centros históricos complejos; aporta los instrumentos necesarios para convertir un marco físico material, es decir, calles, fachadas, casas, pavimentos y hasta las cloacas, en un territorio cultural. Si lo estudiamos adecuadamente, descubriremos que es capaz de suministrar algunas claves históricas imprescindibles para encauzar coherentemente sus transformaciones. En España contamos con algunos ejemplos destacados como el de la Catedral de Vitoria (Universidad del País Vasco) o los centros históricos de Lleida (Ayuntamiento de Lleida) o Tarragona (URV) (Moreno, Molina, Contreras 1999).

El estudio de la ciudad inca

En las páginas precedentes hemos expuesto las dificultades que supone fijar la ciudad del Cusco en términos culturales. A la compleja superposición

Fig. 9

Detalle y alzado del antiguo Palacio Arzobispal donde se muestra claramente cómo las estructuras coloniales se superponen a las de época inca. El trabajo que la Subdirección de Patrimonio de la Municipalidad del Cusco ha acometido para el registro de los edificios del Cusco constituye una base de datos clave para que desde la Arqueología de la Arquitectura se aborde el estudio tanto de la forma urbana, como de los cambios y trasformaciones del tejido construido.
(Dibujo basado en los trabajos de documentación del Centro Histórico llevados a cabo por la Municipalidad del Cusco y que hace parte del proyecto "Visualizing Cusco". Municipalidad del Cusco-Smithsonian-URV).

de estratos cronológicos (Pre-Inca, Inca, Colonial y Republicano) tenemos que añadir las diferentes percepciones que de la ciudad tienen turistas, indigenistas, místicos, o los habitantes mismos de la ciudad. En realidad, las diferentes percepciones apuntan a una ciudad imaginada que no es ni la ciudad colonial española ni tampoco de la ciudad republicana; el mito que subyace es siempre la perdida capital de los Incas. Los restos de esta *ciudad perdida* son los que documentaremos, intentando objetivar el conocimiento arqueológico de su antigua fisionomía, lo que requiere explicitar el modo de trabajo y la línea argumental que pretendemos afrontar. En este sentido, nos ha parecido útil comenzar este apartado metodológico con las palabras del excelente trabajo de Leonardo Miño Garcés *El manejo del espacio en el Imperio Inca*: "Entendemos por manejo del espacio la manera en que los individuos, organizados en sociedad, se apropian de su entorno vital como producto de un largo proceso de conocimiento de las posibilidades y limitaciones naturales del mismo, de continuas experimentaciones de técnicas productivas, y de modos de organización de los individuos y de los grupos para ese propósito. Todo el proceso, por lo tanto, constituye parte de la formación de la cultura de la sociedad en cuestión y, como la apropiación del espacio es física y mental, así, éste pasa a formar parte de esa cultura de múltiples maneras. Lo anterior se expresa o refleja en la manera como los individuos y los grupos están asentados en el espacio, así como en la disposición y forma de las realizaciones físicas que aquellos han producido, y aun en las modificaciones del mismo paisaje. Por lo tanto la lectura del espacio puede constituir una forma de conocer la cultura de la sociedad, y viceversa, el conocimiento de la cultura de una sociedad pasa por la lectura del espacio apropiado por ésta" (Miño, 1994: 15).

Fig. 10. T. Zuidema estudia el Cusco desde las relaciones de la ciudad con el territorio. Éstas, en la cultura inca, estaban ligadas a un sistema de referencias religiosas fijas en el paisaje (sistema de ceques) que condicionaban los rituales y marcaban la influencia directa del ámbito geográfico en la forma física de la ciudad (Zuidema-Poole 1982: fig.3).

El trabajo de L. Miño Garcés es una reflexión que se aproxima al urbanismo del Cusco incaico a partir de la concepción cultural de la construcción del espacio. Sigue con ello las orientaciones del precedente estudio de Tom Zuidema *The ceque system of Cusco: The social organization of the capital of the Inca* (1964) donde se subraya la importancia de ciertas orientaciones astronómicas significativas, a juicio de la interpretación presentada por ambos autores, en el trazado de las calles y los edificios Incas. Se trata de una tradición que en los estudios cuenta con trabajos tan importantes como el de Brian S. Bauer y David S. P. Dearborn, *Astronomy and empire in the ancient Andes* (1995). Más allá del valor probatorio que atribuyamos a los argumentos astronómicos presentados por estos autores, creemos significativas las palabras de Miño respecto a la necesidad de estudiar el modo cómo las sociedades humanas organizaban el espacio que ocupaban, y de qué manera el estudio del espacio trasformado por la mano del hombre nos habla respecto a la mentalidad y modo de organización de las sociedades que nos han precedido.

Así, el estudio del Cusco, de la arquitectura inca y de la sociedad que la construyó cuenta con innumerables trabajos que afrontan tanto aspectos parciales de su estudio como cuestiones generales de mayor implicación socio-cultural. Sin embargo, en general, es posible afirmar que predominan las aproximaciones "etnohistóricas" al fenómeno cultural de los Incas. Las estructuras económicas y sociales, las formas de parentesco, las relaciones de reciprocidad, las tradiciones funerarias o la interpretación funcional de los aspectos materiales de la cultura son aspectos profundamente estudiados en los trabajos arqueológicos. La interpretación de la arquitectura y de la ciudad, en los términos citados que proponía Miño, cuentan con desarrollos más limitados. La misma presentación del paisaje urbano del antiguo Cusco se reduce habitualmente a la mera presentación de una planta esquemática de su trazado tal como fue propuesto inicialmente por Gasparini y Margolíes (1977), seguida por Agurto (1980), Chávez Ballón (1991) y por Bauer (2004). La cuestión no radica tan sólo en el carácter limitado de los datos arqueológicos, sino también en su enfoque metodológico. Creemos que es necesario aproximarnos a la ciudad histórica desde la dimensión volumétrica de sus edificios, en la línea de lo que podríamos definir como "arqueología de la

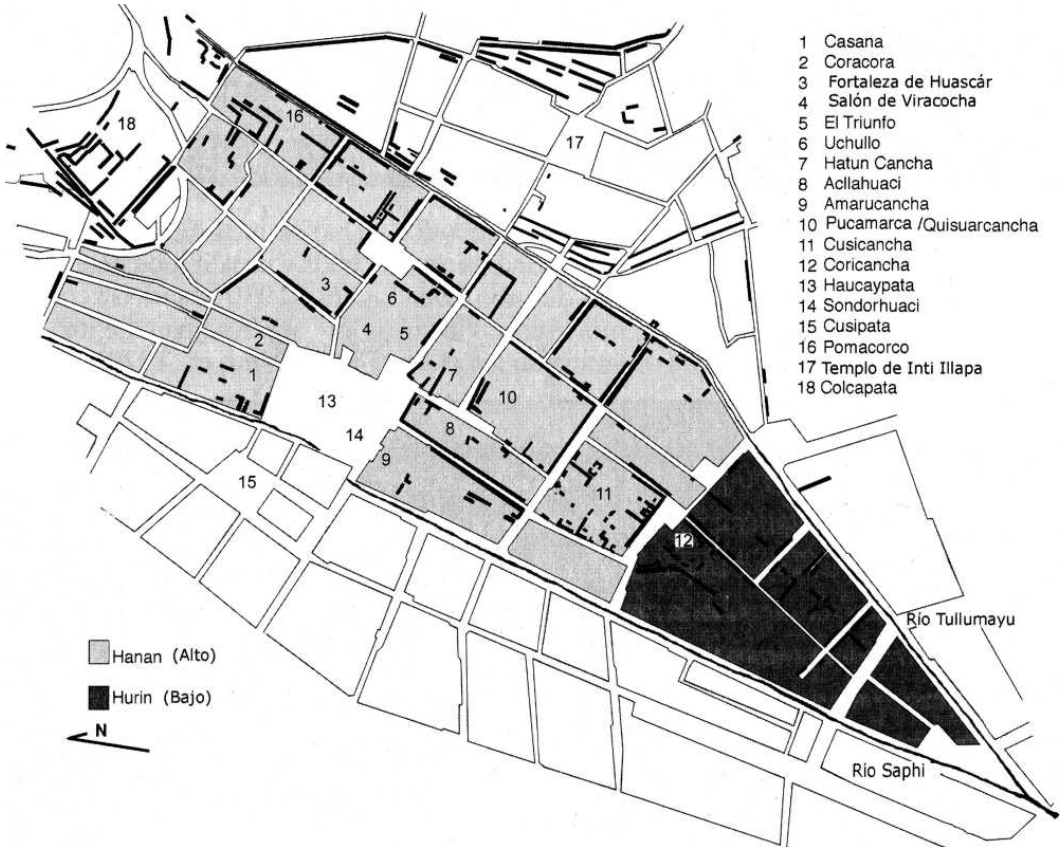


Fig. 11. Plano del Cusco según B. Bauer. Partiendo de los trabajos de S. Agurto en los que se registraron los restos arqueológicos incas de la ciudad. B. Bauer revisa la posición de los principales recintos y la bipartición de la ciudad inca (Bauer 2008, fig. 10.2).

arquitectura", una perspectiva europea de los cambios recientes de la arqueología urbana.

De este modo, para afrontar el estudio del urbanismo del antiguo Cusco es necesario combinar dos fuentes de información complementarias: la arqueología y las fuentes textuales. Mientras que en Europa se cuenta para estudios de este tipo con una sólida tradición establecida en los últimos 50 años (Quirós, 2001), en el caso de la arqueología americana en general, y en el Cusco en particular, la combinación de ambas fuentes en el estudio de la ciudad histórica constituye un fenómeno con pocos años de recorrido (Paredes, 2001). Esto tiene una explicación histórica. La arqueología europea nació asociada con la arquitectura y los estudios de Bellas Artes, lo que la llevó a desarrollar instrumentos para el análisis de la ciudad y de la arquitectura histórica destinados a su interpretación como un proceso en el que se superponen diferentes fases y etapas constructivas (Heighway ed., 1973). Al mismo tiempo, y a través de un estudio histórico de la arquitectura, ha puesto un énfasis especial en la restitución de las partes desaparecidas de edificios de todos los periodos. Es a este conjunto de técnicas al que nos hemos referido como Arqueología de la Arquitectura (Azcarate, 1996). Frente a este desarrollo Europeo, la arqueología americana se ha desarrollado asociada con los estudios antropológicos, por lo que se han priorizado los estudios destinados a comprender el significado social y cultural de las manifestaciones materiales de las culturas precolombinas. En esta tradición, el estudio de la arquitectura precolombina se ha centrado en el examen de sus usos y funciones, más que en reconstruir sus alzados y con ello su imagen arquitectónica. Ya que es necesario establecer puentes entre las dos visiones para el caso del Cusco como la capital del Tawantinsuyu, conviene hacer algunas matizaciones metodológicas respecto a la Arqueología Urbana y de la Arquitectura en Europa, y rastrear la principal bibliografía disponible para su posterior aplicación en el contexto arquitectónico precolombino en América.

El contexto de la interpretación: la arquitectura inca

La arquitectura inca constituye un fenómeno notable por la homogeneidad de sus manifestaciones a lo largo de los territorios que formaron parte del Tawantinsuyu. Su sensibilidad hacia el entorno natural, la expresividad que confiere al cuidadoso

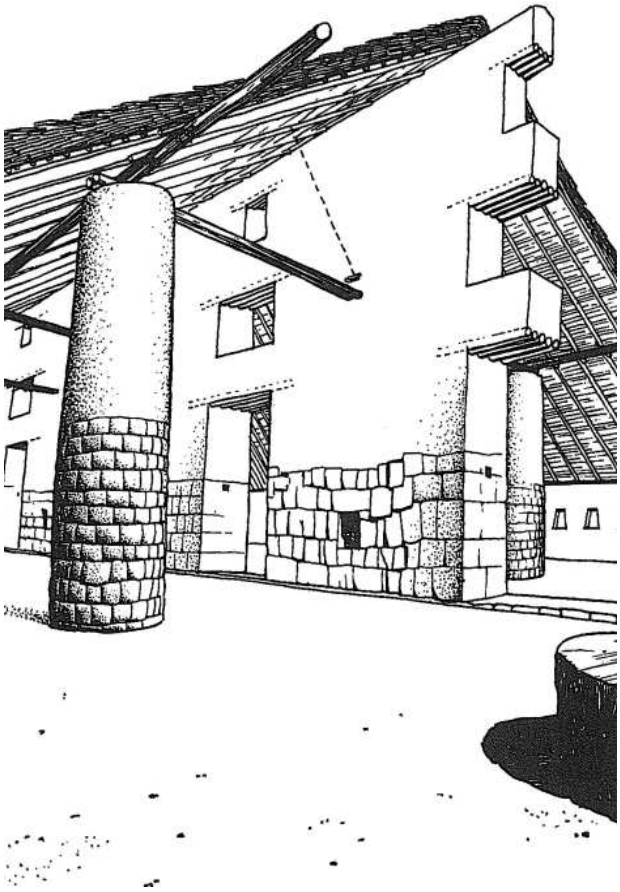


Fig. 12

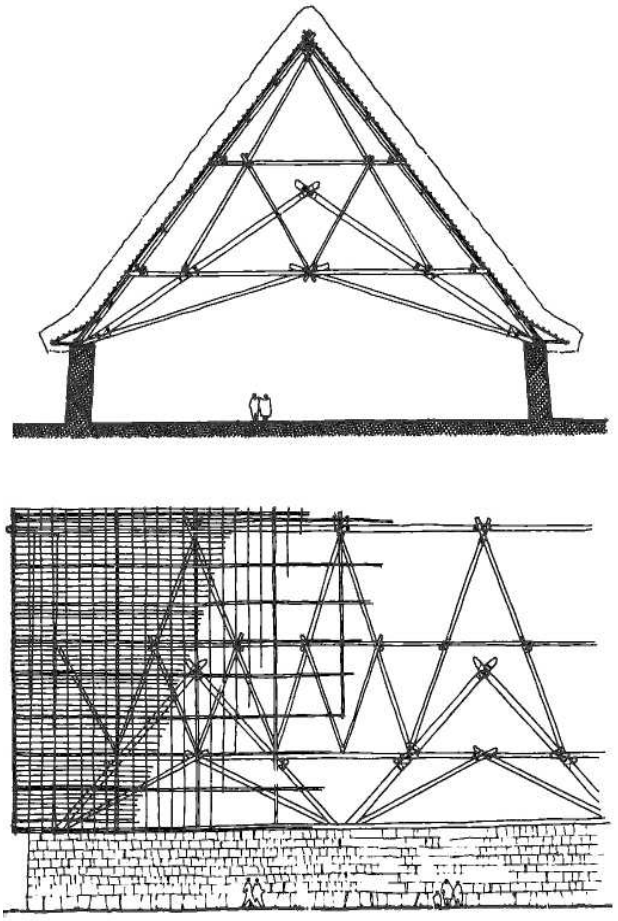


Fig. 13

trabajo de los materiales pétreos, el uso de soluciones compositivas homogéneas desde un punto de vista tipológico y la aplicación de formas características en los alzados y las cubiertas, permiten definirla como un sofisticado y bien definido lenguaje arquitectónico. Gracias a ello, contamos con un importante conjunto de ejemplos bien estudiados que nos permitirán proponer reconstrucciones verosímiles para completar los datos limitados que ofrece, por ahora, la carta arqueológica del Cusco.

Las primeras grandes síntesis sobre arquitectura Inca fueron publicadas a finales de los años 70's del siglo XX. Los arquitectos de la Universidad Central de Venezuela Graziano Gasparini y Luise Margolies, publican en 1977 su libro *Arquitectura Inka*, en el cual abordan la cuestión de la arquitectura desde el punto de vista de su uso, la inserción de ésta en la ciudad y sus problemas técnicos y estéticos. El Institut Française d'Etudes Andines publica en 1983 *Contribution a l'Etude de l'Architecture Inca* de Jean-François Bouchard un libro que se centra en el estudio de la arquitectura inca del Valle del Urubamba, cuyo análisis parte de los elementos básicos de la arquitectura -puertas, ventanas, muros- para luego llegar a las formas de agrupación de los conjuntos y el estudio de la región. S. Agurto en su *Estudios acerca de la construcción, arquitectura y planeamiento Incas*, publicado en 1987, abarca la documentación completa de los cientos de yacimientos arqueológicos incas extendidos por un territorio que comenzaba en el norte de Chile y Argentina y que se extendía hasta la actual frontera entre Ecuador y Colombia. Su carácter general permite comprender las tendencias del urbanismo y arquitectura inca y busca dar soluciones a problemas como las formas de construcción y los materiales utilizados. Un ejemplo es el estudio de la cobertura de los edificios (algunos de más de cien metros de largo y 20 o 30 de ancho), que condicionó el diseño y la composición arquitectónica. Una aproximación más detallada y atenta a los procesos de diseño arquitectónico y de construcción ha surgido en los dos últimos decenios a partir del estudio monográfico de yacimientos concretos. Destacan los trabajos del arquitecto Jean-Pierre Protzen sobre la arquitectura de Ollantaytambo (1993). Esta línea de trabajo ha sido continuada en trabajos como el de Susan Niles *The shape of Inca history: narrative and architecture in an Andean Empire* de 1999 sobre la arquitectura y ocupación de los dominios campestres del último

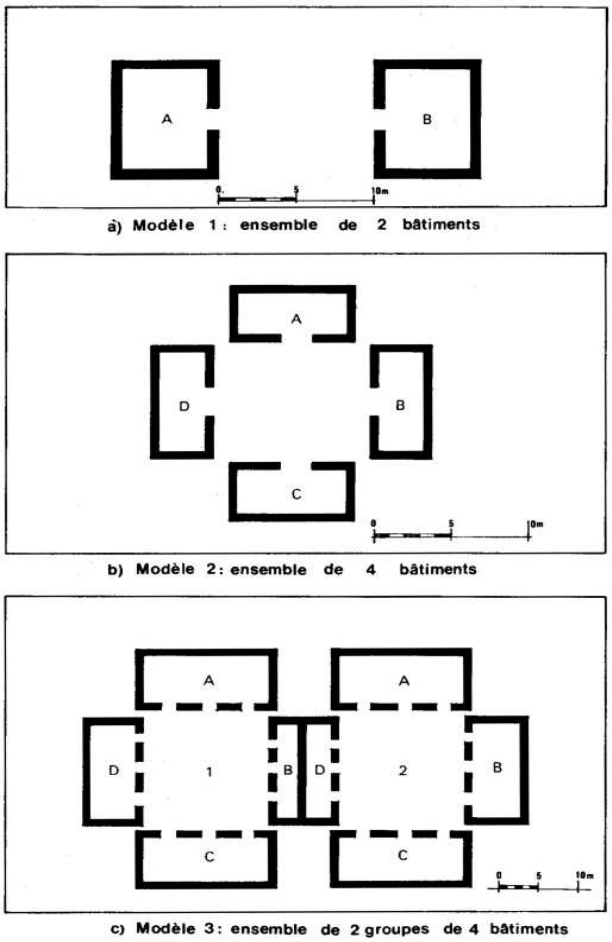


Fig. 14

G. Gasparini y L. Margolies en su *Arquitectura Inka* abordan el estudio de las formas, técnicas y estrategias empleadas en la configuración física y espacial de la arquitectura inca. Un ejemplo es esta propuesta para la cubierta del templo inca de Viracocha en Raqchi (fig. 10). Parten de una reflexión respecto a los restos y el papel de la cubierta en la estática del conjunto. (Gasparini-Margolies 1977: 255, fig. 254)

Santiago Agurto, tomando como base su conocimiento exhaustivo del uso de los materiales y técnicas incas que han llegado hasta nosotros, explora las posibilidades de la inventiva y pericia técnica incas en esta propuesta para la cubierta de grandes edificios o *kallankas* (fig. 11), aplicado a aquellos casos en los que no se ha encontrado restos de posibles apoyos centrales. (S. Agurto 1987: 241)

J-F. Bouchard analiza en su trabajo una amplia gama de aspectos de la arquitectura inca. Un ejemplo (fig. 12) es su propuesta de síntesis para las unidades organizativas de dicha arquitectura: las *kanchas* (Bouchard 1983: 71).

de los reyes incas, Huayna Qhapaq, en el valle del Urubamba.

Estos trabajos subrayan la coherencia formal y técnica de la arquitectura inca. A manera de ejemplo están algunas soluciones atemporales como la estandarización de las plantas de los edificios, el uso de escaleras voladas en sistemas aterrazados (Tipón, Moray, Chinchero, Machu Picchu…) o la construcción de balcones en terraza diseñados en función de una visual controlada del paisaje (Pisac). Resaltar la extrema modernidad de algunas de estas soluciones arquitectónicas, es sin duda un gran valor de muchos de estos estudios. Para la aplicación de dichos trabajos en la reconstrucción de un paisaje urbano tan complejo como el antiguo Cusco, será necesario tener en cuenta otras aportaciones bibliográficas de carácter más antropológico. Se trata de trabajos que reflejan la estrecha relación que los estudios arqueológicos han tenido con la antropología en toda América y que complementan los estudios estrictamente arquitectónicos, dado su énfasis en los análisis sociales y etnográficos. Destaca el papel jugado por el gran congreso *Variations in the Expression of Inca power* de 1997 que reunió a los principales estudiosos del Perú prehispánico. En este contexto destacan los trabajos sobre categorías específicas de edificios, como son los almacenes o *colcas*, por su evidente impacto en el análisis social. Respecto al estudio de la ciudad dos trabajos son particularmente relevantes: el primero de John Hyslop *Inca Settlement Planning* (1990) nos acerca al estudio global de la ciudad inca ligada a factores religiosos, políticos y sociales. El segundo de Van Hagen-Morris *The cities of Ancient Andes* (1998), hace un recorrido desde el surgimiento de los primeros asentamientos en la costa peruana hasta los desarrollos urbanos más importantes de los Andes (Wari e Inca). La documentación y publicación de los yacimientos de Huanuco Pampa hecha por Craig Morris en 1987 y Pumpu por Ramiro Matos en 1994, ofrece un repertorio de soluciones formales y de organización de espacios urbanos que resultará de la mayor importancia en nuestro trabajo, al tratarse de ciudades administrativas inca, que nos ayudarán a comprender algunas partes completamente desaparecidas del antiguo Cusco.

2. LAS CRÓNICAS COLONIALES PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE LA CAPITAL INCA

Una de las fuentes fundamentales a la hora de estudiar la topografía antigua de Cusco son las noticias recogidas en los textos coloniales más antiguos, habitualmente clasificados en función del origen de los autores. Contamos en primer lugar con los autores españoles que participaron como soldados en el proceso de conquista, y los que llegaron más tarde al Perú y que escribieron en los primeros decenios de la colonia española. A estos tenemos que incorporar tres autores incaicos que escribieron directamente sus obras o que las dictaron para su redacción en castellano. Finalmente contamos con el autor mestizo Garcilaso de la Vega que por la importancia histórica de sus obras debe ser considerado aparte.

Existe una larga tradición de estudios que en diferentes momentos han afrontado la reconstrucción topográfica del urbanismo del centro representativo de la capital Inca; esta es una tarea compleja, dificultada por las limitaciones que presentan las fuentes de información. El punto de partida tradicional ha sido el estudio de las referencias y descripciones incluidas en las fuentes escritas; se trata de un material extraordinariamente rico, crónicas redactadas en los primeros años de la conquista y durante el periodo colonial. En ellas encontramos breves descripciones de la ciudad incluidas en obras más amplias redactadas con una gran variedad de intenciones. Algunas intentan justificar la conquista e interpolan algunas noticias para a subrayar el poder y riquezas del estado Inca a través del recuerdo de sus obras más grandiosas. En ocasiones son encargos directos de las máximas autoridades del virreinato destinados a explicar la evolución histórica del Tawantinsuyu desde una visión europea. Entendidos casi como documentos oficiales habrían ayudado a gestionar el gobierno de las poblaciones del virreinato, siempre desde los intereses de la corona española.

Sin embargo, algunos cronistas estuvieron motivados por posicionamientos personales de diferente índole. En ocasiones, por su personal implicación con la propia sociedad indígena pre colonial, en otras, por tratarse de estudiosos que sin haber visitado el Perú se esforzaron sinceramente en conseguir información veraz sobre el legendario "imperio" que habían destruido los conquistadores españoles. Con todo, las descripciones de la arquitectura y el urbanismo de las ciudades son siempre sumarias y, salvo muy contados casos, dependen de otras fuentes narrativas precedentes, algunas hoy en día perdidas. La idea general de la riqueza en metales de la gran capital coincide en todos ellos, así como los rasgos generales de su paisaje urbano. Sin embargo, al acercarnos al detalle urbanístico, las contradicciones y la ambigüedad entre las diferentes fuentes escritas hacen difícil proyectar los datos que aparecen en estas sobre la planta actual de la ciudad.

Cronistas españoles del periodo de conquista

Destacan en este primer grupo de autores los soldados que asumieron el papel de cronistas de las expediciones. Son las fuentes más directas, ya que al escribir en los años 1532-1535 pudieron ver aún intacto el Tawantinsuyu. La aproximación de los conquistadores españoles a la historia de la sociedad inca, aun cuando representa un esfuerzo de comprensión de la historia andina, está plagada de inexactitudes fruto de la perspectiva europea que inevitablemente condicionaba su visión. Es interesante que alguno de ellos como Juan de Betanzos, autor de la *Suma y narración de los Incas* (1551), llegase a aprender quechua. Aunque la información que transmiten es vital para la reconstrucción de la historia pre-colonial del Perú, no debemos olvidar que su perspectiva es la de un conquistador empeñado en "civilizar" y difundir la "verdadera fe" por las Indias Occidentales.

Cristóbal de Mena escribió la obra titulada *La conquista del Perú llamada la Nueva Castilla* (1534). Nacido en Ciudad Real (España) procedía de una familia de hidalgos. Se embarcó muy joven hacia América donde lo encontramos ya en los años 1510-1513. En 1526 participó en la conquista de Nicaragua bajo las órdenes de Pedro Arias Dávila. En 1531 acompaña a Pizarro en la expedición del Perú. En Abril de 1534 publicó en Sevilla, aunque sin firmarla, la primera crónica de la conquista del Perú, bajo el título: *La conquista del Perú, llamada la nueva Castilla, La qual tierra por divina voluntad fue maravillosamente conquistada en las felicísima ventura del Emperador y Rey Nuestro Señor y por la prudencia y esfuerzo del muy magnífico y valeroso Caballero el Capitán Francisco Pizarro, Gobernador y Adelantado de la Nueva Castilla y de su hermano Hernando Pizarro y de sus animosos Capitanes, fieles y esforzados compañeros, que con él se hallaron.*

Francisco de Jerez, era el secretario personal de Pizarro. Escribió la *Verdadera relación de la conquista del Perú y provincia de Cuzco llamada la Nueva Castilla* (1531) y la Relación Sámano-Xerez (1528), en la que se narran los primeros viajes de

Pizarro realizados entre 1525 y 1527. Su historia personal responde al estándar de los protagonistas de la conquista. En 1514, a la edad de quince años se embarca a las órdenes de Pedro Arias Dávila en la flota que zarpa de Sanlúcar rumbo a Panamá. Dos años después (1516) nos aparece acompañando a Vasco Núñez de Balboa en la exploración de la costa del Océano Pacífico. Después de participar en exploraciones y conquistas se establece en la villa de Acla como escribano público hasta que en 1524 se une a la expedición al Perú de Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Hernando de Luque. Fue secretario de Pizarro y escribano oficial de la expedición. Asistió a la captura del inca Atahualpa y participó en el reparto de su rescate. Un enfrentamiento contra los ejércitos del inca casi acaba con su vida por lo que en 1534 decidió regresar a España. Se estableció en Sevilla donde contrajo matrimonio con una dama de origen aristocrático, para finalmente dedicarse al comercio marítimo. Regresó a las Indias en 1554, donde murió. En 1534, apenas establecido en Sevilla, publicó la obra *Verdadera Relación de la conquista del Perú* como reacción al libro de Cristóbal Mena (*La conquista del Perú llamada la Nueva Castilla*). La obra de Francisco de Jerez contó con una cierta notoriedad como demuestran las sucesivas ediciones y reimpresiones que de ella se hicieron.

Juan de Betanzos fue un explorador y conquistador que participó en las Guerras Civiles que sucedieron a la conquista del Perú. Se supone que nació en Betanzos en torno al año 1510, y murió en Cuzco en 1576. Fue uno de los pocos conquistadores que aprendieron quechua, por lo que llegó a ocupar el cargo de intérprete de la Real Audiencia de Lima. Escribió varias obras, entre las que destaca la S*uma y narración de los incas*. Participó en la guerra entre Pizarro y Almagro que concluyeron con el envío de Cristóbal Vaca de Castro como visitador y gobernador del Perú. Después del asesinato de Francisco Pizarro en 1541 y de la victoria de Vaca de Castro (1542), Juan de Betanzos aparece en el entorno del nuevo gobernador. Se casó con Cuxirimay Ocllo, la antigua esposa principal de Atahualpa, por entonces llamada doña Angelina y que había sido tomada como concubina por Francisco Pizarro. *La Suma y narración de los Incas que los indios llamaron Capaccuna, que fueron señores de la ciudad del Cuzco y de todo lo a ella subjeto* fue escrita entre 1551 y 1558. Es uno de los documentos etnográficos más importantes del mundo andino por su antigüedad y por la fiabilidad de sus fuentes de información que se basaban en la información transmitida por los parientes de su mujer. La obra fue escrita *"guardando la manera y orden de hablar de los naturales"*. Betanzos llegó a elaborar un vocabulario español-quechua.

Pedro Sancho de la Hoz remplazó a Francisco de Jerez como secretario de Pizarro, participó en los sucesos de Cajamarca y recibió una parte del rescate del inca. Por mandato de Pizarro escribió *La conquista del Perú* en la que se narraba n los sucesos acaecidos entre 1533 y 1534, y que no sería publicada hasta 1550. Regresó a España donde dilapidó su fortuna, para volver de nuevo a la Indias en busca de nuevas riquezas. Intervino en la conquista de Chile donde, después de haber protagonizado dos amotinamientos, acabaría decapitado por orden de Francisco de Villagra.

Miguel de Estete nació en Santo Domingo de la Calzada, importante etapa del Camino de Santiago en la provincia de Logroño. En 1525, a la edad de treinta años, marchó hacia América acompañando a su pariente Martín de Estete. En 1527 lo encontramos en Nicaragua, desde donde acude a Panamá en busca de fortuna. Allí se sumó a la tropa de Diego de Almagro en la expedición de Pizarro al Perú. Estuvo presente en todos los acontecimientos de la conquista: desde los combates iniciales en la isla de la Puna, el desembarco en Tumbes y la fundación de San Miguel de Piura, hasta los sucesos de Cajamarca. Participó en la captura del Inca, a quien, según Garcilaso, arrebató la *mascapaicha* o insignia del poder, beneficiándose del reparto de su rescate. Acompañó la expedición de Hernando Pizarro al santuario de Pachacámac, en la costa central del Perú y formó parte del grupo de españoles que llegaron a ver intacta la capital del Cusco. En 1534 o 1535 escribió una *Relación del viaje que hizo el señor capitán Hernando Pizarro por mandado del señor Gobernador, su hermano, desde el pueblo de Caxamalca a Pachacama y de allí a Jauja*. Este texto fue transcrito en la obra de Francisco de Jerez. A inicios del siglo XX fue descubierta su obra *El descubrimiento y conquista del Perú* en el Archivo General de Indias. El manuscrito fue editado en 1916. Es probable que se tratase de una relación presentada al Supremo Consejo de Indias en un viaje que hizo Estete a España. Se considera que su redacción concluyó en 1542. Falta la última parte del texto.

Cristóbal de Molina, El Chileno, escribió en 1552 la *Relación de muchas cosas acaescidas en el Perú, en suma para atender a la letra la manera que se tuvo la conquista y población destos reinos*. Se sabe que estaba en Santo Domingo en 1532 y que luego viajó a Panamá para incorporarse a la expedición de Gaspar de Espinosa en ayuda a Pizarro. Sabemos que regresó a España aunque en abril de

El compendio de dibujos que acompaña *El primer Crónica y buen gobierno* de Guamán Poma de Ayala quizá constituya uno de los mejores medios para conocer la cultura inca en todos sus aspectos. Aquí ponemos como ejemplo la ilustración que hace referencia al Sapan Inca Pachacutic acompañado de toda la simbología que identificaría al gobernante supremo de los incas (fig. 14); los depósitos de grano que se encontraban a lo largo y ancho del Tawantinsuyu y que constituían una pieza clave del sistema económico inca (fig. 15); por último, la recreación de un encuentro entre el Sapan Inca y un conquistador español, cuyo telón de fondo son las construcciones y el *ushnu,* o plataforma piramidal ceremonial, que se encontraban en el sector Huacaypata de la gran explanada del Cusco (fig. 16).

Fig. 15

1535 habría regresado a Lima. Como religioso se incorporó a la expedición chilena del adelantado Diego de Almagro. De regreso al Cusco, asistió a la guerra civil entre los conquistadores, y luego volverá a Chile acompañando al gobernador García Hurtado de Mendoza. Permaneció en Santiago hasta su muerte donde fue vicario general de su catedral. Por ello se le conoce como "el chileno". *La Relación de cosas acaecidas en el Perú*, llamada también *La destrucción del Perú*, custodiada en el Archivo de Indias como un documento anónimo y sin fecha fue utilizada por Bartolomé de las Casas para la redacción de la *Historia apologética*. Solamente en 1916 su autoría fue identificada. El título completo de la obra evidencia la intencionalidad del autor: *Relación de muchas cosas acaecidas en el Perú en suma, para entender a la letra la manera que se tuvo en la conquista y población destos reynos, y para entender en cuanto daño y perjuicio se hizo de todos los naturales universalmente desta tierra, y como por la mala costumbre de los primeros se ha continuado hasta hoy la grande vexación y destrucción de la tierra por donde evidentemente parece faltan más de las tres partes de los naturales de la tierra, y si Nuestro Señor no trae remedio, presto se acabarán los más de los que quedan; por manera que lo que aquí tratare más se podrá decir destruición del Perú, que conquista ni población*. Critica la acción de los primeros conquistadores que "nunca entendieron sino en recoger oro y plata y hacerse ricos".

Pedro Cieza de León (1518-1554) participó en la conquista pero es conocido como cronista e historiador del mundo andino. Escribió una *Crónica del Perú* entre 1548 y 1550 formada por tres partes. La primera fue publicada en vida del autor, mientras que las otras dos restantes tuvieron que esperar hasta los siglos XIX y XX respectivamente: *Parte Primera de la Chrónica del Perú* (1550), *El Señorío de los Incas* (1873), *Descubrimiento y Conquista del Perú*, compuesta a su vez por tres libros: *La guerra de las Salinas*, *La guerra de Chupas*, *La guerra de Quito* (1877, 1881, 1877 respectivamente). Es bien conocida su participación en numerosas expediciones y fundaciones emprendidas desde Cartagena de Indias. Sabemos que Entre 1548 y 1551 residió en Lima, desde donde recorrió el territorio del Perú recogiendo informaciones de todo tipo. Tras regresar a España en 1551 publicó en 1553 en Sevilla la Primera parte de la crónica del Perú. Al año siguiente murió, dejando las restantes obras inéditas. Aunque

Fig. 16

Fig. 17

su obra es de carácter histórico, los datos más interesantes son los de carácter geográfico y etnográfico. Es el primer autor europeo en la descripción de algunas especies animales y vegetales, así como de las líneas de Nazca.

Los cronistas nativos del Perú

Los cronistas nativos eran miembros de élites regionales e incluso miembros de la familia real incaica (como es el caso de Titu Cusi Yupanqui), que aprendieron la cultura de los españoles y la utilizan para expresar (a través de la escritura) su visión de los hechos, contraria por lo general a la versión española. Algunos de sus relatos se remontan a la creación del mundo y las diferentes edades de la tierra; otros narran las guerras civiles entre los incas, la tradición y costumbres de sus pueblos, como también la conquista española y los resultados del régimen colonial.

Diego de Castro Titu Cusi Yupanqui (Cuzco, 1526-Vilcabamba, 1570), fue entre 1563 y 1570 el monarca del reducto inca de Vilcabanba, última resistencia inca a la conquista española. Era hijo natural de Manco Cápac II. Cuando su hermano Sayri Túpac renuncia al trono aceptando las condiciones ofrecidas por la corona, se convirtió en el nuevo gobernante del reino de Vilcabamba. Con el tratado de Acobamba en 1566 se pusieron fin a las hostilidades y recibió el Título de *Inga*, aceptó la entrada de misioneros y recibió el bautismo con el nombre Diego de Castro. A pesar de todo ello, el Inca dictó en 1570 una carta dirigida al Gobernador del Perú, Lope García de Castro, con el fin de reclamar ante Felipe II los agravios de su pueblo: *Ynstrución del Ynga don Diego de Castro Titu Cusi Yupangui para el muy Ilustre Señor el Licenciado Lope García de Castro, Gobernador que fue destos reynos del Pirú, tocante a los negocios que con su Magestad, en su nombre, por su poder a de tratar; la qual es esta que sigue*. La obra fue dictada probablemente en quechua al agustino Marcos García.

Juan de Santa Cruz Pachacuti Yamqui Salcamaygua, escribió en 1613 la *Relación de antigüedades deste reino del Peru*, obra que destaca por un intento de explicar la cosmogonía incaica, y por su uso rudimentario del español (fuertemente quechuizado). Nació posiblemente en Orcosuyo, a fines del siglo XVI. Era un cacique perteneciente al grupo de los collahuas, de la región del

La crónica escrita por el Inca Garcilaso de la Vega es un buen ejemplo de cómo estos escritos respondían a multitud de condicionantes o motivaciones. Su procedencia de la nobleza inca y su marcha a España marcaron el enfoque de su relato de los incas. Los mitos de creación o algunas de las formas de enlazar los eventos del incanato a veces parecen estar más en consonancia con los textos clásicos grecolatinos. Como su crónica, este retrato y la iconografía que lo acompaña son muestra evidente de dos tradiciones por conciliar: el medallón con la representación de *Inti* -o dios Sol-, la figura femenina del fondo con forma de *apu* o montaña sagrada, forma que tomará la representación de las vírgenes cristianas, y los escudos nobiliarios peruanos y españoles son, al igual que Garcilaso, imagen del mestizaje en América.

Fig. 18

altiplano o meseta del Collao. En la primera parte de su Relación, él mismo nos da algunos datos biográficos: "*Yo, don Joan de Santa Cruz Yamqui Salcamayhua, cristiano por la gracia de Dios Nuestro Señor, natural de los pueblos de Santiago de Hananguaygua y Huringuaiguacanchi de Orcusuyu entre Canas y Canchis de Collasuyo, hijo legítimo de Don Diego Felipe de Condorcanqui y de Doña María Guayrotari; nieto legítimo de Don Baltazar Cacyabiqui y de Don Francisco Yanquihuanac, etc., tataranieto de… y de Don Gonzalo Pizarro Tintaya y de Don Carlos Huanco, todos caciques principales...*". Su obra es una recopilación de tradiciones incaicas, acompañadas de dibujos y escritas en un castellano rudimentario, mezclado con frases en quechua y aymara. La obra debió ser escrita hacia 1620 ó 1630 (otros dicen en 1613). Fue publicada en 1879. Cada capítulo de esta obra es un cantar sobre la vida de un Inca. A pesar que, históricamente, los collas fueron enemigos de los Incas, Santa Cruz Pachacuti demuestra respetuosa imparcialidad en su relato. Uno de los dibujos que acompañan el texto es un diseño que supuestamente habría figurado en la pared principal del "altar mayor" del templo de Coricancha en el Cuzco, y que representa la cosmovisión andina («mapa cosmogónico»).

Guamán Poma de Ayala nació probablemente en San Cristóbal de Sandondo, Virreinato del Perú, alrededor de 1534. Era descendiente de una noble familia yarovilca de Huánuco. Escribió *El primer nueva crónica y buen gobierno* entre 1585 y 1615, aunque no fue publicado hasta 1936. El manuscrito de la "Crónica" se había conservado en la Biblioteca Real de Dinamarca desde principios de los años 1660. En 1908 se realiza una primera publicación al ser descubierto por el erudito alemán Richard Pietschmann. Esta *Crónica* es en realidad una extensa carta dirigida a Felipe III. En ella se presentan múltiples temáticas que van desde la creación del mundo hasta la propuesta de una sociedad utópica. Realiza un recorrido histórico del territorio peruano y además critica los abusos de autoridad de sacerdotes y corregidores. Incluye además la historia y genealogía de los incas. Es el primer cronista indígena que asimila plenamente el castellano, aporta la visión indígena del mundo andino y permite reconstruir la sociedad peruana después de la conquista. El manuscrito original incluye 398 dibujos.

Otros cronistas

El inca Garcilaso de la Vega fue hijo del noble extremeño Sebastián Garcilaso de la Vega y de la princesa inca Isabel Chimpu Ocllo, nieta del Inca Túpac Yupanqui y sobrina del Inca Huayna Cápac. Fue bautizado como Gómez Suárez de Figueroa, aunque tiempo después fuera conocido en España por el Inca Garcilaso de la Vega. Recibió su educación junto a los hijos de Francisco y Gonzalo Pizarro, mestizos e ilegítimos como él. A través de su madre tuvo contacto con la nobleza incaica conociendo de primera mano la cultura inca, tal como recuerda en sus obras: *Estas y otras semejantes pláticas tenían los Incas y Pallas en sus visitas, y con la memoria del bien perdido siempre acababan su conversación en lágrimas y llanto, diciendo: "Trocósenos el reinar en vasallaje, etc." En estas pláticas, yo como muchacho, entraba y salía muchas veces donde ellos estaban y me holgaba de las oír, como holgaban los tales de oír fábulas* (Comentarios reales, I, 1, 15). Su padre tuvo que abandonar la princesa inca por presiones de la corona, sin embargo, en su testamento (1559) le legó tierras en la región de Paucartambo y cuatro mil pesos de oro y plata para que el joven mestizo estudiara en España. En 1560 a la edad de veinte años el joven se instala en Castilla para nunca regresar al Perú. Las crónicas de Garcilaso simbolizan la mezcla de español e indio. Su obra más conocida se denomina *Comentarios Reales de los Incas* fue dividida en dos partes. La primera, conocida bajo el mismo nombre, fue publicada en 1609; la segunda llamada *Historia General del Perú* fue publicada un año después. Su obra tuvo mucha influencia en los historiadores peruanos hasta que a fines del siglo XIX surgieron voces críticas que cuestionaron la veracidad de sus informaciones.

Juan Polo de Ondegardo y Zárate (¿Valladolid? - La Plata 1575). Fue cronista y funcionario del virreinato. Pasó al Perú en la flota que transportó al virrey Blasco Núñez Vela (1543), comisionado por Hernando Pizarro para que ordenase sus intereses en los territorios conquistados. Participó en las guerras civiles para ser nombrado posteriormente corregidor del Cuzco (1558-1561). Descubrió cinco momias de los incas y estudió las creencias y costumbres de los incas. Acompañó al virrey Francisco Álvarez de Toledo en su visita general al país, muriendo en el transcurso de la misma (1575). Dejó varios tratados y pareceres manuscritos que serían aprovechados por cronistas posteriores. Destacan por su interés en el estudio de la religión andina el *Tratado y averiguación sobre los errores y supersticiones de los indios* (1559) y la fundamental *Relación de los adoratorios de los indios en los cuatro ceques* (1561), por los datos topográficos que incluye.

El jesuita Bernabé Cobo se embarcó a los 15 años hacia las Indias y después de recorrer las Antillas, Nueva Granada y Venezuela llegó a Lima en 1598. Ordenado sacerdote en 1615 fue enviado a Potosí, Cochabamba y la Paz. Es nombrado rector del Colegio de jesuitas en Arequipa (1961), donde permaneció hasta 1626, cuando se traslada al Colegio de los jesuitas de Pisco. Cuatro años más tarde (1630) lo encontramos como rector del Colegio del Callao. Finalmente concluyó su carrera en México entre 1631 y 1642. Escribió una *Historia del Nuevo Mundo* en tres volúmenes de los que se han conservado los dos primeros. Para el estudio del Cusco es de particular relevancia la descripción detallada que hace del sistema de adoratorios o huacas organizados a lo largo de líneas virtuales llamadas ceques.

Las narraciones incas y las crónicas españolas

La dificultad que representa revisar las fuentes a la hora de reconstruir el paisaje de la antigua capital Inca nos lo muestra el examen de una de las crónicas más antiguas, la del secretario del propio Pizarro, Pedro Sancho de la Hoz. Pizarro, mientras retenía prisionero a Atahualpa en Cajamarca y, pretendiendo acelerar el envío de los metales preciosos para el pago del rescate del Inca, envía el 15 de Febrero de 1532 a Pedro Sancho con algunos castellanos rumbo al Cusco. Fueron los primeros españoles que verían la capital Inca del Cusco. Nueve meses después, el 15 de noviembre, y tras cruzar la parte norte del Tawantinsuyu[2], Pizarro acompañado de sus capitanes y tropa entra finalmente en la ciudad. Entre ellos se debía encontrar el soldado Sancho de la Hoz, quien volvía al Cusco y quien redactó y suscribió el acta de fundación de la colonia española del Cusco. En los primeros años de la conquista, Sancho de la Hoz escribió también una *Relación para su Majestad*, también conocida como "*La crónica de la Conquista del Perú*". Él nos ha dejado tal vez la mejor descripción de cómo aparecía la realidad material de la capital Inca a los ojos de un europeo del siglo XVI:

"*La ciudad del Cuzco por ser la principal de todas donde tenían su residencia los señores es tan grande y tan hermosa que sería digna de verse aún en España, y toda llena de palacios de señores, porque en ella no vive gente pobre, y cada señor labra en ella su casa y asimismo todos los caciques, aunque estos no habitaban en ella de continuo. La mayor parte de estas casas son de piedra y las otras tienen la mitad de la fachada de piedra; hay muchas casas*

de adobe, y están hechas con muy buen orden, hechas calles en forma de cruz, muy derechas, todas empedradas y por en medio de cada una va un caño de agua revestido de piedra. La falta que tienen es el ser angostas, porque de un lado del caño sólo puede andar un hombre a caballo y otro del otro lado. Está colocada esta ciudad en lo alto del monte, y muchas casas hay en la ladera y otras abajo en el llano… … pasan por ambos lados (de la ciudad) dos ríos que nacen una legua más arriba del Cuzco y desde allí hasta que llegan a la ciudad y dos leguas más abajo, todos van enlosados para que el agua corra limpia y clara y aunque crezca no se desborde; tienen sus puentes por donde se entra en la ciudad… …desde esta fortaleza (de Saqsaywaman) se ven en torno de la ciudad muchas casas a un cuarto de legua y media legua y una legua[3], y en el valle que está en medio, rodeadas de cerros hay más de cien mil casas, y muchas de ellas son de placer y de recreo de los señores pasados y otras de los caciques de toda la tierra que residen de continuo en la ciudad; las otras son casas o almacenes llenos de mantas, lana, armas, metales y ropas, y de todas las cosas que se crían y fabrican en esta tierra" (Sancho de la Hoz, 1968: 31).

Esta descripción suministra una imagen general de la antigua capital con algunos datos concretos útiles en la reconstrucción de su urbanismo. Sin embargo, el temprano testimonio de Sancho de la Hoz no nos permite avanzar excesivamente en una explicación de la forma de la antigua Ciudad. La bibliografía histórica sobre el Cusco incaico ha recogido ya en diferentes ocasiones las descripciones literarias de los cronistas del periodo colonial, las cuales completan la imagen sugerida por el secretario de Pizarro y añaden numerosos detalles a su descripción. Entre estas es bien conocida la trasmitida por el Inca Garcilaso de la Vega.

La figura del Inca Garcilaso de la Vega ofrece la oportunidad de analizar la compleja situación que generó la dinámica de la conquista española. En cierto modo, Garcilaso fue la personificación de una conciencia doble y contradictoria ya que, plenamente inmerso en la cultura castellana de su tiempo, asumió la reivindicación de las raíces de su pasado Incaico. En los *Comentarios Reales*, publicados por primera vez en 1609, describe la ciudad-capital del Cusco como sede del gobierno de los Incas, del único modo en que la sociedad culta de su tiempo lo podía entender: como un ejemplo idealizado del Estado que requería la tradición neoplatónica renacentista.

Por todo lo anterior, no es sorprendente que las crónicas españolas presenten limitaciones fundamentales a la hora de comprender y explicar el concepto de espacio urbano que caracterizó la antigua capital Inca. Se trata de la percepción subjetiva que algunos europeos de los siglos XVI-XVII tuvieron de una realidad cultural ajena y diferente de la propia. Sus esquemas mentales eran los de una Castilla que estaba saliendo de la Edad Media y que buscaba su difícil encaje en la construcción de la Europa moderna. Sus descripciones de las sociedades andinas reflejan las contradicciones internas que desgarraban por entonces su propio mundo y en ocasiones se presentan manipuladas como respuesta a la imposible construcción de la España moderna. Como la historiografía contemporánea subraya, deben ser leídas con cautela y constituyen una fuente importante de información. En muchas ocasiones las crónicas son imprescindibles para la reconstrucción de la historia del Tawantinsuyu, pero en otras, son secundarías si tenemos en cuenta la riqueza de los datos arqueológicos que a pesar de los siglos transcurridos y de las destrucciones realizadas, muchas de ellas premeditadas, continúan siendo la fuente primaria de información para conocer en detalle la arquitectura y el urbanismo incas.

Fig. 19. Retratos de los Sapa Incas o reyes del Perú. Para la legitimación del poder imperial español, la línea sucesoria Inca entronca directamente con la casa real de los Austrias en cabeza de Carlos V. (Beaterio del Convento de Nuestra Señora de Copacabana, Lima, Perú. Escuela Cusqueña. Óleo. 1746-1759. Foto: Banco de Crédito del Perú 2005, 236f).

3. LA CIUDAD DEL CUSCO COMO CAPITAL ARQUEOLÓGICA DE AMÉRICA

Uno de los centros históricos más complejos que podemos encontrar en todo Suramérica es sin duda el Cusco, considerado como el asentamiento vivo más antiguo del continente americano. Es suficiente un pequeño paseo por su Plaza de Armas para percibir los distintos estratos culturales que se superponen configurando un paisaje urbano que podemos considerar único. Los cuidados muros de las construcciones Incas son el esqueleto sobre el que se alzaron las construcciones coloniales y más tarde las de época republicana. Si observamos con detalle, veremos además las huellas producidas por el devastador terremoto de 1950 que supuso la posterior reconstrucción de la ciudad.

La capital arqueológica de América

En Argentina, en 1933, la ciudad del Cusco fue declarada "Capital Arqueológica de América". En 1978, en Italia, se nombró al Cusco como "Herencia Cultural del Mundo". El 9 de diciembre de 1983, la UNESCO declaró al Cusco como "Patrimonio Cultural de la Humanidad". La Constitución peruana de 1993 declara al Cusco como la "Capital Histórica del Perú". Sin embargo, a pesar de las declaraciones y honores conferidos, el Cusco prehispánico es en muchos aspectos todavía una incógnita. Por ejemplo, a pesar de los importantes restos arqueológicos de época inca conservados en la ciudad y el valle, falta todavía una investigación rigurosa sobre la forma urbana en este periodo, no solo para la reconstrucción de su centro representativo sino también en el ámbito general de la cuenca hidrográfica. Como anotamos en la presentación, pretendemos avanzar en esta línea proponiendo una reflexión global sobre la forma cómo la gestión del agua influyó en la definición del paisaje urbano en el momento de su mayor expansión antes de la llegada de los españoles.

Para valorar la complejidad de la reconstrucción arqueológica es necesario tener en cuenta que ante todo el Cusco es una ciudad contemporánea viva. Basta alzar la vista hacia las laderas del valle para comprender la profunda metamorfosis de un tejido histórico con tantos siglos de historia. La ciudad crece en lugares donde jamás los incas habrían

levantado sus casas; la rentabilidad que ofrece el uso turístico de los edificios del centro histórico ha expulsado la población hacia la periferia. Si a esto añadimos la emigración de la población rural circundante a la ciudad desde el terremoto de 1950, podremos intuir que el agregado urbano del Cusco es hoy en día algo mucho más complejo que la secuencia histórica de su centro monumental. El Cusco es un organismo vivo que ha experimentado su mayor crecimiento en los últimos 50 años. Su población (cerca de 400.000 habitantes) tiene en la economía turística uno de sus pilares más importantes.

¿Pero vienen los turistas a visitar los monumentos del Cusco? No en particular. El Cusco no es un objetivo turístico en sí mismo. En realidad es un lugar de paso, tan sólo la puerta que permite acceder al gran yacimiento de Machu Picchu. Conviene en este punto realizar una precisión topográfica. El sistema territorial que relaciona el Cusco con Machu Picchu funciona con base en un largo valle que hace parte de la cuenca Vilcanota-Urubamba. Al sureste, y a 3200 msnm, se sitúa el Cusco; al noroeste y a 2400 msnm, tocando ya la selva, se sitúa Machu Picchu. Las operadoras turísticas conducen a los turistas a los hoteles del Cusco y después de un día de aclimatación a la altura atraviesan el Valle Sagrado en el conocido tren de Macchu Picchu (250 Km = 5 horas de viaje), para llegar a Aguas Calientes. Desde allí suben en autobuses a la montaña de Macchu Picchu, visitan la ciudad y descienden para regresar por la noche al Cusco[4]. El que 3.000 turistas visten cada día Machu Picchu, en su gran mayoría a través del Cusco, es una situación relativamente reciente.

En la Plaza de Armas del Cusco podemos ver los efectos del desmesurado uso turístico de la ciudad. Los viejos palacios y los antiguos edificios residenciales han sido testigos del impacto económico del turismo en el tejido social del centro de la ciudad. Si exceptuamos la Catedral y el conjunto eclesiástico de los Jesuitas, en buena parte ocupado por la Universidad Nacional de San Antonio Abad, el resto de las construcciones que rodean la Plaza Mayor del Cusco han perdido sus primitivas funciones para convertirse en un continuo de establecimientos que ofrecen sus servicios al visitante. Hostales, restaurantes, locales de cambio de divisas, tiendas de recuerdos turísticos y agencias de viajes, monopolizan el centro de la ciudad y se extienden a lo largo de las calles contiguas[5].

Cusco sede del Incanato: el indigenismo

Un aspecto importante a considerar en el momento de escoger la ciudad del Cusco como proyecto de investigación es su importancia desde la perspectiva de las corrientes indigenistas que están adquiriendo cada vez un papel más relevante en toda Latinoamérica. El Cusco fue la capital de la más extensa e importante formación estatal de toda América antes de la llegada española. Investigar la forma urbana que tuvo el Cusco Inca, supone inevitablemente debatir el significado de la herencia prehispánica. Conviene en este punto, tener en cuenta que la reivindicación del Cusco como capital del Estado Inca ha estado presente en la memoria histórica peruana desde el momento mismo en que se produjo el brutal choque cultural.

Aunque el Cusco indigenista resulta menos evidente en los carteles comerciales de la ciudad, su presencia constante en la historia moderna se explica por su dimensión ideológica. El antiguo Cusco es en realidad una ciudad mítica: la sede del Incanato. Aunque el natural desarrollo de la ciudad se vio truncado con la llegada de los españoles el 15 de noviembre de 1532, el Cusco ha sido históricamente la sede simbólica de la memoria histórica peruana y el escenario de algunos de los más importantes episodios de rebelión indígena. En 1536 Manko Inca empezó una guerra contra los invasores, que tuvo su continuación en las rebeliones de Tupac Amaru I y, mucho después Tupac Amaru II, ambos martirizados en la Plaza Mayor. Entre 1814 y 1815 Mateo Pumacahua inició una de las últimas revueltas indígenas en tiempos coloniales. El Cusco, hoy en día la capital histórica del Perú, ha permanecido como punto de referencia para los grupos culturales y étnicos que reivindican los orígenes prehispánicos, aunque su posición en lo alto de los Andes hiciera que en el periodo colonial perdiera importancia política a favor de la ciudad de Lima.

Tanto los incas como su capital forman parte de la memoria de un agravio histórico: la traición de Pizarro y los españoles en Cajamarca. El retorno a un pasado glorioso supone reinventar una escenografía imaginada. El ombligo del mundo sólo podía estar en el Cusco, como su mismo nombre lo sugiere. Estudiar el Cusco incaico se convierte en algo más que un mero ejercicio científico. Conviene en este punto recordar que la pretendida linealidad del pasado mítico es simplemente parte de una narración inventada. En realidad, la elección del Cusco como punto central del mito es relativamente reciente. La independencia de las repúblicas implicó la construcción de una memoria colectiva (Anderson, 1983) y la búsqueda de un sistema de valores nuevos.

Desde una perspectiva amplia, los indígenas americanos habrían debido ocupar este papel en las nacientes repúblicas americanas. Sin embargo, y en general, las antiguas élites coloniales excluyeron

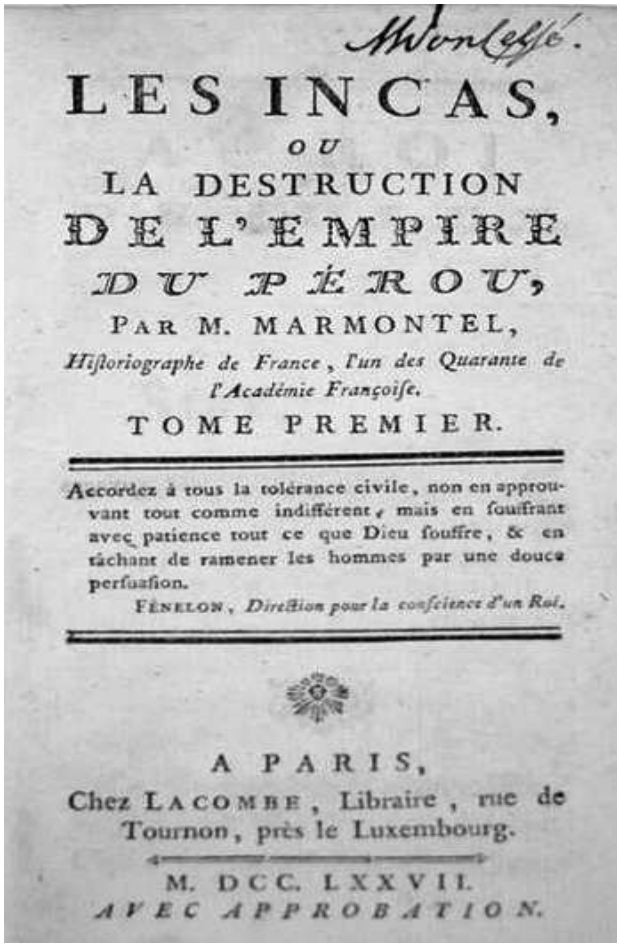
a la población indígena del proceso de construcción de la identidad nacional. La independencia fue el resultado de la reacción de las clases criollas frente a una posible pérdida de sus privilegios impuesta desde la metrópoli y en ningún momento dichas clases pretendieron que con la independencia cambiara el *status quo* interno de las colonias. Al final del proceso independentista es lógico que los libertadores no pudiesen referirse a un origen hispánico en la construcción de la nueva identidad americana, pero tampoco incluyeron en el "nuevo orden" a las poblaciones indígenas. Es cierto que en algunas de las nuevas repúblicas la colonia apenas había dejado supervivientes capaces de reivindicar un espacio político en el nuevo orden, pero la zona andina no era el caso. En particular en Perú y Bolivia, en el momento de la independencia, subsistía una amplia población de habla quechua y aymara, que había mantenido intactas sus estructuras sociales y que, gracias a algunas leyes coloniales que los protegían como súbditos de su Majestad Católica el Rey de España, había podido conservar incluso la titularidad de las tierras comunales. Existía además una aristocracia indígena, descendiente de la nobleza inca cuyo estatuto nobiliario había sido reconocido por la corona (Garrett, 2005).

Como mencionamos anteriormente, ya en el mismo siglo XVI comienzan las sublevaciones indígenas y los intentos de restauración, más o menos implícita, del Imperio incaico. Eran los descendientes biológicos de la aristocracia inca radicada en el Cusco y su entorno, en algunas ocasiones ayudados por activistas de origen europeo convertidos tempranamente a la causa de los incas. Se trata de formas de reivindicación que en algún modo se referían a la última resistencia a la conquista española. En el siglo XVI Manko Inca, hijo de Huayna Cápac, el último Inca que gobernó el Estado antes de la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, fue nombrado Sapan Inca[6] por Pizarro. No tardó en sublevarse a la conquista española y durante algunos decenios le suceden cuatro Incas que resistieron desde Vilcabamba. El último de ellos, Túpac Amaru -Serpiente de Fuego- fue atacado en su refugio de Vilcabamba por el ejército español. Llevado preso al Cusco fue decapitado públicamente en su Plaza de Armas, la antigua Haucaypata*7*, por orden del virrey Toledo en mayo de 1572. Este último Inca legítimo de la dinastía acostumbra a ser denominado Túpac Amaru I, para distinguirlo de José Gabriel Condorcanqui, Tupac Amaru II, quien al sublevarse y enfrentarse a los españoles en el siglo XVIII adoptó el nombre del último Sapan Inca. En al siglo XVIII, las reivindicaciones del pasado incaico se hicieron patentes en tres de las revueltas más recordadas en el periodo colonial (Rowe, 1954). La primera de estas fue protagonizada por Santos Atahualpa en el Perú central, en 1742 (Stern, 1987). Más adelante, en 1780, Túpac Amaru II se subleva en el Cusco (O'Phelan, 1995). Y finalmente, en 1781, tiene lugar en La Paz la sublevación de Túpac Katari (Valle de Siles, 1977).

En cierta manera, los movimientos indigenistas del siglo XVIII canalizan inicialmente reivindicaciones sociales y económicas que naturalmente afectan a los estratos indios de la población andina. La dinámica del movimiento acaba conduciendo a una reacción política al transformarse en un movimiento indígena de desafió a la dominación de la élite criolla en un momento anterior a la guerra de independencia. Es significativo que después de la independencia el mito del estado moderno justificó los decretos republicanos que negaron la legitimidad de las propiedades comunales tradicionales, que paradójicamente habían sido protegidas durante la colonia por la legislación de la corona española.

Durante la formación de la república, la imagen de los incas no coincide con la realidad social y demográfica del país. Difícilmente las élites criollas iban a aceptar la imagen de un indio colonial que en el fondo era un "pagano rebelde" enfrentado a la corona española. Tampoco podían aceptar la imagen del indio republicano de baja extracción social. La única figura imaginable era la del "indígena" civilizado, el constructor del imperio Inca, el "indio Imperial". La representación de un pasado glorioso tenía naturalmente un escenario idóneo: el Cusco. Como paradoja, el indio que existía en la realidad y que había jugado un papel fundamental en los movimientos de resistencia durante el siglo XVIII, fue eliminado de la visión idealizada del "imperio" inca que se construye en el siglo XIX[8].

A la hora de considerar la formación de la imagen mítica de los incas en la cultura europea contamos con algunas referencias que se remontan al siglo XVIII y que tienen que ser entendidas en el contexto ilustrado del "buen indígena". Un conocido ejemplo es ofrecido por la obra de teatro escrita en 1763 por Leblanc de Guillet. Nacido en 1730, se establece en Paris en 1756, donde permanecerá hasta su muerte siendo testigo de todo el proceso revolucionario. Activo periodista y autor teatral, vio censuradas sus obras por el arzobispo de Paris; después de la Revolución, serían reconocidos sus méritos por el Directorio. Entre otras proclamas contra el despotismo, escribió la obra teatral *Manco Capac*, estrenada con gran éxito el 7 de Marzo de 1772. En la obra el Inca Manco Cápac proclama que su Imperio permitía que "la naturaleza de la humanidad fuera buena e



Montesq.

LES INCAS,

OU

LA DESTRUCTION

DE L'EMPIRE

DU PÉROU,

PAR M. MARMONTEL,

Hiſtoriographe de France, l'un des Quarante de l'Académie Françoiſe.

TOME PREMIER.

Accordez à tous la tolérance civile, non en approuvant tout comme indifférent, mais en ſouffrant avec patience tout ce que Dieu ſouffre, & en tâchant de ramener les hommes par une douce perſuaſion.

FÉNELON, *Direction pour la conſcience d'un Roi.*

A PARIS,

Chez LACOMBE, Libraire, rue de Tournon, près le Luxembourg.

M. DCC. LXXVII.

AVEC APPROBATION.

Fig. 20

Ilustración de la primera edición de *Les Incas, ou La Destruction de l'Empire du Pérou*, de J-F Marmontel, 1777. Con la ilustración se reforzó el mito del *buen salvaje* y América fue el escenario perfecto para sustentar las ideas de pueblos con sistemas políticos cercanos a la perfección. El "imperio" inca sería en repetidas ocasiones el escenario de la lucha, durante la conquista española, de un pueblo ideal enfrentado al poder oscuro de la casa de Austria.

igualitaria".

En los mismos años alcanzó gran difusión la obra de Jean-François Marmontel *Les Incas ou la destruction de l´Empire du Pérou* (1777). Nacido en 1723, fue un escritor y dramaturgo francés colaborador de la *Encyclopédie* en la que escribió numerosos artículos de carácter poético y literario. Al concluir sus estudios en Toulouse, se trasladó a París llamado por Voltaire. Su producción literaria recoge temas clasicistas que son presentados como un himno contra la tiranía, obras enmarcadas en el clima político que precedió a la Revolución Francesa. En su libro *Les Incas ou la destruction de l´Empire du Pérou* realiza una dura crítica a la conquista española. En ella se afirmaba que el gobierno incaico era "casi institucional y lleno de amor generoso". Naturalmente, en el contexto de la Europa ilustrada, el culto al Sol es presentado como "la más perdonable de las equivocaciones".

La construcción del mito del buen salvaje se alimentó en la sociedad europea del siglo XVIII con las noticias de una cultura igualitaria que había sido destruida por el triunfo del oscurantismo del Antiguo Régimen representado por la leyenda negra de la España de los Austrias. Se sentaban de este modo las bases para una lectura en clave política de la cultura inca. Volveremos sobre ello al referirnos a la economía andina y, más específicamente, la inca. Aquí presentaremos tan sólo las contradicciones que supuso la integración del pasado indígena en los procesos políticos de los primeros decenios del siglo XX.

Cómo entender el Cusco en el siglo XXI

«Y las tierras volverán a manos de los indígenas, tal y como fueron nuestras cuando nos fueron despojadas en la toma de Cajamarca en 1532». Esta cita es parte de un discurso de un congresista socialista en el parlamento de Lima en 1932 (Sarkisyanz, 1991: 3). Es interesante la contraposición entre los términos *indio*, que en el lenguaje periodístico de la época tenía un sentido despectivo, frente al término *indígena* que era usado en tono reivindicativo.

El indigenismo peruano nació en el Cusco y se expresó en la antigua capital del estado Inca con el sueño del retorno del gobierno ideal destruido por los españoles. La gran reforma de la Universidad del Cusco en 1909 constituyó prácticamente su acta de nacimiento. El hilo que vertebró las fuerzas del naciente movimiento fue la oposición a las políticas

centralistas de Lima. En el imaginario colectivo, la idealización del mundo incaico permitía a los cusqueños tomar conciencia de su pasado colectivo y con ello identificarse con sus ancestros. El pasado inca suministraba los fundamentos necesarios para regenerar el estado de la nación después de siglos de decaimiento.

Lo anterior redundó en un estimulo notable de la arqueología. Su desarrollo en los primeros decenios del siglo XX condujo a la formación científica de la historia antigua peruana y a la preocupación por la salvaguarda de los vestigios de aquel pasado que habían sobrevivido, en donde destacan los trabajos de J. Tello (Tello, 1921). Es importante subrayar que a partir de 1909 los estudios Incas cobraron un gran desarrollo en la Universidad del Cusco (Tamayo, 1980). Una de las personalidades que más influencia tuvo en el proceso fue Luis E. Valcárcel. Egresado de la Universidad del Cusco en 1913, ejercerá allí la docencia desde 1917. En 1927 fue uno los inspiradores del grupo pro-indígena *Resurgimiento*, nacido en la ciudad del Cusco, y que realizó acciones en defensa de los indios. Este mismo año publicó su obra más impactante "Tempestad en los Andes", el primer manifiesto indigenista[9].

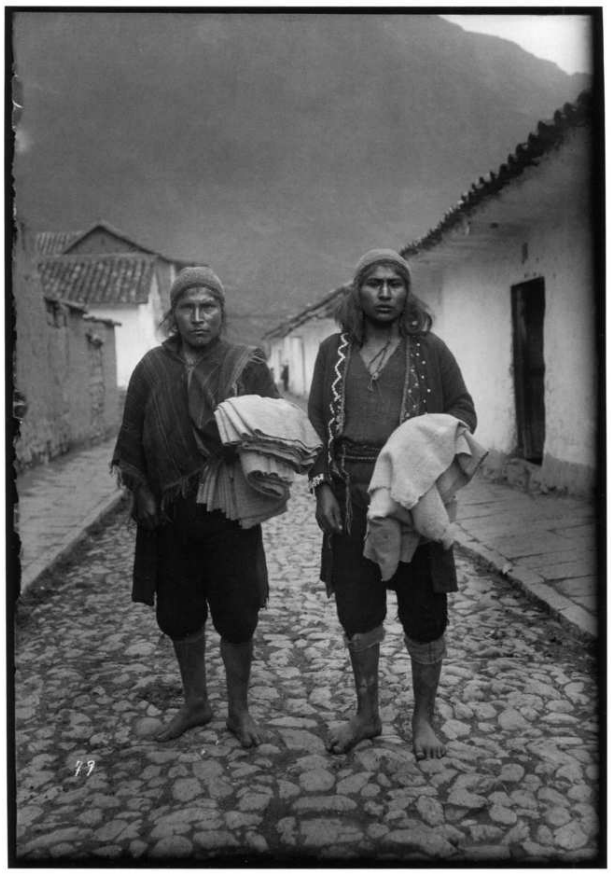
José Carlos Mariátegui, considerado el padre del marxismo peruano y fundador del Partido Socialista Peruano, aportó una dimensión internacional al indigenismo cuzqueño. La revista *Amauta*, fundada por éste en 1926, sirvió como un instrumento de gran importancia para la difusión de las ideas indigenistas (Flores, 1986). Los indigenistas del Cusco, en particular Valcárcel, construyeron las bases del discurso histórico que envolvía la figura de los grandes incas del pasado. Mariátegui dio a esta tradición indigenista su forma política (Mariátegui 1929, 2006).

El Instituto Americano de Arte del Cusco fue fundado en 1937, con la idea de formar un referente panamericanista para intelectuales, historiadores, novelistas, pintores y fotógrafos. En 1943 se propuso la institucionalización del «Día del Cusco», eligiendo la fecha del 24 de junio. Garcilaso de la Vega cita en sus *Comentarios Reales* que los incas solían celebrar la fiesta del solsticio de invierno o *Inti Raymi* (fiesta del sol) en dicha fecha. El Instituto Americano de Arte propuso la recuperación del antiguo ritual inca de entronización, del modo más riguroso atendiendo al desarrollo de la ceremonia original (Flores, 1986), para lo que se siguió la descripción de Garcilaso. El 24 de junio de 1944, una gran multitud se reunió en el Cusco para el homenaje al Sol y desde entonces el festival se ha convertido en un espectáculo de masas (Burga, 1988).

La celebración del Inti Raymi constituye hoy en día un acontecimiento fundamental para la vida de la ciudad. La autenticidad del vestuario o la misma apariencia de los actores es objeto de un debate apasionado. No conocemos con certeza cómo se desarrollaba el ritual pre-hispánico de entronización del Sapa Inca. Sin embargo, la ceremonia actual ha sido reconstruida a partir de las escasas referencias de los cronistas. Su éxito hace evidente la trascendencia que el imaginario inca ha adquirido en la población y por supuesto en la misma vida política de la ciudad. Como fruto de esta sensibilidad colectiva, por poner un ejemplo, en el curso de un ceremonial de tradición prehispánica el entonces alcalde del Cusco -Daniel Estrada- entregó medallas que habían sido bendecidas en el Intiwatana (santuario del sol) de Machu Picchu a los presidentes de los estados sudamericanos.

En 1990, el día del Inti Raymi la ciudad decidió adoptar una nueva grafía en su nombre: en vez de Cusco (forma española) se pasó a denominar "Qosqo"[10]: "*Que el nombre original de nuestra ciudad es QOSQO, tal como lo pronuncian en la actualidad los quechua hablantes monolingües y bilingües del cercado y la región sur-andina; Que la manera de expresar respeto y fidelidad a la tradición lingüística del pueblo hablante, es restituyendo el nombre histórico y original de la ciudad madre del Nuevo Mundo, la más antigua del continente con la vida ininterrumpida desde hace por lo menos treinta siglos*"[11]. La bandera de colores, símbolo del Qosqo, es el arco iris -Kuychi- una antigua divinidad incaica (Estensoro, 1992). Más allá del valor simbólico que queramos atribuir a este hecho, la constitución peruana asigna un indudable protagonismo a la iconografía incaica en los propios fundamentos de la nación.

La construcción de la tradición exige su documentación científica, y ésta aparecerá en los años 50's del siglo pasado con el descubrimiento, en una lejana región al norte del Cusco, de una aislada comunidad indígena: el Pueblo de los Q'ero. Presentado como el último ayllu o grupo de parentesco puramente inca, habían vivido todos estos siglos aislados en las inaccesibles montañas. Su modo de vida y su economía se extendía por las escarpadas laderas de los Andes, ocupando un *archipiélago vertical* a lo largo de los diferentes pisos ecológicos que van desde el bosque tropical hasta los altiplanos de la puna, manteniendo así las pautas de los asentamientos andinos prehispánicos[12]. En 1955 una expedición antropológica los visita por primera vez y recopila el mito del Incarrí (Núñez del Prado 1973; Núñez del Prado 1984); el Pueblo de los Q'ero se



Fotografía de dos indígenas Q'eros en Paucartambo, tomada por Martín Chambi hacia 1928.

Fig. 21

convertía así en el transmisor de la tradición (Flores, 1984). Despreciados hasta hacía poco, recobran el respeto ya que en el imaginario colectivo este es el único pueblo que puede transmitir la antigua sabiduría incaica.

La leyenda del Incarrí se refiere al rey de los incas que habría sido decapitado por los conquistadores españoles y afirma que éste, algún un día, regresará a los Andes para recuperar su reino (Eliade, 1972). Su cuerpo se reunirá con su cabeza seccionada, y surgirá de la oscuridad misteriosa que envuelve los bosques tropicales que se extienden al pie de la cordillera andina. Como en otras culturas tradicionales, el mito del retorno refleja la rebelión ante las condiciones del tiempo concreto y la nostalgia del regreso a los orígenes (Ortiz, 1973; Ossio, 1973). En este caso se trata de una versión mitificada de la muerte de Atahualpa a manos de Pizarro y de la futura y esperanzadora resurrección del Inca (Burga, 1988). Sin embargo, en la realidad el Inca fue estrangulado y no decapitado[13].

En cierta manera, los Q'ero cuentan con el prestigio de ser los descendientes directos de los incas. Actualmente se han incorporado a la gestión económica del turismo arqueológico en el Cusco realizando rituales de predicción del futuro. En este sentido, el interés por el misticismo de una nueva era a partir de los años 80's del siglo pasado (la era de Acuario), habría encontrado en el Cusco y en los Q'ero "los últimos incas auténticos". Los Q'ero viajaran también a California para llevar a los místicos del *New Age* las energías que proceden directamente de la espiritualidad inca[14]. Al final, serán muchos buscadores de nuevas experiencias procedentes de todos los rincones del mundo quienes encontraran en el Cusco su particular camino de inspiración (Flores, 1996).

Estudiar el antiguo Cusco acaba convirtiéndose de este modo en una tarea que sobrepasa claramente las dimensiones locales de un escondido enclave en lo alto de los Andes. Interpretar la antigua ciudad adquiere una dimensión que enlaza con un misticismo que no conoce fronteras. Paradójicamente, estas nuevas lecturas no se hacen bajo las ideas socialistas que Mariátegui había reivindicado para la liberación de los pueblos de América, sino a través de conceptos abstractos asociados con el mundo de las energías y de las vibraciones. La aldea global construye su mundo imaginario apoyándose en los "ombligos" del mundo,

ya estén en los Andes o en un valle escondido del Himalaya. En este contexto, nuestro trabajo debe esforzarse por atenerse a la realidad tozuda de los datos materiales arqueológicos, esquivando con cuidado otras lecturas que inevitablemente buscan en el Cusco respuestas trascendentales a experiencias individuales.

Nunca ha habido una mirada desapasionada a la ciudad y esto es muy importante tenerlo en cuenta. Las mismas narraciones incas que se transmitían oralmente no buscaban reflejar una concepción objetiva de la historia, en realidad eran narraciones que reflejaban la postura de ciertos grupos sociales. Tampoco las crónicas españoles transmiten su información de forma objetiva. Todas están condicionadas desde el origen dadas a las motivaciones que llevaron a cada cronista a escribirlas. Mientras Garcilaso de la Vega pretende acercar la historia inca a un público europeo culto acostumbrado a las narraciones del mundo clásico, el virrey Toledo intenta justificar la conquista. Los demás autores se mueven entre ambos extremos.

NOTAS

1. Esta expresión fue acuñada por Henri Galinié, primer director del Centro Nacional de Arqueología Urbana francés. Hace referencia a la información que se encuentra en las excavaciones arqueológicas.
2. Tawantinsuyu, un nombre compuesto formado por dos palabras quechuas: *tawa*= cuatro, y *suyu*= partición, sección o parte.
3. La "legua" castellana correspondía inicialmente a 5.000 varas castellanas (4,19 km o unas 2,6 millas romanas) aunque podía variar según los distintos reinos españoles, e incluso según las diferentes provincias. En el siglo XVI quedó establecida en 20.000 pies castellanos: entre 5.573 y 5.914 metros.
4. Este caso es un ejemplo típico de las contradicciones que se producen entre un destino finalista sobredimensionado publicitariamente y las escalas previas que han de ser atravesadas, una cuestión que necesariamente supone considerar la dependencia del Cusco respecto al destino final. Sobre las implicaciones de este tipo de situaciones ver: Briassoulis, H. (2002).
5. La oposición entre intereses de los residentes y los intereses económicos globales presentes en el Cusco constituye una constante asociada al éxito turístico de un determinado destino. Ver: Vail, D. & Hultkrantz, L. (2000) y Snepenger *et al* (2003)
6. El termino *Sapan Inca* es la denominación aplicada al soberano de los territorios conocidos como el Tawantinsuyu o dominio de los incas.
7. *Haucaypata* es el nombre en quechua de una de los dos partes que componían la gran explanada ceremonial del Cusco, y que en la actualidad coincide con la Plaza de Armas.
8. En este punto queremos puntualizar que el término "imperio" no corresponde a la reconstrucción histórica del agregado cultural inca. Siguiendo a María Rostworosky (1988) nos referiremos al mismo con la denominación de Tawantinsuyu, que era la propia utilizada por los incas.
9. Además de "Tempestad en los Andes", escribió más de 25 obras entre las que destacan "Del ayllu al Imperio" (1925); "Garcilaso el Inca" (1939) e "Historia del Perú antiguo a través de las fuentes escritas" (1964).
10. Garcilaso de la Vega indica que *qosqo* en quechua significa ombligo.
11. Decreto Municipal N. 78 del 23 de junio de 1990.
12. Como veremos más adelante, el *archipiélago vertical* es una tesis propuesta por el etnohistoriador John V. Murra (1975) en la que se plantea que un mismo grupo étnico ocupaba distintos pisos térmicos de los Andes lo que les permitía una gran autonomía en la consecución de alimentos y materias primas. Este concepto es clave para entender las dinámicas, tanto sociales como económicas, que desde timepos prehistóricos desarrollaron las comunidades andinas.
13. Mientras que Atahualpa fue estrangulado, tanto Tupac Amaru I como Tupac Amaru II fueron decapitados. Esto muestra cómo en el relato mítico se mezclan los hechos históricos con la reivindicación de un pasado inca que fue arrebatado y cuya promesa de redención sigue vigente en el imaginario colectivo indígena.
14. El simbolismo de la antigua metrópolis para el movimiento de la New Age aparece reflejado en autores del movimiento como son M. Ferguson (1987); P. Heelas (1996) y V. Merlo (2007).

CAPÍTULO 1

MARCO GEOGRÁFICO Y ANTECEDENTES DE LA OCUPACIÓN HUMANA DEL VALLE DEL CUSCO

Laguna Querococha camino a Chavín de Huantar

©civitates.net

Las formaciones sociales tradicionales andinas que confluyeron en la formación del estado inca se desarrollaron en un largo periodo que comienza con el asentamiento de las primeras comunidades aldeanas en una abrupta región montañosa extendida por el corazón de los Andes. Los cambios que experimentó el Valle del Cusco debido a factores climáticos y a la presencia humana fueron el contexto en el que la cultura Inca surgió como poder regional. La topografía, la hidrografía, la altura y propia localización del valle en el contexto de los Andes marcaron no solo la decisión del hombre de asentarse en él, sino las posteriores decisiones concernientes a su trasformación. A lo largo de este capítulo daremos una vista de conjunto de dos aspectos clave para el desarrollo de la cultura Inca en este entorno. El primero, el marco geográfico, sus características y sus cambios. El segundo, el proceso de ocupación humana del valle.

En estas líneas, trabajaremos con las hipótesis que tienen un mayor consenso entre los estudiosos del tema. Así, para el tema de la ocupación humana del valle es necesario comenzar con los primeros asentamientos humanos en el valle del Cusco, para proseguir hasta el momento en el que surge la cultura Inca como estado regional. Aunque el debate en torno a la cronología aplicada en el caso de los Andes sigue abierta, la que aquí utilizaremos está basada en los desarrollos tecnológicos que marcaron un cambio en las pautas económicas y sociales de los pueblos de los Andes; complementaremos el último periodo de esta clasificación -Periodo Formativo- con la subdivisión propuesta por Brian Bauer (Bauer, 2008: 79-95). Este marco general nos permitirá acercarnos al caso específico de la región y el valle del Cusco con el fin de rastrear los antecedentes que darían paso a un poder regional y su posterior expansión continental. En este contexto, es fundamental explicar el largo proceso que conduce a las formaciones sociales específicamente andinas, en particular la institución del *ayllu* y los sistemas de reciprocidad (*ayni*) y organización comunitaria (*minka*) que fueron la base de la organización política del estado inca.

El *ayllu* (en ocasiones escrito *aillo*) es un término que encontramos tanto en la lengua quechua como en la aimara. Sirve todavía hoy para referirse a la figura social andina formada por un grupo familiar extenso que deriva de un antepasado común, real o mítico. Los miembros de un ayllu trabajan de forma comunitaria tierras de propiedad colectiva. Históricamente, a la cabeza del grupo se situaba el curaca, cuyas responsabilidades eran, en primer lugar, actuar de juez y mediador en los conflictos internos, pero también organizar el trabajo y la distribución de los bienes y productos. Originariamente no era un cargo hereditario y su elección se realizaba en el contexto de los rituales de integración del ayllu en la madre naturaleza.

Para la distribución del trabajo comunitario, el *curaca* estaba condicionado por el sistema de

Fig. 1.1.
Vista del la cuenca del Cusco desde las canteras de Huacoto. Al fondo, a la derecha, el Centro Histórico.
La geología determinó las particularidades geográficas y morfológicas de la cuenca del Cusco, la más grande de las tres que componen el Valle del Cusco. Estas particularidades, a su vez, condicionarían el poblamiento relativamente tardío de esta cuenca. El asentamiento de los diferentes grupos humanos que se consolidaron en este escenario natural tomaría varios cientos de años y prepararían el escenario ideal para el surgimiento en esta cuenca de la cultura Inca.

reciprocidad general que en quechua se denomina *ayni*. Desde el punto de vista de la filosofía vital andina, refleja el equilibrio que tiende a producirse de un modo natural en los actos humanos: "lo que haces es lo que acabas recibiendo". Era el sistema de reciprocidad familiar que regía la organización del trabajo agrícola en general en el contexto del ayllu; por ejemplo, para roturar la tierra, colaborar en la cosecha de los productos o en la construcción y mantenimiento de las obras colectivas como canales o terrazas. También se aplicaba a las necesidades individuales de un miembro del grupo, como podía ser la construcción de su casa: los restantes miembros del ayllu colaboraban en su construcción, sabiendo que cuando lo necesitasen recibirían la misma ayuda por parte de todo el grupo. El beneficiado del ayllu debía contribuir con la comida y la bebida mientras durasen los trabajos. En este contexto, ofrecer regalos, invitar a fiestas y celebrar banquetes formaba parte del escenario que debía envolver una petición de ayuda. Si los rituales sociales eran cumplimentados adecuadamente por el interesado, la respuesta afirmativa del grupo estaba garantizada. Es importante subrayar que la retribución que recibían los que habían ayudado en el trabajo no era jamás entendida como el pago de un salario.

La tradición del ayni sigue viva en las comunidades campesinas de Ecuador, Bolivia, Perú y Chile. Aunque en algunas zonas del norte de Perú y Ecuador se utiliza el término, también quechua de *minka*, *minga* o *mingaco*. Sin embargo, este término varía ligeramente ya que la minka se refiere exclusivamente al trabajo comunitario que se realiza de modo colectivo para una finalidad comunitaria o para ayudar a una persona o familia.

1.1 ASPECTOS GENERALES DE LA REGION DEL CUSCO

La cordillera de los Andes está subdividida en tres zonas. Los llamados Andes Centrales, que se extienden desde la frontera sur entre Ecuador y Perú hasta el norte de Argentina y Chile (Fig. 1.2), fueron el escenario del surgimiento de las primeras culturas del continente americano. El Valle del Cusco se localiza en la región medio-oeste de los Andes, en su vertiente amazónica, en el sector conocido como el *Nudo del Vilcanota*, frontera sur de los Andes Centrales peruanos. La altura promedio del valle son los 3.400 msnm y está rodeado de cadenas montañosas que sobrepasan los 6.000 msnm. La ciudad ocupa la cabecera de este valle elevado recorrido por el río Watanay, eje vertebrador, que vierte sus aguas en el río Vilcanota. Este último recorre la región denominada "el Valle Sagrado" donde se concentran numerosos asentamientos incas, y conduce las aguas desde los Andes hasta la selva amazónica.

Las cadenas montañosas que rodean el valle del Cusco son: hacia el sureste la Cordillera de Vilcanota coronada por la cumbre del Ausangate (6.372 msnm); hacia noreste la Cordillera de Urubamba con la Verónica (5.682 msnm); y finalmente, hacia el oeste, la Cordillera de Vilcabamba con la cumbre del Salkantay (6.271 msnm). Por su altura, las tres montañas están cubiertas en su cima por nieves perpetuas y, por su situación, se asoman en el horizonte del valle del Cusco convertidas así en solemnes testimonios cotidianos de las fuerzas naturales (fig. 1.3).

El Valle Sagrado, frontera al norte, fue escenario de las primeras conquistas de los Incas fuera del espacio originario del valle del Cusco y cuenta con algunos de los más importantes yacimientos incas: Pisac, Huchuy Qosqo, Chinchero, Moray, Ollantaytambo, entre otros. Este valle va perdiendo

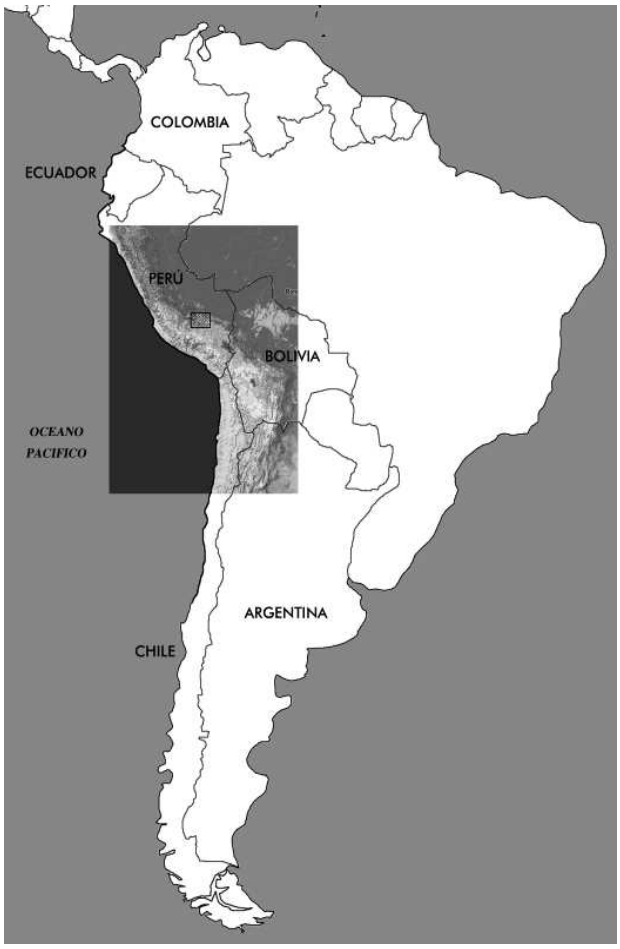
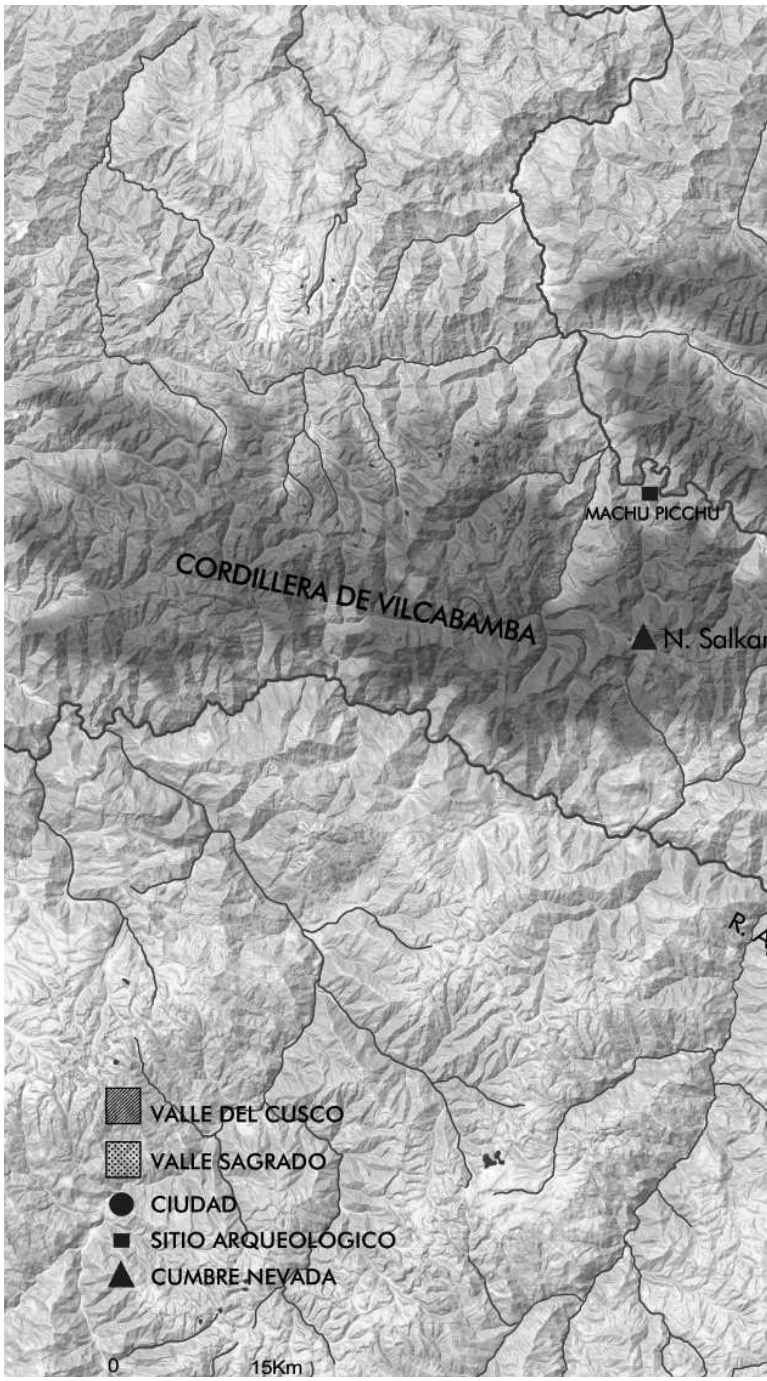


Fig. 1.2 Los Andes Centrales se extienden desde la frontera sur del Ecuador hasta el norte de Chile y Argentina, pasando por Perú y Bolivia. Constituyen una unidad geográfica caracterizada por altos macizos montañosos y extensos altiplanos como los del Titicaca o Uyuni en Bolivia.



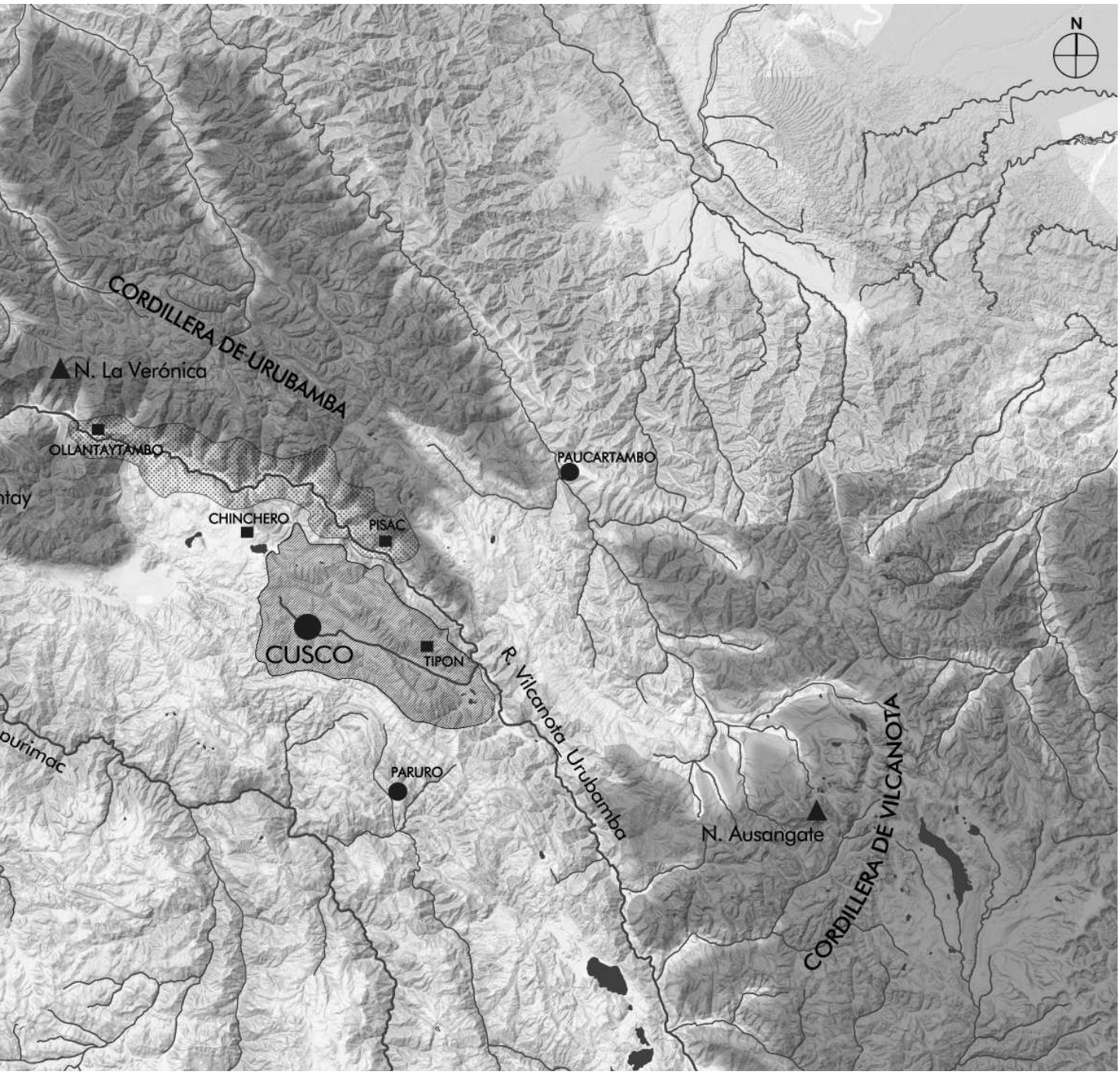


Fig. 1.3. El Valle del Cusco en el contexto de la frontera sur de los Andes Centrales peruanos o *Nudo del Vilcanota*. Las cadenas montañosas Urubamba, Vilcabamba y Vilcanota, y los ríos Vilcanota-Urubamba y Apurímac conforman el espacio geográfico que ha sido denominado la *Tierra Natal de los Incas*. Es prueba de esto no solo la presencia de la ciudad-capital del Cusco, sino la alta densidad de yacimientos que a manera de continuo en el paisaje atestiguan la importancia de la zona en época inca.

altura a medida que avanza hacia el Amazonas y se estrecha dramáticamente cerca del célebre asentamiento de Machu Picchu (2490 msnm), sitio por el que entraba el rico tráfico de productos de prestigio procedente de la selva (oro y otros metales, pájaros tropicales, plumas de colores., etc.).

La estratégica posición de la región cusqueña permitió el control de ecosistemas muy variados y complementarios, que dependen de la altitud a la que se encuentran. El primero y más bajo es la denominada *ceja de selva* o *yunga*, zonas de bosque tropical húmedo que cubren las estribaciones de los Andes entre los 1.000-2.000 msnm, que en este caso dan hacia la selva amazónica. El segundo lo componen tanto las laderas que van ascendiendo la cordillera, como los valles comprendidos entre los 2.000-3.500 msnm. Esta zona denominada *quechua* reúne todas las condiciones para el cultivo de maíz. A continuación, las carenas superiores de los valles más altos o *suni* (3.500-4.000 msnm), un clima más frío en donde se cultivan patatas y otros tubérculos. A partir de los 4.000 msnm y hasta los 4.800 msnm se accede a la *puna* o región de pastos de las llanuras elevadas que permite el mantenimiento de una abundante cabaña de camélidos (Pulgar 1981). La posición estratégica del Cusco explica la expansión de los Incas a partir del dominio, desde su punto más elevado, de este conjunto de pisos ecológicos complementarios. Bajo la afortunada expresión *archipiélago vertical*, John Murra (1975) ha estudiado la explotación equilibrada de este complejo sistema ecológico.

En realidad, una de las claves que explica el elevado y temprano desarrollo cultural de los grupos humanos en un territorio tan difícil como los Andes, es el grado de sofisticación que alcanzaron los pueblos andinos en el conocimiento del medio físico. Si bien conocer el potencial del mencionado *archipiélago vertical* les permitió suplir las necesidades y generar un sistema de intercambio, la gestión de los recursos hidráulicos es la clave que explica una historia que comienza hace 6.000 años en las costas del Pacífico. Sobrevivir implicaba en la montaña la gestión de las lluvias estacionales que hacían los terrenos altamente inestables en unas condiciones geográficas donde las superficies para el cultivo escaseaban dadas las pronunciadas pendientes de las laderas. En los valles costeros el agua venía de las montañas y cruzaba uno de los desiertos más áridos del planeta. En la montaña se implementó y perfeccionó con el tiempo un sistema de terrazas que estabilizaran las laderas, y canales y reservorios que gestionaran el agua ya fuera esta abundante o escasa. En los valles costeros supuso el desarrollo de estrategias de canalización de las cabeceras de los ríos para la irrigación de campos, el uso de aguas subterráneas, la creación de sistemas de captación de aguas filtradas en la base de la montaña para llenar reservorios, entre otras, que garantizaran la sostenibilidad del sistema. En cierta manera, los incas recogen una larga tradición andina que había ido modelando el paisaje y generando un complejo sistema sociopolítico apoyado en una articulada cosmovisión religiosa.

El pueblo que consolidara su poder en la región del Cusco para luego conquistar gran parte de los Andes, se superpuso metafórica y materialmente a las formaciones estatales que se habían sucedido en estos vastos territorios, incorporando con ello un saber milenario. Del Cusco, centro representativo del Tawantinsuyu[1], salían los caminos que la conectaban los inmensos territorios bajo control Inca, y que se extendían desde la frontera de Ecuador con Colombia hasta la primera mitad de Chile y norte Argentina.

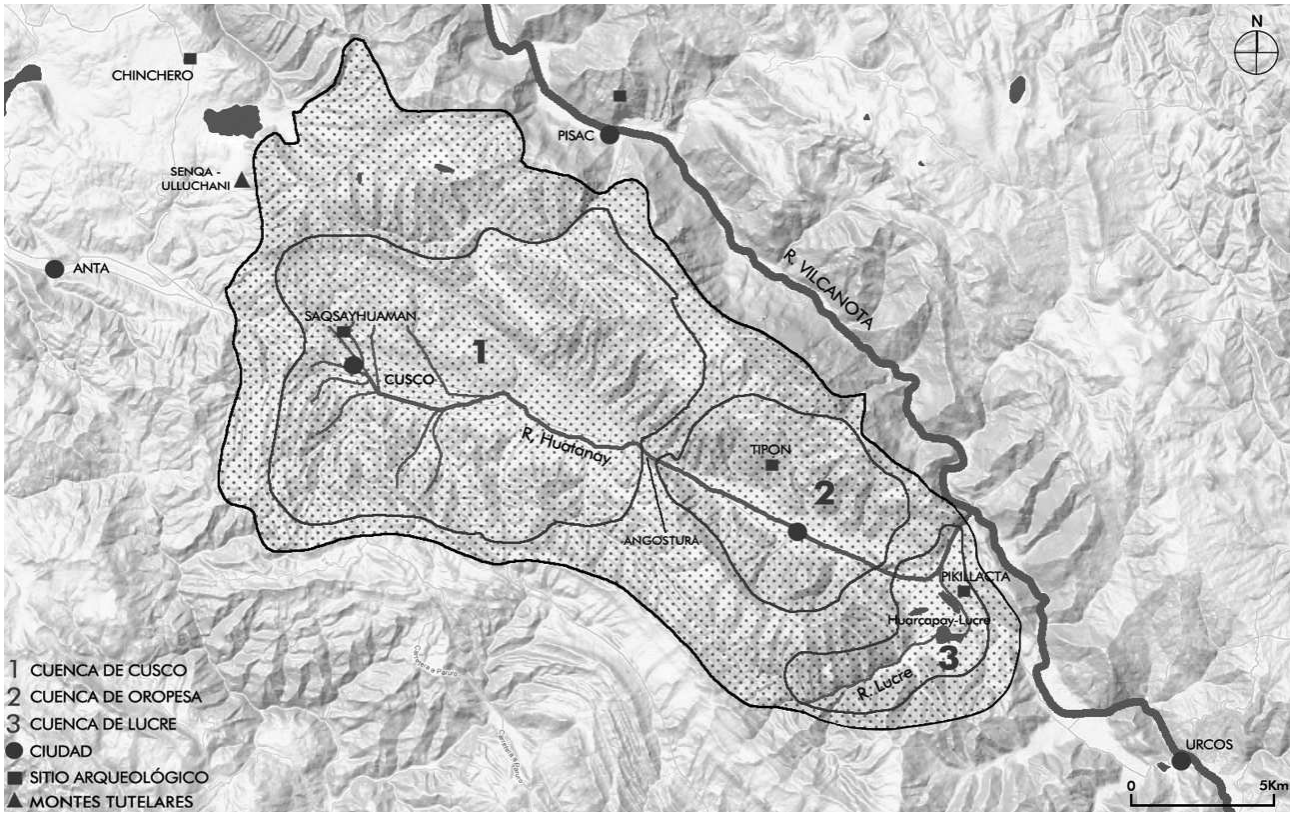


Fig. 1.4. Mapa de las cuencas que componen el Valle del Cusco. Aunque suela denominarse 'Valle del Cusco' a la cuenca del mismo nombre, el Valle del Cusco es una gran unidad geográfica que engloba tres cuencas vertebradas por los ríos Watanay y Lucre.

1.2 LA GEOMORFOLOGÍA DEL VALLE COMO UN PAISAJE MODIFICADO

Desde el punto de vista geográfico, el valle del Cusco tiene una longitud de 31 Km. aproximadamente. Se extiende desde las montañas que forman los montes Senqa y Ulluchani (4.514 y 4.437 m. de altura, respectivamente), hasta el punto donde el río Watanay desemboca en el Vilcanota. Tanto al norte como al sur, el valle está delimitado por montañas de pendiente variable que se alinean a uno y otro lado del cauce del Watanay[2].

La morfología de este valle permite diferenciar tres cuencas bien definidas, la del Cusco y la de Oropesa, recorridas por el cauce del río Watanay y la tercera que corresponde a la recorrida por el río Lucre. La cuenca del Cusco, de unos 13,5 Km de longitud máxima, es la más alta y se extiende desde la cabecera de Saqsaywaman hasta la zona de Angostura. En este lugar el valle se convierte en un estrecho cañón de 2 Km de longitud y apenas 250 m de anchura, que separa ambas cuencas. La cuenca de Oropesa es algo mayor, tiene 15,5 Km, y se inicia al final de la Angostura, a la altura de Rumicola junto a la laguna de Huatón. El estrecho paso de Angostura estuvo controlado en su inicio y en su final por construcciones incas. Asimismo, debemos añadir que la cuenca de Lucre fue el escenario de la presencia Wari más importante de toda la región. Allí se sitúa el gran centro administrativo de Pikillacta (McEwan, Couture 2005).

Desde el punto de vista agrícola, los cerca de 3 Km. de anchura máxima hacen que la cuenca del Cusco tenga una superficie agraria mayor que la de Oropesa, de apenas 1,5 Km. de ancho. Por otra parte, las pendientes de ladera son mucho menos inclinadas en la cuenca del Cusco, con amplias zonas planas y lomadas que no superan el 30% de pendiente. En la de Oropesa, el terreno se eleva desde el cauce del río para alcanzar rápidamente declives con inclinaciones superiores al 45%. Estas diferencias topográficas facilitaron que la cuenca del Cusco fuese ocupada por una mayor densidad de poblados asociados con zonas agrarias y de infraestructuras asociadas como caminos, puentes o almacenes. En realidad, desde los montes Sencha y Ulluchani, en la cabecera de la cuenca, hasta el paso de Angostura, se extiende una unidad geográfica densamente transformada por la mano del hombre, que tuvo su centro neurálgico en un promontorio que domina la cabecera del valle, y en cuyas laderas

se extendió el centro representativo del poder inca. Este punto domina hacia el norte las tierras altas que se extienden hasta el límite del valle, tierras altas con suaves pendientes que configuran un anillo superior de captación de aguas en el que se forman los principales cauces que descienden a ambos lados de Saqsaywaman, atraviesan el núcleo de la ciudad del Cusco y se unen para formar el río Watanay[3]. Las numerosas fuentes, manantes y puquiales, producto de la capa freática que circula bajo la superficie, han generado este rico sistema hidrográfico. Esta red de cauces, ríos y riachuelos pueden llegar a ser verdaderos torrentes durante la estación lluviosa lo que explica las estrategias adoptadas para su control a lo largo del valle.

En cierta manera, la morfología de la cuenca del Cusco nos permite distinguir dos ámbitos topográficos bien diferenciados: las pendientes inclinadas de las laderas laterales y el fondo de la cuenca donde se acumulan los sedimentos acarreados por las torrenteras que constantemente erosionan las laderas y que de modo natural tienden a crear barreras que obstaculizan el paso del agua. Por ello, los dos fenómenos fundamentales que históricamente han sido un reto para la presencia del hombre son la erosión de las tierras con una cierta pendiente y la formación de humedales y zonas pantanosas en las tierras planas y bajas.

Los fuertes desniveles que caracterizan la topografía de la cabecera de la cuenca han facilitado el trabajo erosivo de las numerosas corrientes de agua, como ríos y arroyos. En realidad, el agua en sus variadas formas (en particular el río Watanay) ha contribuido a lo largo de los siglos a conformar y modelar el valle en su totalidad. Basta observar la distribución de las quebradas erosivas para constatar el riesgo que supone la descontrolada circulación del agua en períodos de lluvia. Además, las antes mencionadas lluvias estacionales, sumadas a las características hidrográficas y topográficas, entre otros fenómenos, dieron lugar a la formación de extensos pantanos como el que existe en las inmediaciones de la laguna Lucre y el que existió en el área que actualmente ocupa el centro de la ciudad histórica del Cusco[4]. El cronista Juan de Betanzos dice que esa área "*era una ciénaga [...] que causaban los manantiales de agua que de la sierra y [...] de la fortaleza salían [...] y se hacían [...] en la plaza y las casas del marqués y [...] del comendador Hernando Pizarro y en el lugar [d]el mercado y plaza de contratación*". La zona ocupada actualmente por el aeropuerto y los barrios cercanos, fue en algún momento un extenso humedal propiciado por la topografía del fondo del valle. En esencia, todas estas zonas de acumulación de agua son vestigios de la existencia, en el periodo pleistocénico (Era Cuaternaria), de un inmenso lago conocido como Lago Morkill, que se extendía desde el inicio del valle hasta la laguna Lucre.

La riqueza de la circulación del agua en superficie y a través de la capa freática, garantiza, por una parte, la disponibilidad de un continuo caudal de agua; sin embargo, dadas las fuertes pendientes del terreno, constituye a su vez un factor destructivo que debe ser regulado y controlado para permitir la ocupación y explotación de los recursos agrarios del valle. El proceso de canalización de los ríos comienza varios siglos antes del establecimiento de los incas como gran señorío en el valle. Posteriormente, los Inca canalizaron y trataron de regular la acción del agua en movimiento, controlando los puntos de riesgo por riadas y gestionando los lugares en que la topografía motivaba su concentración. Se propició la formación de lagunas y puntos de embalse o reservorios, para poder alimentar la red de canales agrarios. Por otra parte, algunos humedales fueron desecados encauzando las aguas y drenando el terreno para hacer posible su utilización como espacio agrícola. La regulación y conducción del agua se combinó con la estabilización de las laderas con bancales y muros de contención. El resultado fue un poblamiento disperso en el que se alternaban las obras de infraestructuras con los asentamientos. Las lagunas recibieron una gestión controlada y fueron utilizadas como puntos de acumulación de agua para regular el flujo de todo el sistema[5].

En conclusión, la forma del valle del Cusco configura dos sectores bien diferenciados (Cusco-Oropesa y Lucre), delimitados por zonas de montañas combinadas en algunos sectores con tierras más o menos planas que configuran mesetas, algunas situadas a una elevada altura. Las tierras bajas del valle se asientan sobre depósitos de suelos de origen lacustre (Formación San Sebastián) y depósitos cuaternarios recientes. Estas formaciones más recientes tienen como basamento rocoso depósitos de origen sedimentario (Grupo Yuncaypata) seguidos por depósitos de origen continental (Grupo San Jerónimo). El sistema presenta estructuras de pliegue, disyuntivas y menores, siendo la falla de Tambomachay la más grande que atraviesa la cuenca y es a ella a la cual se debe la mayoría de los terremotos locales (Mendivil, Dávila 1994; Minaya, González, Ticona 2003).

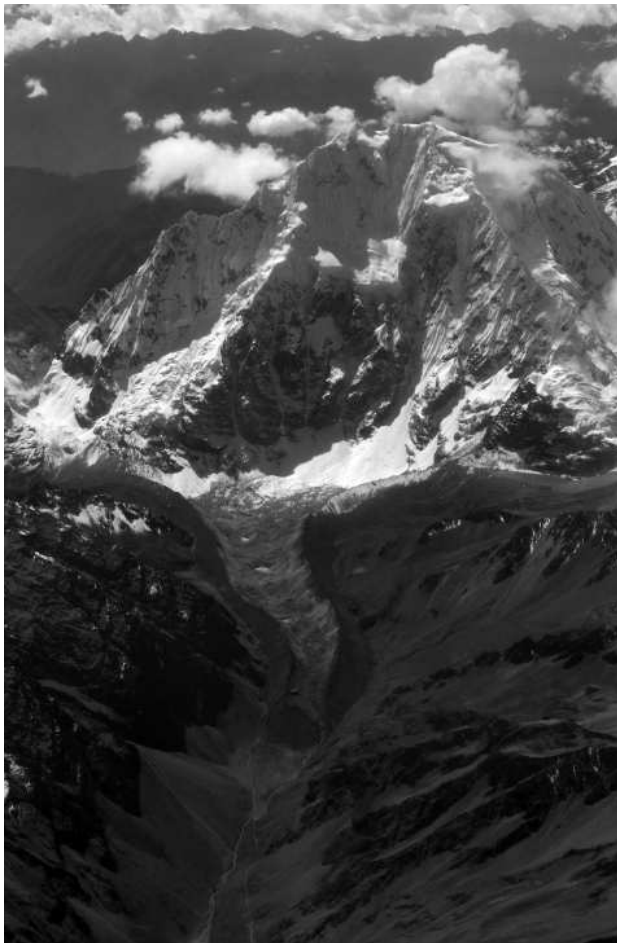


Fig. 1.5

En las cumbres de los Andes las morrenas glaciares continúan modificando el paisaje. Éstas, en su lento movimiento, transportan sedimentos que en algunos puntos forman 'balsas'. En el momento del deshielo, se convierten en lagunas de altura como en su momento sería el Valle del Cusco.

1.3 LOS ORÍGENES GEOLÓGICOS

El conjunto del valle del Cusco que acabamos de describir constituye el lecho de un lago de origen glacial. La cuenca del Cusco era la más elevada de una serie de tres lagunas escalonadas que a lo largo de más de treinta kilómetros ocuparon el actual cauce del Watanay. Durante el pleistoceno, la desaparición de los glaciales dejó sus cuencas libres del hielo y en parte cerradas por los depósitos morrénicos que habían configurado su forma. La morfología del territorio resultante propició la formación de lagunas ocupando el antiguo espacio ocupado por el hielo (Thompson, Mosleythompson, Davis, Lin, Henderson, Cole-Dai, Bolzan, Liu 1995). Como anotamos, los límites de la cuenca del Cusco, la primera de estas lagunas, debía comenzar en el extremo donde se juntan el río Saphi y el Tullumayo, alcanzando su límite meridional en la Angostura. El paso en este lugar era más angosto y cerrado de tal modo que servía de dique natural a las aguas de la laguna. La segunda se extendía desde la Angostura hasta Kunturqaqa, y la última ocupaba en toda su extensión Muyna, comprendiendo Huacarpay, Lucre y aledaños (Córdoba 1987).

Los orígenes glaciares de las cuencas que componen el valle del Cusco están atestiguados por los característicos depósitos producidos por el movimiento del hielo y documentados en el talud del valle entre los 3.600 msnm y 4.000 msnm de altitud. Son suelos residuales formados por el material transportado en forma lenta por el hielo y afectados por los episodios climáticos sucesivos de glaciación e ínter glaciación[6] .

El final del proceso glacial dejó como herencia las tres lagunas que ocuparon el espacio de los glaciares. La primera de ellas, el Lago Morkil (fig. 1.6), fue denominada así por el geólogo Herbert Gregory (Gregory 1916) quien había llegado al Cusco formando parte de la Expedición Científica de la Universidad de Yale en 1912, dirigida por Bingham. Los depósitos de fondo lacustre que identificó en los cauces de algunas torrenteras laterales corroboran las grandes dimensiones que alcanzó esta laguna. Sin embargo, la prueba más evidente de la existencia de dicho lago es la formación geológica "San Sebastián" formada por depósitos de fondo lacustre.

La Expedición Científica de la Universidad de Yale aportó las pruebas que permitieron identificar

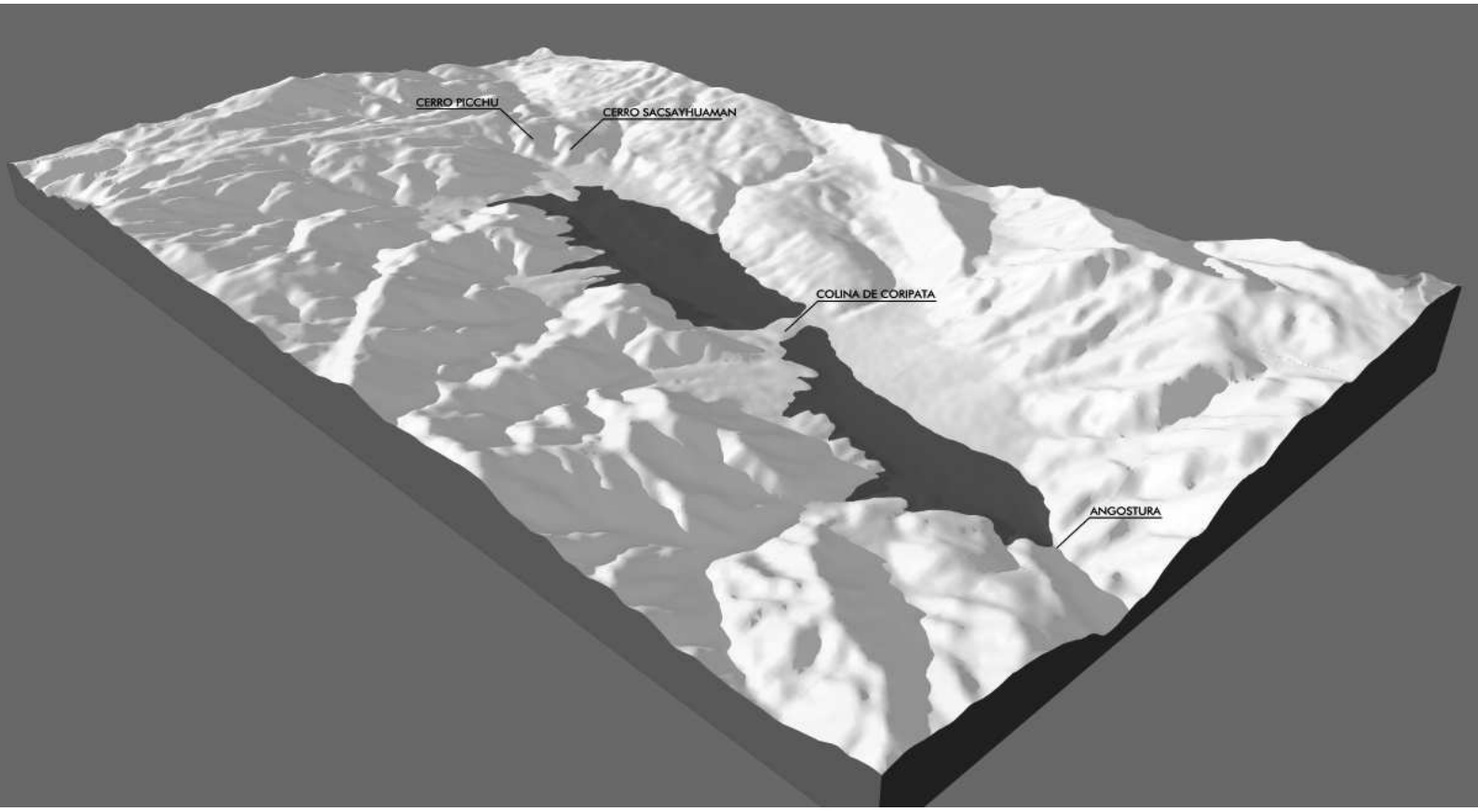

CERRO PICCHU
CERRO SACSAYHUAMAN
COLINA DE CORIPATA
ANGOSTURA

Fig. 1.6

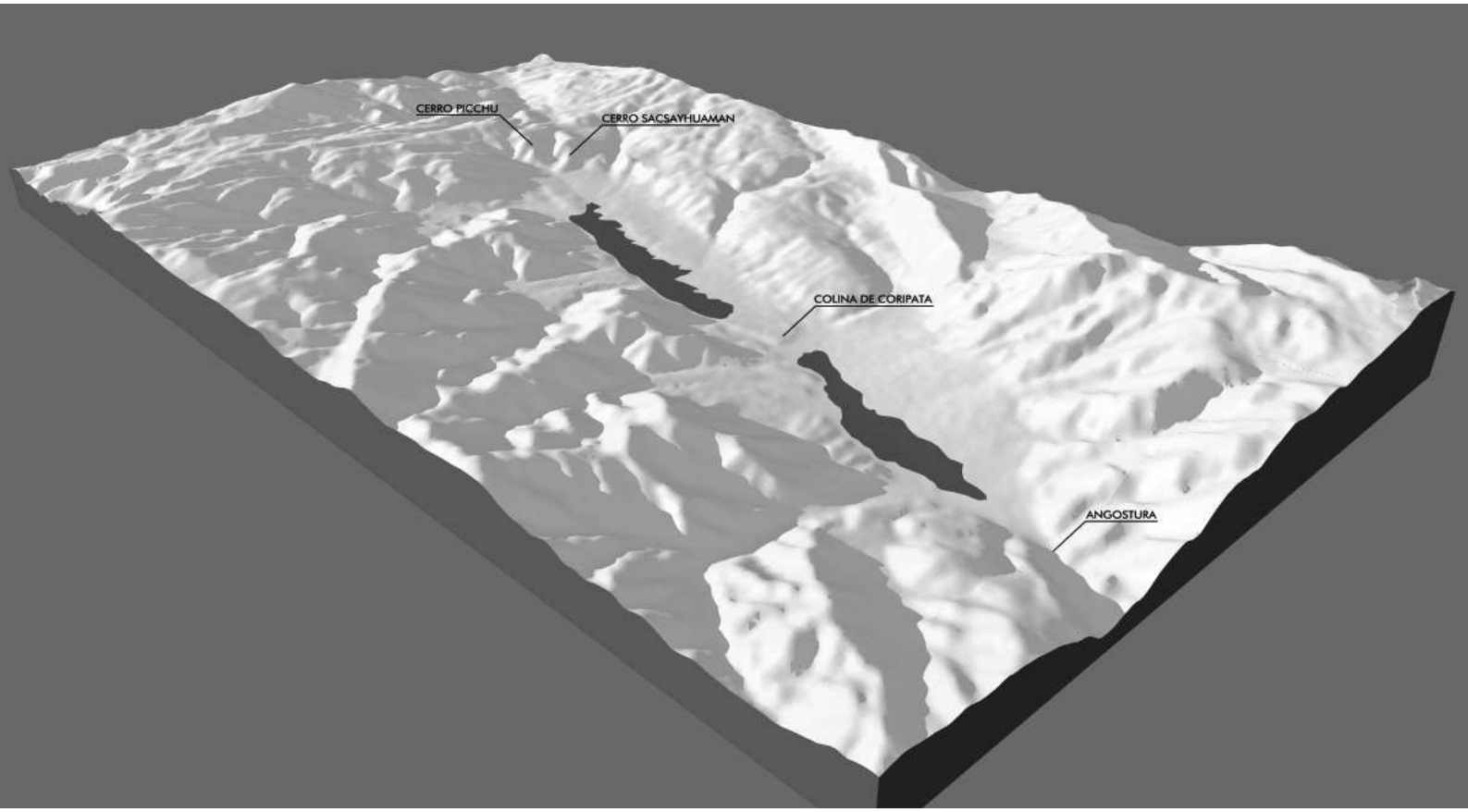

CERRO PICCHU
CERRO SACSAYHUAMAN
COLINA DE CORIPATA
ANGOSTURA

Fig. 1.7

la existencia del lago gracias al descubrimiento de una característica formación geológica compuesta por capas de arcilla y gravas producto de la acumulación de fósiles de algas y caracoles lacustres (denominadas localmente "*ccontay*"). Dicha formación fue documentada en la base de la colina de Qoripata, situada en el centro del valle, la cual debía constituir una isla en el centro del lago. Apareció también a media altura en las laderas del valle, en particular en algunos promontorios laterales ocupados por pequeños cerros como el de Araway (Huancaro). Hacia el sur, el tamaño del valle disminuía de modo abrupto hasta formar un estrecho corredor de apenas 250 metros de anchura; es la zona conocida como Angostura, cuyo taponamiento formaba el dique natural que contenía las aguas.

La formación "San Sebastián" fue puesta en evidencia por Gregory y publicada en 1916. Posteriormente contamos con los estudios de carácter paleontológico realizados por J. Ramírez (1959-1968) y el estudio sedimentológico de E. Córdoba (1986, 1987). Morfológicamente esta formación cubre la parte baja del valle del Cusco y forma una superficie depresiva a manera de una cuenca cerrada alargada, delimitada por las laderas del valle del Watanay[7]. Sobre esta formación se extienden importantes distritos de la ciudad moderna del Cusco como San Sebastián y San Jerónimo[8]. El ambiente de sedimentación de esta secuencia correspondería a una cuenca lagunar con influencia de sedimentación fluvial, cuyos bordes están compuestos por los sedimentos formados por acumulación de material orgánico (turba) que en muchos casos fueron sepultados por depósitos procedentes de los conos de deyección producidos por las torrenteras laterales del valle.

La desaparición del lago Morkil se atribuye a la ruptura por causas geológicas del dique natural en la zona de Angostura, un proceso geológico similar al que debió causar la desaparición de los otros dos lagos. Su ruptura, debida probablemente a un episodio telúrico, despejó el dique natural que contenía las aguas provocando así la desaparición del lago. El resultado fue una extensa zona pantanosa que ocupaba la base del valle en una situación similar a la que hoy día encontramos en el humedal Lucre-Wakarpay el cual constituye un testimonio que sobrevivió al colapso de la tercera laguna. En el caso del lago Morkil, el desagüe del lago se produjo en el Pleistoceno. Los depósitos modernos de tipo lacustre documentados en la parte baja del valle y entre el aeropuerto y el comienzo de la avenida del Sol, corroboran que le sucedió un humedal. La colina de Qoripa debió de constituir originalmente la base de una isla que emergía en el centro del lago. Tras el colapso del dique, el vaciado del lago propició la formación de un humedal superficial en el ámbito del actual aeropuerto y la zona de San Jerónimo (fig. 1.7).

Hemos observado ya que el proceso de formación de la zona lacustre de la base del valle fue condicionado por la posición central de la colina de Qoripa. Su posición determinó la extensión de una gran llanura de inundación atravesada por el río Watanay, en un sistema de corrientes entrelazadas que oscilaban dependiendo de los procesos climáticos. De este modo, los límites del gran humedal que debía ocupar el fondo del valle se asociaba con la formación de terrazas escalonadas atravesadas por las torrenteras laterales del valle. El sistema hídrico producía y alteraba la formación de las terrazas y el proceso de deposición de sedimentos en la base del valle (Sandweiss y otros 1996). Los materiales que forman estos sedimentos han sufrido desgaste y erosión por el acarreo del agua, condicionado por la evolución de las avenidas o flujos[9].

Los sondeos geofísicos realizados en la zona del aeropuerto, urbanizaciones populares y parque industrial extendidos sobre la terraza baja del Watanay, muestran una estratigrafía caracterizada por rellenos recientes no consolidados que coinciden en ocasiones con formaciones fluviales modernas correspondientes a los ríos Watanay, Tullumayo, Chunchulmayo y Retiro que constituyen las actuales avenidas del Sol, Tullumayo, Ejercito y Retiro. Estos rellenos fluviales se superponen a los estratos de fondo lacustre correspondientes al antiguo lago Morkil. Las capas de arcillas limosas y gravas se apoyan en un estrato de arcilla compacta a los 33 metros. El nivel freático en toda esta extensa zona baja del valle aflora a los 0,5 metros de profundidad, lo que corresponde a una lejana evidencia de la existencia del humedal con posterioridad al desagüe de la laguna. Con una simple verificación de carácter topográfico se puede constatar la forma y delimitación de una superficie plana que se extendía hacia arriba del valle desde la colina de Qoripa. Dibuja la extensión de un humedal que debía existir en esta zona con posterioridad a la desaparición del lago Morkil y que grosso modo coincide con la extensión actual del aeropuerto.

Las figuras 1.6 y 1.7 ilustran la ocupación del lago Morkil y los posteriores humedales producto del vaciado del lago, respectivamente. Este proceso determinó la forma cómo se ocupó el valle y el potencial agrícola de estos suelos ricos en sedimentos; algunas zonas ya eran explotadas con anterioridad a la época inca.

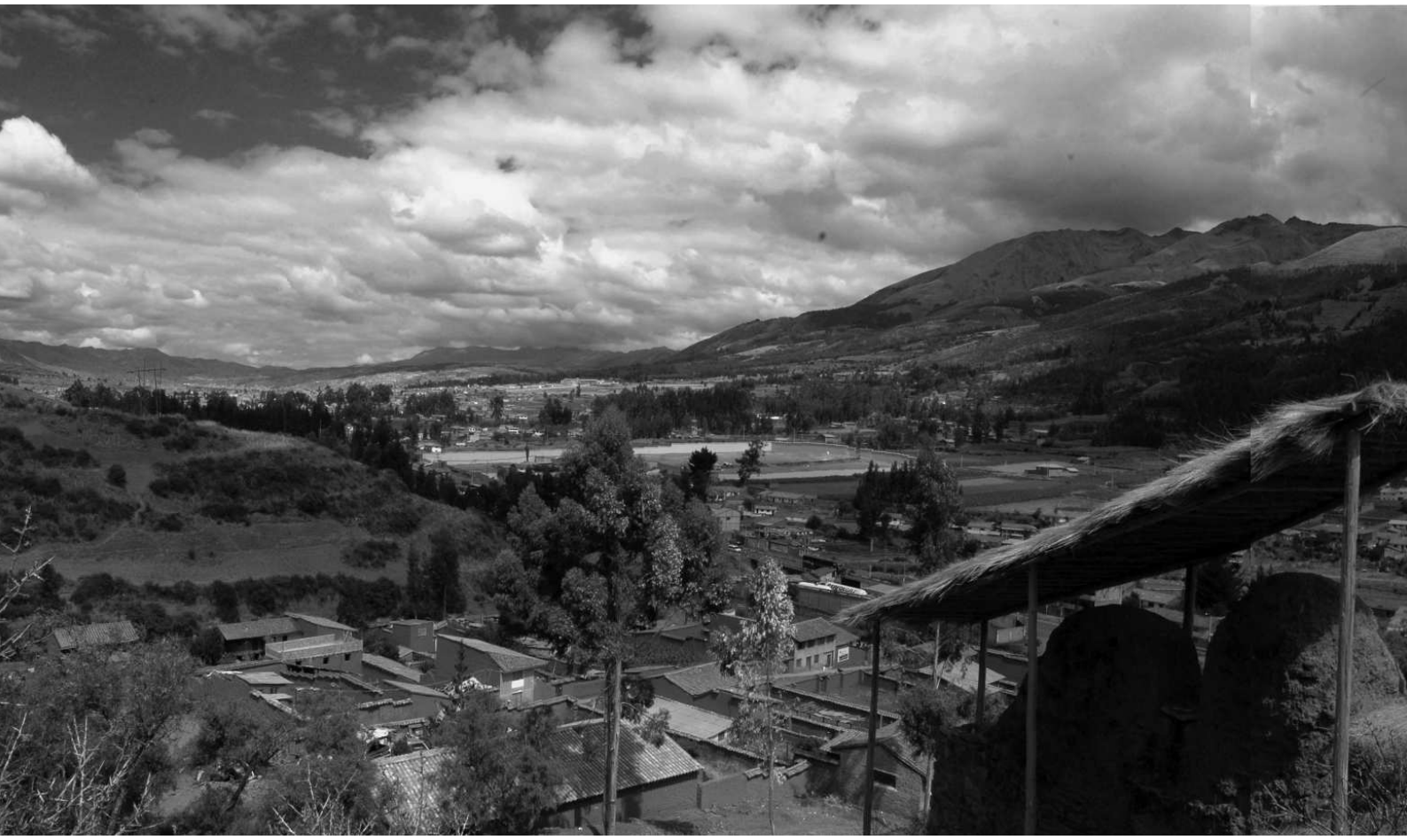


Fig. 1.8.

1.4 EL ESPACIO NATURAL DEL VALLE DEL CUSCO

El espacio natural en el que se insertó la ciudad del Cusco, localizado en la cabecera de la cuenca del mismo nombre, está rodeado por un anfiteatro de cerros que se elevaban en torno a los 300 metros sobre el nivel del centro de la ciudad. Estas colinas están separadas por quebradas más o menos estrechas, formadas por la erosión de varias corrientes de agua que descienden al valle de forma natural, alimentando el caudal del río Watanay. Tres de estas quebradas definirán el trazado de la ciudad: el Saphi, que baja por entre los cerros Saqsaywaman y Picchu y pasa por medio de la plaza principal de la ciudad; el Tullumayo nace en las alturas de Saqsaywaman y forma el límite oriental de la ciudad; el Chunchulmayu nace en el cerro Picchu y constituye el límite occidental del centro representativo de la ciudad Inca. Finalmente, las dos primeras tras su unión formarán el río Watanay.

A la abundancia del agua que aportaban estos cauces debemos añadir el humedal alimentado por los manantes que ocupaba el lugar donde se asentará la plaza principal de la ciudad. Los cronistas de época colonial (Betanzos, 1987: 17; Murúa, 1987: 499; Cieza, 1986: 259) citan la intensa humedad del lugar escogido para la ubicación de la ciudad. Subrayan además la aportación de las lluvias estacionales que debían transformar el solar en una auténtica "ciénaga". La fundación exigió por tanto la desecación de pantanos y la canalización de los arroyos.

El agua tuvo una presencia notable en la topografía fundacional del Cusco. Esto es un hecho como lo demuestran las numerosas infraestructuras creadas para la canalizaron los cauces naturales, la sacralizaron manantiales, el control de las aguas lluvias, los canales de regadío o los de evacuación y drenaje del agua de lluvia. La fundación del Cusco en este lugar estuvo ligada a la precedente gestión hidráulica de la cabecera del valle, un hecho que fue de la mano con la consideración sagrada que se atribuyó a puntos significativos de la red hidráulica natural[10]. Cerros y colinas también fueron lugares de adoración y peregrinaje para los incas. La naturaleza fue asumida y apropiada, en un proceso de aprovechamiento de lo que ésta brindaba, y a su vez incorporándola en la cultura a nivel religioso, económico,

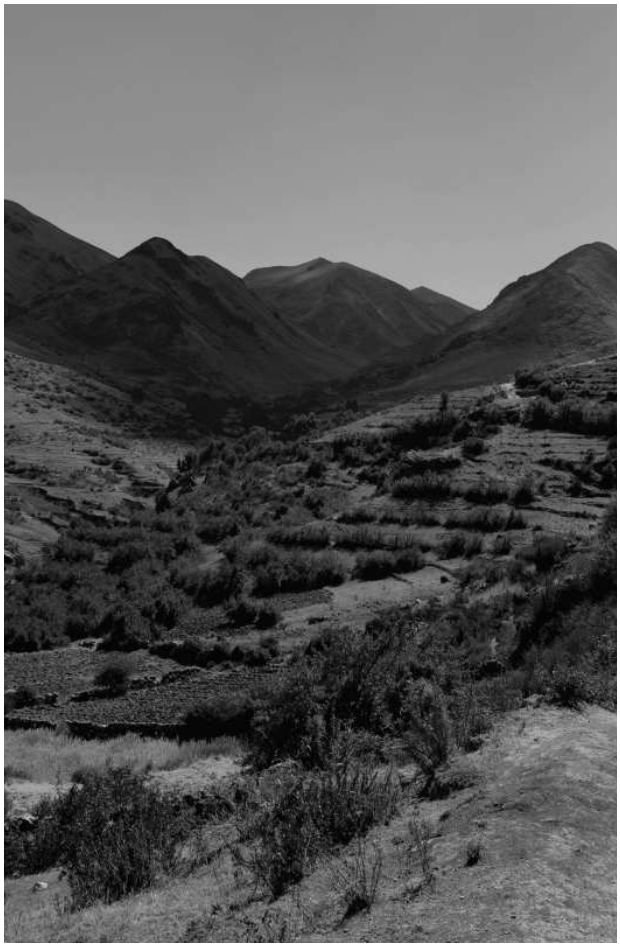


Fig. 1.9

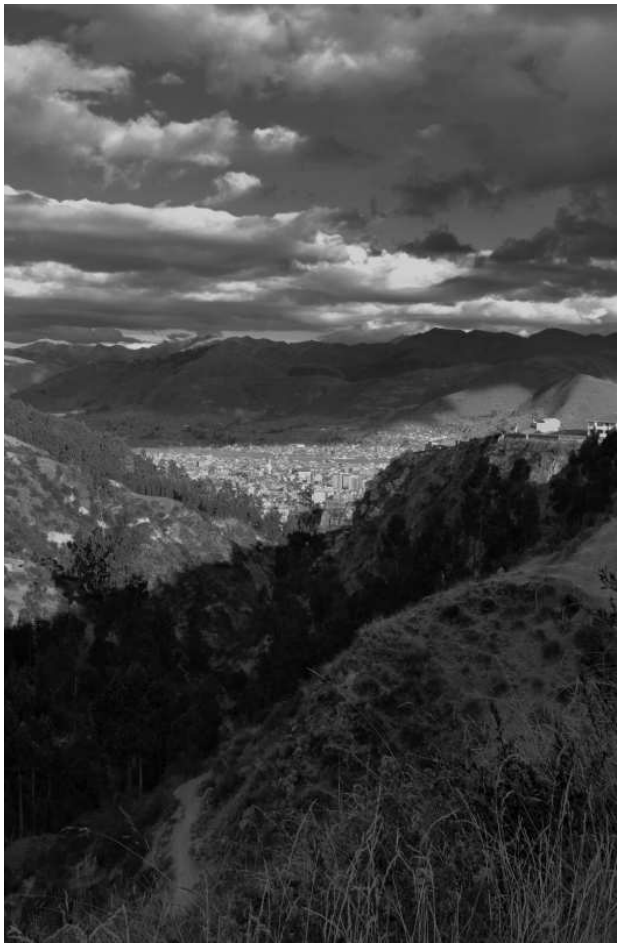


Fig. 1.10

La topografía del Valle del Cusco es, en su conjunto, producto de miles de años de avance y retroceso de los hielos. El lago Morkil y el posterior pantano se alimentaron de los numerosos ríos que han erosionado las montañas circundantes hasta alcanzar el valle. En la página anterior, la cuenca del Cusco en el sitio de Angostura. En esta página, cañones de las quebradas Chacán (fig.1.9) y Kachimayo (fig. 1.10).

político y social.

La cuenca del Cusco garantizó a los incas un lugar desde el cual acceder fácilmente a los diferentes pisos térmicos –y sus recursos- en poco tiempo. Cusco se localizó en el corazón de la región: al noroeste la llanura de Anta y la meseta de Maras-Chinchero, regiones de clima más frío, en las que se cultivan tubérculos y se puede apacentar los rebaños de llamas; al norte el Valle de Pisac-Yucay-Urubamba, con un clima más benigno y con buenos recursos hidráulicos, lo que permitió el cultivo del maíz; al sur, las punas separan la cuenca del Cusco del valle de Yaurisque de donde obtenía madera y pastos para el ganado. El radio de distancia del Cusco a estas regiones no sobrepasa los 50 km, o el equivalente a un día de camino (Brisseau, 1982: 14). A regiones más lejanas, en radios de 150 a 200 km, se podía llegar a través del Watanay y luego del Urubamba, regiones de punas frías al sur y al este, o las yungas de la ceja de montaña.

Como vemos, el entorno natural del valle y sus características específicas en ámbitos como el isotérmico, geográfico, etnográfico, agrológico y climático se prestaron para que los diferentes grupos humanos pudieran llevar a cabo las dos actividades que permitirían el desarrollo de las culturas avanzadas: la producción agrícola y domesticación de animales (Porras, 1961: VI; Squier y Means en: Porras, 1961: 301; Valcárcel, 1934; Lumbreras, 1981: 198). El cultivo del maíz demandaba riego, abrigo y sol, los tubérculos resistían climas más fríos y el ganado necesitaba los pastos de las alturas, mientras otros cultivos requerían las condiciones de entornos como el de la ceja de selva. El acceso a estas condiciones en el caso del Cusco fue reforzado por una estrategia de aprovechamiento de las tierras bajas y planas para el cultivo –el valle del Watanay-, ocupándose de las faldas de las colinas por los asentamientos humanos como en el caso de los actuales barrios de San Cristóbal, Carmenca y San Blas.

1.5 LAS CULTURAS EN LOS ANDES

La periodización de la historia antigua en la región de los Andes plantea diversos problemas debido a la existencia de diferentes terminologías. El mosaico que representa desde todo punto de vista los Andes y las transformaciones que experimentaron los grupos culturales producto de tal diversidad, puede ser la principal causa de dichos problemas. Sin embargo, existe un cierto consenso por parte de los investigadores en una serie de conceptos básicos: la definición de las diferentes culturas -su cronología y características específicas-, las líneas generales que siguió la historia andina antigua, y los ámbitos geográficos de su desarrollo regional. A pesar de que puedan cambiar las denominaciones utilizadas para cada periodización y sus límites cronológicos, investigadores como M. Rostworowski nos dan el siguiente marco cronológico para los Andes: Periodo Lítico (11.000-7.000 a.C.) relacionado con la caza y la recolección; Periodo Arcaico (7.000-2.000 a.C.) marcado por la aparición de la agricultura; finalmente, el Periodo Formativo (2.000 a.C. – 1000 d.C.) en el que aparecen los primeros señoríos y sociedades teocráticas. Su último estadio dará como resultado el surgimiento de los desarrollos regionales tempranos y, de estos, a los Estados Militaristas. Dentro de estos últimos, el más relevante en el caso de los Andes Centrales es el Wari[11].

A la caída de Wari, alrededor del año 1.000 d.C., surgirán señoríos tardíos como el de Chimú al norte de Perú y las formaciones regionales de la región del Cusco, a partir de los cuales se consolidará entre los siglos XIV y XV el poder regional y continental Inca[12]. John Rowe propone una periodización específica de los eventos sucedidos a partir del 1.200 a.C. [13], basada en *Horizontes*, relacionados con épocas de expansión regional de ciertas culturas, a los que se intercalan *periodos intermedios*, que corresponden al surgimiento de culturas en el ámbito local. Como veremos en detalle para el caso del Cusco, las etnias que ocupan el valle antes de la consolidación del señorío Inca harían parte, cronológicamente hablando, del denominado Intermedio Tardío. La cerámica que predominó durante esta época ha sido considerada como una característica cultural de los grupos humanos que habitaron esta región antes del dominio Inca (Rostworowski 1988). Desde el punto de vista cultural, este periodo ha sido denominado para la zona del Cusco como *Killke*[14]. Expondremos a continuación el esquema de periodización de las etapas que siguieron los cambios culturales de la población pre-inca del valle del Cusco

Periodo Lítico (11.000-7.000 a.C.):

Todos los investigadores coinciden en la existencia de un largo período en el que los grupos humanos subsistían de la caza y recolección. Este periodo comienza con la llegada de los grupos humanos a la costa del Perú y prosigue con su expansión por la montaña, lo que impone cronologías diferentes en las distintas regiones de Perú. El Periodo Lítico o Pre-cerámico, concluye con el desarrollo de la agricultura y la ganadería que, a su vez, se produce en momentos diferentes en la costa y en la montaña como comentaremos sucintamente más adelante.

Periodo Arcaico (7.000-2.000 a.C.):

Como ha sido estudiado en culturas de otras latitudes, y el caso de los Andes no es la excepción, básicamente el desarrollo gradual de la agricultura y la ganadería sería el evento que daría paso a la formación de aldeas estables; estos cambios se producen en el llamado Periodo Arcaico Temprano. A lo largo del Periodo Arcaico, en los valles de la costa surgirá la producción cerámica y la construcción de centros ceremoniales con pirámides en forma de "U", plazas circulares rehundidas en el terreno, plazas colectivas, edificios ceremoniales, etc., como lo ilustra los complejos ceremoniales de Aspero, Bandurria o Caral[15]. Casi todos los autores están de acuerdo en considerar que en términos socio-políticos la sociedad estaba organizada como un mosaico de estados teocráticos apoyados en el control de los excedentes agrícolas. Es importante subrayar que se desarrollan culturas complejas con un amplio mundo figurativo de carácter simbólico que incluye la representación de seres humanos con rasgos de felino o serpiente.

Periodo Formativo (2.000 a.C. – 1.200 a.C.):

El Periodo Formativo es considerado como el lapso de tiempo en el que se producen los cambios y transformaciones que darán lugar a las bases culturales de las futuras culturas peruanas. Aunque no se puede hablar en este periodo de formas de integración política del territorio, ciertas similitudes culturales se extienden por un amplio territorio de los Andes Centrales. A partir de este periodo se ha establecido una serie de cronologías (u Horizontes) ligadas a hechos de carácter cultural, en particular con la última fase del formativo, como el surgimiento de la cultura de Chavín.

Horizonte Temprano (1.200 a.C.- 600 d.C.):

El periodo formativo se considera concluido en el momento en que aparecen las primeras formaciones estatales extendidas sobre territorios regionales. Las denominaciones y periodización varía si se considera o no la cultura Chavin (1.200-200 a.C.) incluida en este periodo. En cualquier caso, entre el 200 a.C. y el 600 d.C., periodo conocido como *Intermedio Temprano* (Rowe 2008), o *Período de las culturas regionales* (Lumbreras), surgen varias sociedades extendidas regionalmente, muy diferenciadas unas de otras, con una gran especialización, una tecnología de riego avanzada y producciones artísticas de una elevada calidad (culturas Kotosh, Paracas).

Horizonte Medio (600 - 1000 d.C.):

A partir del 600 d.C. se forman dos grandes estados regionales: Wari y Tihuanaco. El denominado imperio Wari, que abarcó los Andes Centrales peruanos y se extendió hacia el norte del Perú con frontera sur en la región del Cusco, tuvo su capital cerca del actual Ayacucho. El imperio Tiahuanaco surge en la actual Bolivia y se extendió entre el sur del Perú y el norte de Chile. Ambas organizaciones estatales se caracterizan por el desarrollo de grandes aparatos administrativos para el control de la población y de los territorios. Florecen los grandes centros urbanos (que incluían ciudades administrativas como Pikillacta en la zona de Lucre en el valle del Cusco), se construyen redes de caminos y extensos sistemas de gestión del agua. Aunque la denominación más frecuente es "Horizonte Medio", también es conocido como "Horizonte Wari". En otros sistemas de periodización es considerada como la última etapa del "Período Clásico".

Horizonte Tardío (1.100 - 1.532 d.C.):

El colapso de los imperios Wari y Tihuanaco determina la configuración de sistemas de índole local que lleva consigo la fragmentación política del territorio. En general se reconoce un ritmo distinto de estos cambios entre la sierra y la costa, esta última más urbana y avanzada tecnológicamente, frente a la montaña que evoluciona hacia sociedades más rurales y dispersas en el territorio. En algunas periodizaciones el Horizonte Tardío comienza con el "Postclásico", aunque es más frecuente denominarlo "Intermedio Tardío o Período de los Estados Regionales" (Rowe 2008). Tiene su etapa final entre la consolidación de la cultura Inca como poder continental (1450-1532) y la llegada de los conquistadores españoles.

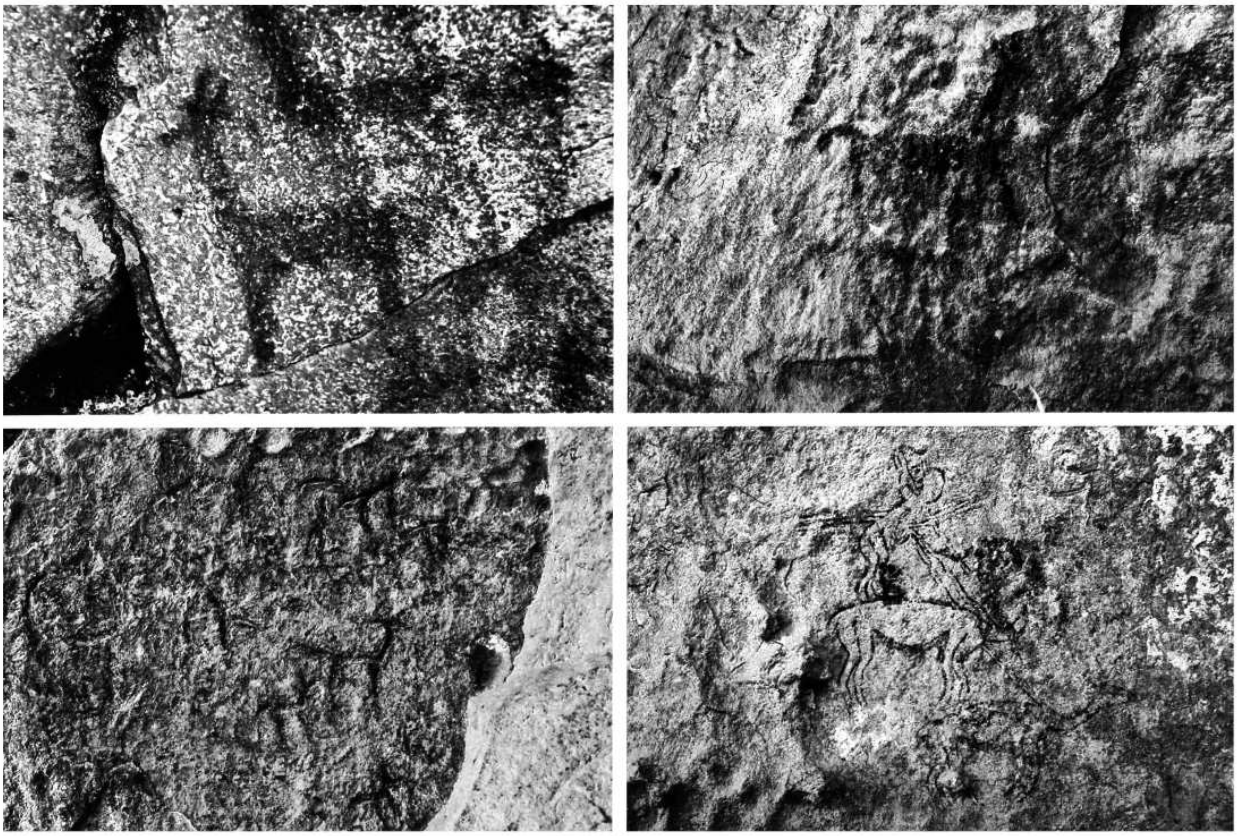


Fig. 1.11. Pinturas rupestres encontradas en la zona de Espinar, valle localizado a 250 Km. al sur de Cusco. Estas expresiones artísticas son las más tempranas encontradas en la actual provincia del Cusco.
(Foto: James Posso. En: *Espinar, la otra maravilla del Cusco*, pp. 45).

1.6 PRIMERAS COMUNIDADES HUMANAS EN EL VALLE DEL CUSCO: PERIODO ARCAICO

Uno de los aspectos en los que todavía no existe consenso es el comienzo de la presencia humana en el continente americano. Sin embargo, a pesar de las dudas y de las limitaciones que genera la escasez de datos antiguos, en general se acepta la interpretación de que la llegada del ser humano al continente se produjo en diferentes oleadas atravesando el estrecho de Bering. Los datos que suministra la arqueología sugieren cronologías que se mueven entre 30 a 50 mil años. En el ámbito andino las dudas y la falta de consenso no es la excepción. La datación más antigua que documenta la presencia humana ha sido fijada entre 18 y 20 mil años a.C. Se trata del denominado Hombre de Pacaicasa, descubierto en Ayacucho en 1969 por Mac Neish (Aldefender 1989). Sin embargo, los datos no dan para establecer esta como la fecha en la que los primeros hombres pudieron habitar la región andina. Otros investigadores opinan que es más prudente fijar alrededor de 8.000 años después (cerca del 13.000-11.000 a.C.) el hombre más antiguo del Perú, cuyos restos se encontraron en la región de Ancash: el denominado hombre de Guitarrero I[16].

Algo en lo que sí coinciden los estudiosos es que para estas cronologías (anteriores a 10.000 años a.C.), el valle del Cusco carecía aún de presencia humana. Como lo vimos en los apartados anteriores, el actual valle del Cusco constituía el lecho del lago Morkil, lago que ocupaba el lugar del glacial de época pleistocénica. Hasta hace poco tiempo se pensaba que los primeros habitantes del valle del Cusco fueron granjeros que vivían en pequeñas aldeas extendidas a lo largo del valle (ca. 1.000 a.C.) ya que no se había encontrado evidencias de presencia humana en el periodo arcaico. Sin embargo, los trabajos de B. Bauer en los últimos años, en particular las prospecciones realizadas en la cuenca del Cusco y la excavación del yacimiento de Kasapata, cerca de Espinar (a unos 250 Km. al sur de Cusco), han dejado claro que al igual que en otras regiones de los Andes, después de la retirada de los glaciares del Pleistoceno se desarrollaron prosperas culturas de

cazadores y recolectores en una cronología que se extiende entre el 9.000 y 2.200 a.C. (Bauer 2007).

En resumen, las nuevas perspectivas en la investigación arqueológica tienden a situar el comienzo de la presencia humana en la región del Cusco en épocas muy tempranas. El denominado hombre de Yauri (nombre con el que anteriormente se conocía el actual Espinar) se remonta a los 5.000 años a.C. (Barreda 1994, Tamayo 1992). Prueba del desarrollo de sus actividades de caza y recolección de frutos silvestres son los restos de su cultura material formada por puntas de proyectil y cuchillos de cuarzo, sílex y basalto que se han documentado en diferentes lugares. Un utillaje de funcionalidad compleja, destinado a facilitar una economía mixta pero que había desarrollado ya el pastoreo de camélidos. Al desarrollo de esta última actividad se atribuyen las pinturas rupestres de Virginiyoq, con la representación de escenas de camélidos. En este mismo período, encontramos otros grupos humanos en la provincia de Chumbivilcas, cuya cultura se extendió ocupando alturas entre 3.600 y 4.300 msnm, pudiendo acceder por tanto a los ecosistemas idóneos para el pastoreo. También en este caso, la presencia de pinturas rupestres con la representación de camélidos confirma la domesticación de la llama y su pastoreo. Asimismo, su cultura material está basada en la fabricación de instrumentos líticos como puntas de proyectil de sílex, jaspe y cuarzo lo que muestra la continuidad en paralelo de las actividades cazadoras. En el ámbito específico de la cuenca del Cusco podemos afirmar que la documentación arqueológica de los primeros grupos humanos arcaicos se reduce a restos de instrumental abandonado. La reducida cantidad de restos y su dispersión en el valle sugieren que se trataba de visitas ocasionales como parte de expediciones de caza.

Es necesario subrayar que la documentación arqueológica de restos dejados por los cazadores recolectores del período arcaico es, en general, muy limitada. Se trataba de bandas de reducido tamaño que se movían por el territorio en busca de caza. Dado que las instalaciones estables son escasas ya que en general formaban campamentos temporales siguiendo el desplazamiento estacional de la caza, resulta muy difícil documentar sus restos. El disponer tan sólo de las puntas de proyectil recuperadas en las prospecciones del terreno y las pinturas y grabados de camélidos (Jones, Klink, Bauer 2001), y al no haberse documentado asentamientos estables en el valle del Cusco, hace posible argumentar que en estas fases arcaicas (9.000-6.000 a.C.) el territorio de la región del Cusco estaba incluido en un ciclo migratorio de grupos en busca de caza y recolección. No será sino hasta el 5.000 a.C. cuando se documente el primer campamento estable de la zona: el ya mencionado yacimiento de Kasapata.

Así, aun cuando el lugar que ahora ocupa la ciudad del Cusco apenas ha suministrado información del período arcaico (puntas de lanzas y de flechas fabricadas en material lítico)[17], los datos arqueológicos demuestran que a lo largo de todas las etapas de este periodo la región fue escenario de la presencia de bandas de cazadores nómadas que recorrían el territorio de forma estacional a la búsqueda de recursos de subsistencia[18]. Kasapata puede considerarse como el reflejo de la progresiva sedentarización de los grupos, de las primeras formas de domesticación y pastoreo de camélidos y, es posible que también, el nacimiento de algunas formas de agricultura incipiente.

1.7 LAS COMUNIDADES ALDEANAS EN EL VALLE DEL CUSCO: PERIODO FORMATIVO

El Formativo Temprano:

Solo será con el denominado Formativo Temprano (2.200 a.C. –1.500 a.C.) de la tradicional división de la cronología peruana[19], cuando podamos encontrar restos de las primeras aldeas sedentarias en la zona del Cusco. Serán ya pequeños poblados de agricultores que reflejan por primera vez la presencia de grupos humanos bien asentados en el valle.

En la región del Cusco, existen evidencias de los primeros cultivos alrededor del año 2.200 a.C. Muestras tomadas en la laguna Maracocha demuestran que la agricultura ya formaba parte de estas culturas y se ha evidenciado en este sentido la quema de los bosques como práctica de preparación agraria del terreno. Otro indicador de la presencia humana en la zona es la cerámica encontrada y sus especificidades. Para B. Bauer el uso de arena como aditivo (desgrasante) para mejorar las propiedades de la arcilla, sugiere que esta es "la cerámica más temprana en la región del Cuzco" (Bauer, 2008: 80).

El Formativo Medio: La cultura Marcavalle

Los análisis de radiocarbono realizados con materiales asociados a la cerámica "Marcavalle" sugieren una datación que inicia en torno al 1.200 a.C. y que concluye hacia el 500 a.C. (Bauer 2008: Pág. 83-84). Marcavalle no debía ser la única aldea asentada en el valle y es probable que contemporáneamente existiesen otros asentamientos aunque todavía no han sido documentados.

El asentamiento sedentario de Marcavalle, el más antiguo y mejor documentado en la cuenca del Cusco, se sitúa en la parte central del valle. Estaba formado por una comunidad de granjeros y pastores datada en torno al año 1.000 a.C. (Valencia, Gibaja 1991). Fue descubierto por los arqueólogos Manuel Chávez Ballón y Jorge Yábar Moreno en 1949, aunque las primeras excavaciones arqueológicas se realizaron entre 1963-1964 por Luis Barreda Murillo (Barreda 1973). Karen Chávez realizó un extenso estudio de los materiales recuperados en prospecciones de superficie y en las excavaciones arqueológicas (Chávez 1977).

No conocemos en todos sus detalles las implicaciones sociales de la aparición de este nuevo grupo cultural en el valle, aunque los objetos culturales recuperados demuestran ya un importante salto cualitativo: las bandas de cazadores recolectores habían sido sustituidas por grupos aldeanos que dominaban la agricultura. Según los datos procedentes de las excavaciones arqueológicas, al instalarse en el valle del Cusco, los nuevos habitantes encontraron buenas condiciones para el cultivo de fríjoles y maíz, lo cual estimuló su tendencia al desarrollo de formas de vida sedentaria. Estos mismos datos sugieren que disponían ya de camélidos domesticados para su uso como animal de carga y suministro regular de carne para el consumo y de fibras para la producción de tejidos. También se documentó la presencia de otros animales domesticados como el cuy y los perros.

Desde el punto de vista de los restos materiales encontrados, la cerámica Marcavalle se caracteriza por el predominio del color marrón y rojo. Se han encontrado cuencos con asas, cántaros con asa lateral y platos. En el contexto andino, el puma, el cóndor y la serpiente son animales sagrados y la cerámica Marcavalle los usa como los motivos principales en la decoración de su cerámica. Los restos arquitectónicos encontrados hasta ahora nos permiten hablar de recintos de pequeño tamaño, de formas rectangulares o circulares, construidos con muros de piedra en las que se ha usado mortero de barro para la pega. También se han encontrado adobes. Los techos de estos recintos debían ser de paja soportados en sencillas estructuras de madera rolliza.

Formativo Tardío: La cultura de Chanapata

La cultura de Chanapata se desarrolló en una fase posterior a la cultura Marcavalle (500-200 a.C.). Ambas eran culturas aldeanas que explotaban territorios con ámbitos de expansión muy limitados. Recibe este nombre de un tipo de cerámica preincaica encontrada por el arqueólogo americano John H. Rowe en sus trabajos realizados en el valle del Cusco en la década de 1940. Se denominó "Chanapata" al haberse documentado en dicha localidad ubicada en el barrio de cusqueño de Santa Ana[20]. Un segundo asentamiento dentro del valle fue documentado en la zona de Wimpillay, al oeste del actual aeropuerto de la ciudad. Ambas excavaciones documentaron muros, cerámicas, huesos de animales y enterramientos. El estudio de la distribución regional de la cerámica Chanapata documenta la expansión de este grupo cultural fuera del valle del Cusco. Así lo corroboran tanto los hallazgos de Bandojan cerca de la actual población de Anta situada a unos 20 Km al oeste del Cusco[21], como los de lugares cercanos a la actual Paucartambo, población situada al norte del Cusco, sitio clave para el ingreso a la selva (*yunga*). La arquitectura doméstica Chanapata no se diferenció en mucho de la Marcavalle: viviendas circulares cuyos muros eran construidos por taludes de tierra y

pasto y cubiertas de techos de paja.

En las excavaciones de Santa Ana se encontraron piezas que por su importancia nos permiten conectar esta cultura con otros desarrollos anteriores en los Andes. Ejemplo de esto es una representación zoomorfa tallada en piedra que representa a una de las deidades más antiguas del Perú: el puma. La cerámica encontrada de colores rojo y gris, decorada con motivos animales y geométricos. Las canteras de Huacoto, localizadas a más de 4.200 metros, en la cara noroeste del valle del Cusco, explotadas con anterioridad a la cultura Marcavalle, proveyeron material para la realización de esculturas y utensilios de uso diario.

En resumen, el desarrollo de las primeras culturas aldeanas (Marcavalle y Chanapata) refleja la progresiva ocupación de los diferentes pisos ecológicos del territorio. Se ocuparon las diferentes alturas del valle para acceder a recursos agrícolas diferenciados que de haberse concentrado en un solo lugar no hubieran podido ser obtenidos. En definitiva, el inicio del sistema de explotación integral denominado *archipiélago vertical*.

La integración de las estructuras familiares del valle en las formaciones estatales

Las culturas Marcavalle y Chanapata corresponden al definitivo desarrollo de la agricultura y ganadería en la zona montañosa del interior de los Andes. Las viejas bandas de cazadores dejan el lugar a grupos mucho más complejos desde un punto de vista social y tecnológico: son las primeras sociedades aldeanas que a lo largo del primer milenio a.C. surgen en los valles aislados del interior de la montañas, en particular en la vertiente que se dirige hacia el Amazonas, como es el caso de la región del Cusco[22]. Aunque no resulta muy evidente en términos arqueológicos y hablamos en general de comunidades fragmentarias, es posible que en este periodo cada valle ya contara con un asentamiento principal.

Estos cambios deberían ser puestos en relación con los procesos de transformación cultural que se venían produciendo varios cientos de años atrás tanto en la costa como en el norte de los Andes peruanos. Allí se establecieron grupos que fueron capaces de construir monumentales complejos ceremoniales que congregaban la población agraria, habitualmente dispersa en las tierras de cultivo. Estos centros congregaban una población estacional y llegan a adquirir auténticas funciones urbanas durante los mercados desarrollados para los grandes festivales. La arqueología documenta ya antes del cambio de era la circulación en los Andes de bienes de prestigio procedentes de los mares calidos del actual Ecuador: caracolas marinas (*strombus*) destinadas a su uso como instrumento musical (*potutu*) o de conchas nacaradas como objetos ornamentales (*spondilus*) [23].

El escenario inicial, los valles costeros de los Andes, muestran cómo desde el Periodo Arcaico yacimientos como Caral son la expresión de la expansión de las formas monumentales de la arquitectura en cronologías del 3.000 a.C.[24] Estos inmensos sitios ceremoniales son la expresión de la progresiva complejidad que adquiere la organización estatal. Los valles, como el denominado callejón de Huaylas, que permiten la circulación transversal de los Andes y alcanzan la ceja de selva y la selva misma, son el contexto en el que surgirá la cultura Chavin capaz de expandir su influencia por toda la costa peruana (Tello 1960). Esta cultura es exponente de un complejo desarrollo gracias a la agricultura intensiva producida por grandes concentraciones humanas organizadas en estructuras sociales más estratificadas. La aportación de la costa será la tecnología agraria que permitirá el crecimiento de la población y, a su vez, estará condicionada por la mayor disponibilidad de mano de obra. La agricultura extensiva utilizaría una tecnología cuyo grado de sofisticación la llevó a su mínima expresión. Se organizará la población para la apertura de canales y la transformación de los valles atravesados por los ríos en auténticos vergeles. El desarrollo de la arquitectura y de una sofisticada cultura visual será efecto de la progresiva transformación de estas sociedades complejas.

Paralelamente a esta situación, en los valles del interior de los Andes dirigidos geográficamente hacia la selva hablamos de cronologías más tardías. Las dificultades inherentes al medio dificultaron la expansión de las sociedades sedentarias que surgirán durante el primer milenio a.C. Así, la imagen que podemos hacernos de estas es como sociedades agrarias que apenas sobrepasaban el estadio de grupos fragmentarios, atomizados por el esfuerzo de supervivencia en un medio mucho más difícil que el de la costa. Por ejemplo, el medio natural de un valle como el del Cusco no puede ser controlado por comunidades pequeñas. Las lluvias intensivas son estacionales y no basta con abrir canales, hay también que conservar el agua. El terreno presenta una enorme pendiente y la explotación agraria solo puede ser intensificada con un sistema de terrazas muy sofisticado. Mientras que en la costa varios desarrollos culturales desde hacía varios siglos habían implementado extensos sistemas de regadío, la montaña continúa aún atada al pastoreo de camélidos y a las

pequeñas explotaciones agrarias de diferentes vegetales adaptados a los diferentes pisos ecológicos.

La fragmentación de las formas de explotación del territorio obligará a las comunidades a desarrollar formas de reciprocidad, solidaridad e integración. Se consolidaron así en la sierra interior, durante el llamado Periodo Formativo, estructuras que acabarían convertidas en la base de la organización social de los Andes: el sistema del *ayllu*. Comentado en páginas anteriores, esta estructura de origen familiar establecía unas relaciones de parentesco entre sus miembros quienes se consideraban descendientes de un antepasado común. Los miembros de un ayllu actuaban simultáneamente en diferentes pisos ecológicos[25]. En tiempos Incas, el ayllu será la unidad básica a nivel administrativo y de control del territorio. Todos ellos aportaban de entre sus componentes mano de obra (mita) para la realización de las obras públicas como la construcción de puentes, caminos y edificios. Contaban con un jefe o curaca, quien era juez, organizador y administrador. De él dependía la distribución de las tierras, el trabajo colectivo y el orden jurídico de la comunidad.

Para el caso del Cusco, el desarrollo de estas formas organizativas tendrá su efecto cultural en la aparición de las primeras agrupaciones de carácter político con una cierta influencia regional. De las pugnas entre los ayllus locales se impuso el dominio o supremacía de alguno de ellos. Enfrentamientos y alianzas acabaron por establecer un cierto sentido de comunidad que llegó a controlar el valle de la cuenca del Cusco, en un primer momento, para luego extenderse a una región que iba de la zona de Anta al noroeste del Cusco hasta las cuencas de Lucre y Huaro al sureste. Entre el 200 y el 600 de nuestra era se ha datado la aparición del primer estado regional en la zona del Cusco: el Qotakalli (Bauer 2008). Éste se caracteriza por la aparición de un nuevo estilo de producción cerámica, y a su vez representa la consolidación de formas culturales homogéneas que se extenderán más allá de los límites del valle del Cusco. Algunos indicios sugieren que el área de influencia de la cultura Qotakalli iría hasta proximidades del lago Titicaca, 200 km al sur este del Cusco. Durante este periodo, anterior al surgimiento del estado Wari, pudieron comenzar a gestionarse los primeros proyectos de canalización de aguas y de andenería para aumentar los terrenos como producto de la intensificación de la producción agrícola.

Respecto a la arquitectura no parece tener mayores variaciones respecto al periodo anterior: las estructuras son construidas con piedras sin pulir pegadas con argamasa hecha a base de barro y paja. Las edificaciones son de forma rectangular de unos 9 m de largo por unos 5 de ancho. En la zona de Araway se ha encontrado un asentamiento formado por 40 estructuras de este tipo.

Es interesante constatar que en la costa peruana el precoz desarrollo de la agricultura intensiva se relaciona con el crecimiento demográfico y la formación de las estructuras estatales de tipo despótico (aunque no sabemos en qué orden se dieron los tres factores). Un proceso que presenta grandes analogías con lo que ocurrió en otras geografías del mundo como Mesopotamia, el valle del Indo o en China (río Amarillo). Es importante recordar que en el interior de la sierra el proceso fue más tardío. La fragmentación del territorio en valles estrechos y escarpados llevó al establecimiento de formas sociales de pequeño tamaño a través de las cuales se garantizara la supervivencia. Los ayllus aseguraron su éxito como formaciones nucleares basando su esencia en la solidaridad del grupo y en la reciprocidad como estrategia de supervivencia. Esto determinó su progresiva transformación y acabaron integradas en formas de dominio regional como la Qotakalli. Aunque al parecer no fueron formas con un marcado perfil militarista, como las de la costa, abrieron el camino a la formación de sociedades disciplinadas y organizadas mucho más rígidas que las costeras, pero también mucho más eficaces en un medio tan duro como el de las alturas andinas.

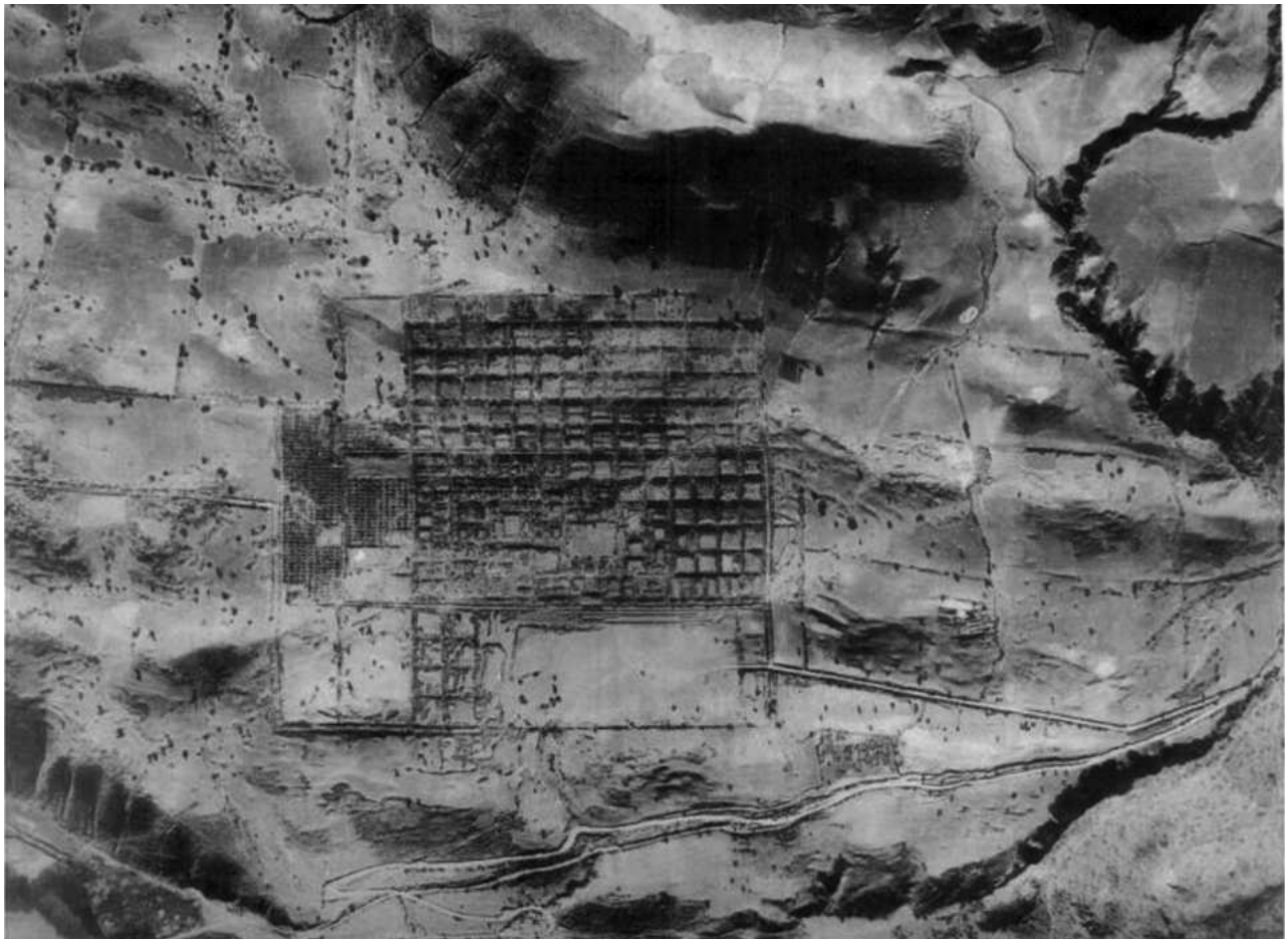
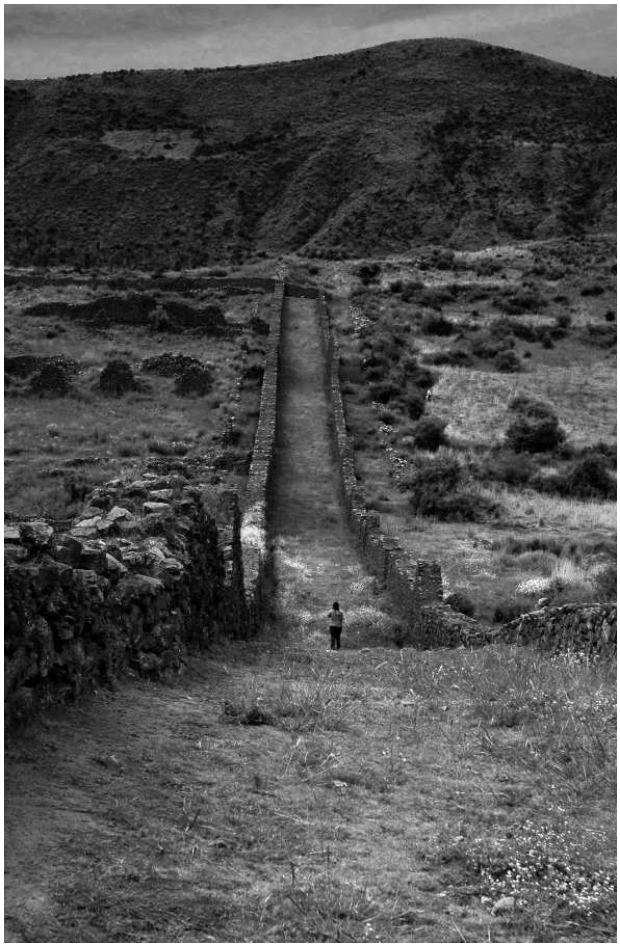


Fig. 1.12 Vista aérea de Pikillacta (Foto: Servicio Aerográfico Nacional. Perú).

1.8 LOS ESTADOS REGIONALES. EL PERIODO WARI EN EL VALLE DEL CUSCO: HORIZONTE MEDIO

La cultura wari fue la primera gran formación estatal que se extendió entre los Andes centrales y la costa del Océano Pacífico y fue, junto con Tihuanaco, la gran cultura del altiplano interior (Titicaca), una de las dos culturas más importantes del llamado Horizonte Medio. Comenzó su expansión en los años 600-700, desde un núcleo originario situado en torno a Ayacucho y a partir de la cultura Huarpa (Lumbreras 1981; Leoni 2000). Como organización política estatal duró al menos 200 años (Schreiber 1992: 77-78), con todo, las dataciones de carbono que han suministrado algunos yacimientos como Pikillacta sugieren que pudo tener una duración aún mayor.

La identificación e interpretación de la cultura wari es un fenómeno histórico reciente. Recordemos que hasta los años 50 del siglo pasado esta cultura era considerada simplemente como una manifestación de Tiwanaku en la costa del Perú. Sin embargo, la documentación arqueológica ha conseguido caracterizarla como un estado militarista que se expandió rápidamente fuera de la región de Ayacucho: por el norte llegó hasta Cajamarca y por el sur ocupó la región de Cusco (Isbell, McEwan 1991). Sin embargo, tenemos que subrayar que no hay evidencias arqueológicas bien documentadas de actos de agresión bélica por parte de los wari y que existen interpretaciones alternativas para explicar su expansión. Por ejemplo, la que subraya el papel que pudo jugar en general la religión y en particular el gran santuario oracular de Pachacamac, en la costa central, como un factor que incidió en su expansión (Shea 1969). En este sentido se ha citado como un indicio la difusión de las grandes urnas ceremoniales wari, similares a las que fueron aplastadas y enterradas ritualmente en Conchopata cerca de la capital wari (Isbell y Cook, 1987). Se trata de piezas muy parecidas a las denominadas "urnas de Pacheco" descritas por Tello (1942) y que nos sugieren el papel poderoso que debió jugar la religión en la expansión wari. De hecho, algunos autores concretos consideran el fenómeno wari como un reflejo de la expansión de tradiciones religiosas impulsadas desde Tiwanaku, cuya difusión



Pikillacta es la ciudad administrativa wari más extensa e importante de la frontera sur de este imperio. Largos muros encerraban grandes recintos trazados como una retícula en la cuenca del río Lucre.
Aquí, imagen de una 'calle' que separa dos sectores de la ciudad (Foto: Ricardo Mar)

Fig. 1.13

se debería relacionar con el auge de la economía de intercambio (Bawden, Conrad 1982, 30-31). Sin embargo, otros autores proponen una interpretación de carácter agrario asociada con la crisis climática que habría coincidido con el inicio de la cultura wari (Glowacki, Malpass 2003). En este sentido, es importante subrayar que el estudio de los depósitos de hielo en los nevados peruanos sitúa un gran periodo de sequía en torno al año 550 d.C. (Capa de hielo de Quelccaya, Thompson 1985). Esta crisis habría empujado a los wari en busca de nuevas tierras y pastos. Sin embargo, la visión más general entiende que la expansión wari se apoyó en una combinación de incentivos religiosos y económicos (Topic 1991, 162; Topic y Topic 1992, 177) y ponen el acento en la difusión de una tecnología agraria avanzada basada en la construcción de terrazas con canales de regadío. En cualquier caso, el Horizonte Wari (540-900 d.C.) se caracteriza por un estilo arquitectónico asociado a la construcción de conjuntos arquitectónicos monumentales, el desarrollo de centros administrativos jerarquizados y la distribución de ciertos tipos característicos de cerámica (Isbell 1991, Isbell y Schreiber 1978, Schreiber 1992).

La capital del estado wari estaba situada en el asentamiento homónimo ubicado cerca de la actual Ayacucho, punto a partir del cual se expandió su dominio. Algunos autores han estimado que su población estaba entre 10.000 y 20.000 habitantes, aunque reconocen que según los datos arqueológicos podría haber sobrepasado los 35.000 e incluso alcanzar los 70,000 (Isbell 1984, 98; Id., 1986, 191; Isbell et al. 1991, 24, 51). En cualquier caso, está aceptado que durante el Horizonte Medio fue el centro urbano más grande en los andes centrales con una superficie urbanizada que desde luego sobrepasaba los 2,5-3 Km2 (algunas estimaciones fijan su extensión entre 10 y 15 Km2). En los valles de la sierra interior andina los wari construyeron grandes centros administrativos: en el norte Viracochapampa, en el sur Pikillakta (McEwan 1984, 1991b) y Huaro (Glowacki 2002a: 282), en la zona de Ayacucho Azángaro (Anders 1986, 1991) y Jincamocco (Schreiber 1978). En la costa la presencia wari está documentada a través de las cerámicas asociadas a contextos funerarios ya que apenas se conocen conjuntos arquitectónicos wari. Sonay en el valle de Camaná (Malpass et al. 1997) y Pataraya en el valle de Nazca (Schreiber 1999) constituyen dos excepciones.

Fig. 1.14

Vasija antropomorfa Wari. Este *huaro* es un ejemplo de la influencia que culturas como la Nazca o la Tiwanaku tuvieron en todas las esferas de la vida wari.

En el caso particular de la zona del Cusco, Pikillacta está situada en el mismo valle del Watanay y constituía un inmenso asentamiento de carácter administrativo. Fue construido para controlar un territorio estratégico de sierra situado cerca de la frontera con Tiwanaku. Hay estudiados varios asentamientos wari cuyo carácter pudo ser administrativo. Sin embargo, la importancia de Pikillacta radica tanto en sus dimensiones como en el hecho de que es el resultado de una acción planeada en su totalidad. El arqueólogo Gordon McEwan dirige un proyecto desde finales de los años 70`s y ha podido establecer las secuencias de construcción del complejo (McEwan 1996). Ha identificado 4 sectores principales donde el 1 y el 2 quizá sean los mejor estudiados. El sector 2 es el más antiguo y el más elaborado. Está compuesto por una serie de grandes conjuntos y cuenta con una plaza principal y otra secundaria. Al parecer, este sector sufrió algún tipo de modificaciones a través de su historia de uso. El sector 1 nunca fue terminado, mientras que los sectores 3 y 4 aún están en proceso de excavación y estudio. Una empresa de este tamaño no tenía precedentes en esta zona de los Andes. Pikillacta fue construida con piedra local sin trabajar, unidas con mortero de barro. Muros y pavimentos estuvieron en algún momento enlucidos de yeso blanco. Por la forma como fueron construidos los altos muros que cercan los conjuntos, se ha pensado que fue el trabajo por turnos (mita) el que permitió movilizar gran cantidad de mano de obra. Esta forma de trabajo sería muy efectiva en época inca.

Durante los 300 años que pudo durar la presencia wari en la zona del Cusco, podemos rastrear en el territorio otros asentamientos aparte de Pikillacta. Según investigaciones efectuadas por G. McEwan, Pikillacta no fue el único asentamiento wari en la cuenca de Lucre. Al sur oriente, en la cuenca del río Huaro, también se ha documentado un yacimiento wari de gran importancia en el que se encontraron lugares de habitación, un cementerio con tumbas de alto estatus y un área con cerámica de gran calidad. A su vez, los investigadores piensan que pudo ser a partir de esta cuenca que en época temprana wari comenzó a consolidar su control en la región del Cusco. Otros sitios wari, tanto al suroeste como al noroeste de la cuenca del Lucre, han sido estudiados con el fin de establecer un patrón de ocupación ya en tiempos de Pikillacta. El sitio ceremonial de Muyu Orqo, cerca del actual Paruro a solo

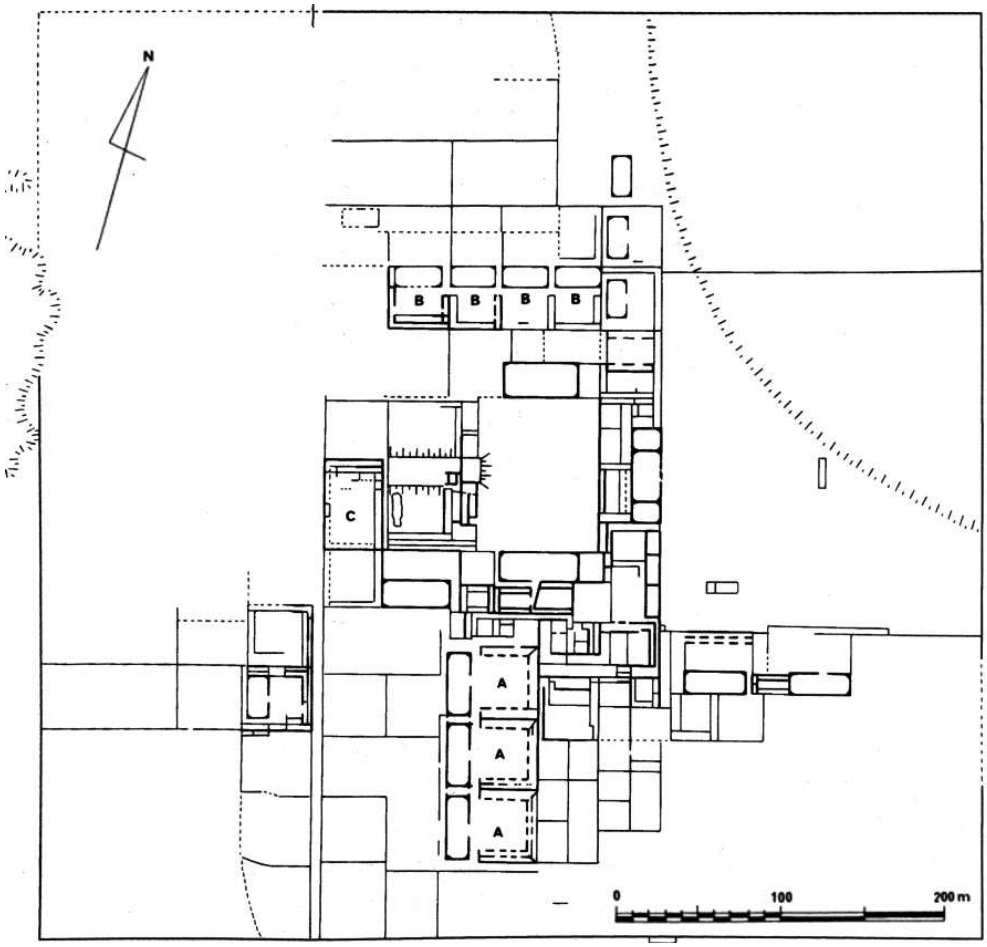


Fig. 1.15

20 Km. al suroeste de Pikillacta, es uno de los pocos encontrados en esta zona. Al noroeste, en Valle del Vilcanota, la situación es similar lo que hace pensar en una ocupación muy desigual de la región del Cusco en época wari.

En la cuenca del Cusco, los estudios realizados llevan a pensar que no existía ningún centro administrativo de carácter secundario en la zona. No es de extrañar que no se hubiera establecido ningún sitio de este tipo si se tiene en cuenta la cercanía con Pikillacta. El valle del Cusco en su totalidad habría de proporcionar mano de obra para la construcción de la ciudad administrativa y su producción agrícola con seguridad era llevada a ésta. Durante la dominación wari, es posible que hubiera menos asentamientos dispersos en el valle respecto al periodo Qotakalli y posiblemente se deba a la concentración de mano de obra dada la intensificación de la explotación agrícola (Bauer 2008).

También es importante resaltar que aunque hubo cambios, estos no significaron una variación de las condiciones generales del modelo de organización y ocupación del territorio por los pueblos que ya habitaban la región del Cusco a la llegada de wari. La estrategia administrativa wari fue la de utilizar las estructuras consolidadas en épocas anteriores, tanto de rutas como de poblaciones. Es más fácil controlar las dinámicas existentes a nivel de tráfico de productos, por ejemplo, que crear nuevas infraestructuras para conseguirlos. La energía la invirtieron en consolidar el poder y no en cambiar un sistema económico y social que de por si ya les era favorable.

Desde nuestro punto de vista, nos interesa destacar que la cultura wari se asocia al desarrollo de actividades ceremoniales estrechamente vinculadas a concepción sacra del paisaje en conexión con el culto a los antepasados. Contamos con suficientes ejemplos que nos permiten hablar de la importancia que esta cultura atribuía a las características topográficas de los lugares naturales sagrados. Existe una narrativa tipificada que se basa en la concepción cosmológica del mundo, donde el agua está siempre asociada a los orígenes (la cueva) y su control depende del respeto ritual a los ciclos cósmicos. La sociedad inca recogerá todo ello varios siglos más tarde. El culto a los antepasados míticos será utilizado por los grupos como justificación del usufructo del agua, ya que nadie puede poseer a la naturaleza. Por lo tanto, los grupos deben desarrollar mitos -del

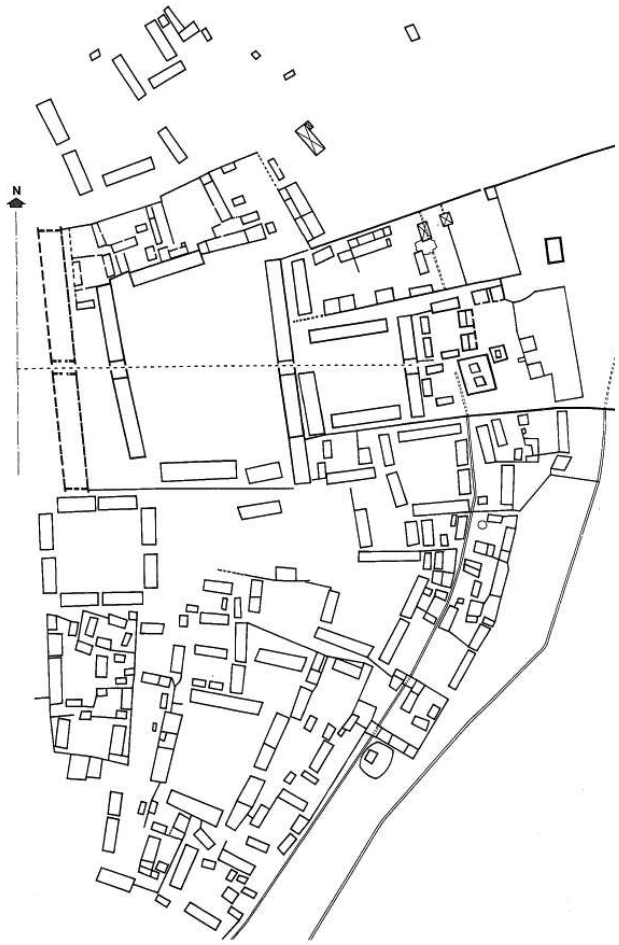


Fig. 1.16

Aunque en el trazado de las ciudades incas no haya primado la ortogonalidad como lo hace en las ciudades de la cultura wari, es innegable la pervivencia de un modelo organizativo de grandes conjuntos compuestos por módulos, recintos o *canchas*.
En la página anterior, plano de la ciudad wari de Viracochapampa (Redibujado de Topic 1991, fig. 2).
En esta página, uno de los sectores que compone la ciudad administrativa inca de Huánuco Pampa (Redibujado de Gasparini, Margolies 1977, fig. 100)

antepasado común- que justifiquen el uso que el grupo hace de los recursos. Todo ello comenzó varios siglos antes de la emergencia del poder inca en la región del Cusco.

En la cultura wari, como en las demás culturas de los Andes, existe una estrecha relación entre mito, uso de los recursos y asentamientos. Los lagos y fuentes de agua como puntos de origen de un pueblo (o *pacarinas*) es una figura que también aparece en el caso de la gran capital, Wari, cerca del actual Ayacucho. Se ha planteado que el cercano lago de Conchopata sería la *pacarina* mítica de la que habrían surgido los wari (Valdez y Valdez 1998:4). A su vez, era el lago que alimentaba la ciudad a través de un sistema de canales. En la región de Cusco la distribución de los principales asentamientos de este periodo también tiene una evidente relación con el agua. Pikillacta está situado junto a la laguna Huacarpay y un sistema de tres acueductos suministraba agua a las terrazas. El yacimiento de Huaro a 15 Km. de Pikillacta estaba situado junto a dos lagunas. K'ullupata, situada a 35 km de Huaro, surgía también cerca de una alguna.

Pachacamac, el sitio más grande construido durante el Horizonte Medio en la costa central del Perú, sirvió como un santuario o huaca y oráculo desde el 200 a.C. El santuario se sitúa al borde del Océano Pacífico. Su gran prestigio como centro de peregrinación en todos los Andes hizo que al incorporarse al incario el propio Sapan Inca lo adoptase como su propia huaca del origen. Se trata de uno de sus dos *upaimarcas* (o *pacarinas*) principales del Inca (Gose 1993, 495-496, con la referencia al texto de Arriaga; Duviols 1986). Los objetos votivos que datan del Horizonte Medio, muestran ya su importancia en época Wari.

Otro ejemplo interesante es suministrado por el santuario de Wariwilka, asociado al grupo étnico de los wankas (Matos 1967; Matos 1958; Shea 1969). Este mito del origen fue recogido por Cieza de León en 1547 cuando pasó por el lugar: "Estos Indios [los guancas] cuentan una cosa muy donosa: y es, que afirman que su origen y nacimiento procede de cierto varón (de cuyo nombre no me acuerdo) y de una muger que se llama Urochombe, que salieron de una fuente a quien llaman Guaribilca (Wariwilka). Los cuales se dieron tan buena maña a engendrar que los Guancas proceden dellos. Y que para memoria desto que cuentan, hizieron sus passados una muralla alta y muy grande y junto a ella un

templo adonde como cosa principal venían a adorar" (Cieza de León, 1996: 243).

Se trata del tradicional mito del origen andino que la arqueología ha podido documentar materialmente. Se ha encontrado un gran recinto casi cuadrado (45 x 48 m), con dobles muros que incluían un pasadizo entre los dos muros y tres entradas precedidas de escalinatas. En el interior del recinto destaca un manante natural con varios canales de distribución que conducían el agua al exterior. Probablemente se trata del "*puquio* u ojo de agua" que cita Cieza de León. Adosadas al interior del recinto se sitúa una serie de habitaciones, y algunas habitaciones en el interior del recinto debían corresponder al espacio de culto del santuario (Shea 1969). Los materiales arqueológicos muestran que desde el comenzó del periodo wari el santuario recibía abundantes ofrendas, y que probablemente era ya la sede de un oráculo y había establecido relaciones jerárquicas con Pachacamac. Todo ello parece corroborar que se trataba de un santuario ancestral ya en uso por los wari, confirmando la relación simbólica entre el agua, las montañas y el oráculo como portavoz de un antepasado (De la Puente Luna J.C. 2003).

Cerca del gran yacimiento wari de Viracochapampa encontramos Cerro Amaru, lugar correspondiente a un grupo local pero que fue frecuentado por los wari. En 1900 Max Uhle excavó uno de los pozos y documentó su uso como santuario, y ha sido interpretado como un centro ceremonial (Topic y Topic 1992). Se encontraron numerosas ofrendas que incluían miles de perlas de dumortierita, turquesa y concha de Spondylus, grandes piezas en bruto y trabajado de Spondylus (1992:172 Topic y Topic citando McCown 1945: 305). En el yacimiento se encontró un gran mausoleo con dos enterramientos privilegiados dispuestos sobre un lecho de conchas de Spondylus. Junto a ellos se documentaron varios enterramientos secundarios de personajes pertenecientes a familias de élite (Topic y Topic 1992, 174). Los enterramientos están asociados con cerámica wari. Todo ello ha hecho pensar que se trataba de un santuario de culto al agua relacionado con un linaje de élite.

Los pozos de Cerro Amaru recuerdan las huacas Ticsicocha en el Cuzco. Ticsicocha puede ser traducido como "origen de lago" en quechua y conmemoraban la fundación de la ciudad. Algunos autores han planteado que debían constituir residuos de los humedales que fueron desecados para establecer la ciudad. Tal vez "mini-lagos" cercados y construidos, huacas que conmemoraban la fundación inca de la ciudad. Si consideramos estos modelos, los pozos de agua de Cerro Amaru pudieron simbolizar el origen cosmológico del grupo étnico. La cámara funeraria habría estado destina al descanso de los fundadores del linaje. Estos datos sugieren que el santuario estaba ya en pleno funcionamiento en época wari. La asociación de pozos y ancestros sugiere la importancia que adquirió Cerro Amaru desde el punto de vista del simbolismo cosmológico de la gestión del agua. En este sentido, la relación de Viracochapampa con Cerro Amaru sugiere que los pozos rituales jugaron un papel importante en la expansión wari.

La atención religiosa prestada por los wari a lagos y fuentes de agua era parte del sistema de control del paisaje inherente a la concepción religiosa andina. Naturalmente, en último término se trataba de un recurso agrario. En este sentido todo ello debe ser asociado a la agricultura a gran escala que los wari despliegan por primera vez en la sierra. Estos lagos eran las *pacarinas upaimarcas* de los grupos étnicos que habían acabado bajo el control wari. La atención que recibieron de los nuevos administradores demuestra su integración en los nuevos modelos de explotación agraria.

Será importante tener en cuenta lo anterior, ya que las características de este modelo wari serán fácilmente identificables en el caso inca. Hay un cierto consenso en que en época inca, dependiendo del tipo de organización social, se planteaba el tipo y tamaño de las nuevas estructuras administrativas. Miembros de las élites locales fueron incorporados al sistema administrativo Inca y las estructuras locales fueron dejadas intactas. Sitios con estructuras administrativas frágiles o inexistentes llevarían a la construcción de nuevos centros administrativos. Las alianzas con las familias de la élite en la región del Cusco serían de vital importancia en un primer momento ya que wari necesitaba de la mano de obra que les permitiera la construcción de la gigantesca ciudad administrativa de Pikillacta.

Al final del primer milenio el imperio wari se desintegra. Como ocurrió con el final de la dominación Inca en los Andes, los centros administrativos wari, como Pikillacta, serán abandonados rápidamente. Hablamos de centros con una escasa población fija, con élites que no tenían ningún vínculo familiar con el territorio y donde las poblaciones administradas acudían al gran centro administrativo solo para el cumplimiento del tributo a través del trabajo. Sin el dominio del poder imperial, estos grandes centros urbanos habían perdido su razón de ser.

Fig. 1.17

Sigue siendo bastante fragmentaria la información que nos hable de los grupos étnicos que ocupaban la cuenca del Cusco antes de wari o de que los incas se establecieran como poder local. Aunque en un principio tales grupos fueron puestos bajo el paraguas de un tipo de cerámica, como la killke (en la foto) investigadores contemporáneos no solo están poniendo en cuestión este principio sino que buscan en la arqueología y las crónicas los elementos que permitan acercarse a la riqueza étnica del valle en época preinca. (Foto: http://www.tierra-inca.com/album/photos/view.php?lg=es&id=1017).

1.9 LA REGIÓN DEL CUSCO ANTES DE LOS INCAS

Con la desintegración de las estructuras de poder wari desaparece la primera formación estatal que había unificado los Andes centrales. La importancia del centro regional de Pikillacta es la mejor prueba de que el valle del Watanay, y con él la cuenca del Cusco, debían estar integrados en la administración wari. Pikillacta no era tan sólo un centro en el que se concentraba el almacenaje de productos y el trabajo de su transformación. Era también un centro de avanzada tecnología en la organización de la producción agraria. Aunque todavía es difícil precisar sus detalles, el poder Wari desarrolló en la zona una importante infraestructura agraria atestiguada por la monumental canalización de Rumicolca. La gestión del agua era la condición necesaria para el desarrollo de una agricultura intensiva y en esta región formada por escarpados valles debía ser complementada por la estabilización de los suelos agrarios con sistemas de andenería. Así lo atestiguan las impresionantes terrazas que hoy en día subsisten en la zona de la laguna de Lucre. Desaparecido el poder de los wari, el gran centro administrativo de Pikillacta perdió su función y fue abandonado. No ocurrió lo mismo con la infraestructura agraria que había sido construida. Como evidencian los restos materiales, el acueducto de Rumicolca fue reforzado ya en época Inca y con él, el sistema de andenerías que continuó siendo utilizado. En el mismo entorno de la laguna fueron surgiendo los sucesivos asentamientos humanos que heredaron un paisaje natural profundamente transformado. Los sistemas de andenes que se han conservado sugieren que la fase wari supuso el comienzo de la gestión sistemática de la agricultura de ladera pronunciada con terrazas y canales de agua. Algo que pasará en época pre-inca en la parte alta de Saqsaywaman, en la cuenca del Cusco, como veremos en los capítulos siguientes.

Tras la desaparición del primer gran poder regional unificado en la región cusqueña, el dominio territorial se fragmenta. Debemos cubrir un periodo de varios siglos hasta el progresivo afianzamiento del poder inca. Rastrear sus antecedentes en la región del Cusco es una labor bastante difícil. Contamos con tres tipos de fuentes cuyo uso

por separado nos puede llevar a visiones distintas de este periodo formativo: los relatos míticos, las crónicas españolas del siglo XVI y XVII, y los restos arqueológicos. Por esto, hemos de afrontar el problema entendiendo que tanto los relatos míticos como las crónicas son el producto de planteamientos ideológicos que pueden poner en entredicho los procesos históricos. Las narraciones míticas son relatos que se abordan desde una perspectiva no lineal del tiempo. Para los pueblos andinos la experiencia del tiempo estaba dada como un continuo en el que se mezclaba presente y pasado. Es por esto que los documentos y manuscritos del siglo XVI, base de la etnohistoria, se circunscriben dentro de un marco temporal bastante difícil de precisar. No así los estudios arqueológicos que nos acercan a al materialidad de la cultura y nos permiten poner en contexto tanto las narraciones míticas como los textos de las crónicas. Por tanto, solo a través de la arqueología será posible aproximarnos con mayores certezas a la etapa formativa del Cusco. Los datos arqueológicos disponibles han de iluminar el camino en un proceso donde prima la materia sobre la conjetura.

Los relatos míticos que han llegado hasta nuestros días son el producto de las compilaciones hechas por los cronistas españoles o por la tradición oral que aun hace parte de la cultura inmaterial en los Andes. Las crónicas españolas recogen narraciones legendarias transmitidas por tradición oral hasta la llegada de los españoles. Los inicios de la ocupación de la región del Cusco por parte de los primeros incas son contados como el peregrinaje de los pueblos de los Andes durante un largo periodo; relatan cómo personajes como Manko Cápac, Pariacaca o Tutayquiri (Ávila 1966) se convirtieron en guías que gracias a sus objetos mágicas encontraron el sitio propicio para asentarse. En su conjunto sugieren que con la caída del imperio wari se generó una suerte de recomposición del mapa poblacional de los Andes Centrales. Dado que no había un poder central de control, al parecer los grupos se desplazaban buscando entornos que les garantizaran mejores condiciones para vivir, algo que podría estar ligado a catástrofes naturales, como sequías o inundaciones, que les sacaron de sus tierras. Dicha desestructuración política de la región pudo llevar a su vez a un estado casi permanente de confrontación e invasión entre las diferentes etnias de la región.

En el caso de la cuenca del Cusco, las mismas crónicas hablan de muchos señores, conocidos como *curacas* o *sinchi*, que dirigían los diferentes grupos de parentesco (*ayllu*) que allí se asentaban antes de la aparición de la cultura Inca. Sus antepasados, cuentan los mitos, se habían transformado en piedras y eran vigilantes y testigos de la pertenencia de sus descendientes a estas tierras, un rasgo común en todo el contexto andino. Los relatos de los primitivos jefes son confusos y se pierden en el principio de los tiempos (o *purunpacha*). Según el relato que escribe Sarmiento de Gamboa (1943: 45) se menciona a tres jefes de diferentes etnias establecidos en esa primera época en el Valle. Estos son los sauasiray, los antasayacs y los guallas. Luego llegarían los alcavizas, copalimaytas, culumchimas, lares y los poques. Sin embargo, actualmente es casi imposible localizar en el Valle las zonas que pudieron habitar dichas etnias, ya que en época Inca, estos pueblos fueron reubicados bajo una política de control territorial y repartición de tierras.

Para el caso de la ciudad que luego sería la capital Inca, las crónicas nos hablan de un lugar llamado Acamama y que coincide con el valle que hay entre los ríos Saphi y Tuyumayo (Guarnan Poma 193b, foja 84; Murúa 1962; 62). Según estas narraciones, las casas serían humildes construcciones dispuestas cerca de una ciénaga producto de los manantiales de la zona y a los pies de lo que luego sería el sitio de Saqsaywaman (Betanzos 1968). Por los relatos que los "orejones" hicieran a Sarmiento de Gamboa (1943; 59) se sabe que este primordial asentamiento en el lugar del Cusco estaba conformado por cuatro sectores[26] y que estos no tendrían mucho que ver (más allá de su número) con las divisiones que los Inca hicieran de la ciudad en el momento de establecer allí la capitalidad (Rostworowski 1988).

Es muy limitado el conocimiento que hasta ahora se tiene del confuso periodo que media entre la desaparición del poder centralizado de los Wari y la consolidación del poder Inca. Sin embargo, los datos con los que contamos nos confirman que el contexto natural marcaría de forma definitiva la ocupación relativamente tardía del valle. Esto lo corrobora el hecho de que aún en una fecha tan cercana como lo es la ocupación wari (600-1.000 d.C.), este gran poder estatal no tuvo ningún asentamiento importante en la cuenca del Cusco. Será solo a través de la transformación de la gran laguna que ocupaba la base de la cuenca y las innumerables torrenteras que bajaban de las montañas circundantes, que en una época muy posterior a wari (1.200-1.300 d.C.) un grupo humano se consolidara en estos territorios. Aunque la población humana del valle del Cusco es muy anterior a la formación del poder inca, será a partir de ese mosaico de etnias que surja un poder capaz de generar los cambios necesarios en el medio natural, y centralizar la producción y el poder con base en la ciudad-capital inca: Cusco.

NOTAS

1. Como comentamos en la Introducción a este trabajo, el término *Tawantinsuyu* viene el quechua *tawa*: cuatro y *suyu*: parcialidad; hace referencia a la división política en cuatro partes de los territorios bajo el dominio inca. A su vez, también utilizaremos este término para hablar de la cultura inca como entidad política en su periodo de máxima expansión con el fin de evitar términos que no se ajusten a las especificidades económicas, sociales y políticas de la realidad andina.
2. Hacia el norte destaca la secuencia que forman el Senca, el Corcor, el Apuyavira, el Mama Simona, el Quilque, el Puquin, el Molle Orco, el Anahuarque, el Huanacaure, el Sacarra, el Mutuy y el Rumicolca. Formando la vertiente sur podemos citar el Ulluchani, el Fortaleza, el Pucro, el Catunga, el Sequeray, el Corao, el Picol, el Atascasa, el Pachatusan, el Pinagua y el Pikillakta.
3. Los cauces que descienden desde las tierras altas hacia el valle son en primer lugar el Saphi y el Tullumayo, que confluyen en el lugar que se denominaba desde época inca *Pumachupan*. En esta misma zona se unen a la corriente el Chunchulmayo (que se forma por la confluencia de los arroyos Sipasmayo, Quilquemayo y Picchu, y de la quebrada Ayahuayco) y el Huancaro. A partir de este punto (Pumachupan) la corriente recibe el nombre de Watanay y recibe progresivamente el aporte del agua procedente de las quebradas laterales. Entre estas destacamos, por la ribera derecha, el Rocopata, el Huancaro, el Huilcarpay, el Pillau, el Huanacaure y el Pajlamayo, y, por la izquierda, el Quencomayo, el Ticapata, el Cachimayo, el Huacoto, el Ochirarura y el Quispicanchis.
4. La Plaza de armas, la del Cabildo, la de San Francisco y sus alrededores.
5. Las lagunas de las tierras altas de Saqsaywaman son la de Huayllarcocha y Huayllarchocha. A los píes de Saqsaywaman, contamos con la desaparecida Tecsecocha, ubicada en el noreste de la ciudad del Cusco donde actualmente existe una calle con su nombre y el humedal del aeropuerto. En las dos cuencas inferiores del valle se conservan aún las de Lucre y la de Guatón. Esta última, situada en el extremo final del valle, es la más grande de todas y se encuentra al pie de los cerros Pikillakta y Rumicolca. Recibe la carga del río Pajlamayo y descarga en el Watanay en el sitio de Huacarpay, poco antes de la desembocadura del Watanay en el Vilcanota.
6. Litológicamente está constituido por pedregones, guijas, guijarros y fragmentos de roca (areniscas rojas). Sus dimensiones son heterogéneas y sus bordes angulosos como corresponde a su fragmentación por el frío y el arrastre por el hielo. Los fragmentos con tamaños mayores a 2 cm. representan un 60%. Estos depósitos incluyen una matriz de arcilla alternada con limos arenosos, altamente permeables, que representan un 40% del sedimento. Morfológicamente se presentan mal clasificados sin que se pueda reconocer una estratificación visible, características propias de los depósitos fluvioglaciares que nos aparecen a la vista casi siempre caóticamente estratificados. Se han documentado también los depósitos formados por la lengua de hielo en su extremo inferior (morrena). Es un conjunto sedimentario caótico donde se observan clastos, fragmentos de rocas rotas en su mayoría por la acción del frío, de muy diferentes tamaños. En su mayoría son areniscas rojas y se presentan envueltas en brechas, limonitas y arcillas, cuya edad es de fines del pleistoceno.
7. Son particularmente evidentes las capas de arcilla y "ccontay" o grada formada por fósiles de algas y caracoles lacustres en la colina de Qoripata y en las bases de los cerros Araway (Huancaro), así como en toda la margen derecha del río de dicho nombre.
8. Litológicamente está constituido por depósitos de gravas, arenas correspondientes a conos de deyección, flujos de barro, diatomitas extendidas en toda la unidad lito estratigráfica, limos, arcillas intercalados con horizontes de paleosuelos de colores claros, y turba, Vid. Elmer Córdova 1986 y 1987, o.c.
9. La litología está formada por bloques de roca redondeada, en su mayoría areniscas rojas de diferentes tamaños. Los guijarros mayores, entre 2 cm. y 40 cm. representan un 65% del material. El restante, con tamaños menores a 02 cm. corresponde a la matriz del sedimento formada por arenas sueltas y limos arcillosos. Vid. J. Menéndez, "Características geotécnicas de los suelos del Cusco" en *VI Congreso Nacional de Mecánica de Suelos*, Lima 1987.
10. Los lugares de culto que recoge Cobo (Cobo, 1964: caps. XIII al XVI) incluyen numerosos arroyos y manantiales. Ver Zuidema, 1989: 353.
11. Auque M. Rostworowski habla de Wari como estado militarista, para otros autores -como G. McEwan- Wari sería el primer imperio de los Andes Centrales. En su libro, escribe: "Los investigadores han estado interesados en cómo, cuándo y dónde los primeros estados imperiales aparecieron en los Andes. Durante la segunda mitad del siglo XX, los esfuerzos se han enfocado en el Horizonte Medio (540-900 d.C.), y específicamente en los restos de la cultura Wari, en donde encontramos la evidencia arqueológica del surgimiento de un imperio expansionista" (McEwan 2005).
12. En el presente trabajo utilizaremos, dependiendo de la cronología, varias figuras respecto a la entidad política

Inca. En orden cronológico y dependiendo de su radio de influencia partiremos de un señorío local, pasando por un estado regional hasta la formación del un poder continental. Esta última fase también ha sido llamada *fase imperial*. Esta acepción es bastante controversial en el caso inca, y se aplica para la historia de los últimos cien años de esta cultura. Como nos dice J. Diamond, los imperios pueden definirse como entidades políticas, sociales y económicas que "comenzaron como grandes conglomerados políglotas formados por la conquista de otros estados" (J. Diamond 1998: 411)

13. Esta fecha es para John Rowe la que fija la última fase del Formativo y está relacionada con el surgimiento de la cultura Chavín. Consideramos que es demasiado extenso el marco temporal fijado por Rostworowski para el Periodo Formativo por lo cual incorporamos a su cronología la periodización propuesta por Rowe.

14. En la actualidad suscita mucha controversia limitar a solo dos desarrollos -Killke y Marcavalle- los múltiples eventos y hechos culturales que debieron sucederse durante siglos en los Andes Centrales peruanos y en la zona del Cusco. Si bien esta periodización ha ayudado a entender mejor el lapso de tiempo entre la caída y el surgimiento de grandes culturas (Wari e Inca), hay quienes proponen un estudio más profundo que muestre la diversidad de etnias que ocuparon el territorio, las cuales gracias a su diversidad cultural permitieron forjar formas culturales más sofisticadas.

15. Para el caso de los denominados "complejos ceremoniales" de la costa peruana como Caral o Bandurria, la investigación arqueológica debería permitir precisar si las "barriadas" encontradas cerca de estos complejos son en realidad conjuntos habitados de manera permanente (permitiendo denominar a estos centros ceremoniales como verdaderas ciudades) o si, por el contrario, eran solamente estructuras que daban cobijo a la población de soporte del centro ceremonial, y sitio de alojamiento de la población que asistía a grandes eventos.

16. En la actualidad son muchas las teorías que apuntan en direcciones distintas al poblamiento a partir de Bering. Una de ellas es la posible presencia del hombre en Suramérica con anterioridad a Norteamérica. A este respecto, y basados en estudios genéticos, investigadores como C. Mann (2006) proponen que Suramérica pudo poblarse desde Australia a través de la Antártida.

17. La forma característica de las puntas de los proyectiles permite su identificación cultural y por tanto cronológica incluso en el caso de que aparezcan en las prospecciones superficiales. Ver en este sentido el proyecto de Bauer que dio como lugar el reconocimiento de numerosas "estaciones" caracterizadas por la presencia en superficie de material lítico arcaico característico (Bauer, 1999).

18. En general se acepta la división del arcaico en sub-periodos Temprano (9.500-7.000), Medio (7.000-5000) y Tardío (5.000-2.200 a.C.).

19. En la periodización tradicional de la arqueología peruana este periodo correspondería al "Horizonte Temprano" caracterizado por el predominio de la cultura Chavín. En las regiones interiores de la cordillera, como es el caso de la región de Cusco, se produjeron desarrollos culturales locales poco afectados por las formas culturales predominantes en otras zonas del Perú. Utilizaremos la terminología de Periodo Formativo en los términos propuestos por J. Zapata (1998) desde el inicio de la producción cerámica y hasta el periodo kotakalli.

20. Para profundizar sobre las investigaciones de J. Rowe en Chanpata ver *An introduction to the archaeology of Cuzco* (Rowe, 1944).

21. Para ver en detalle el contexto en el que se insertan las excavaciones en Bandojan, ver el artículo de Julinho Zapata Rodríguez (1998) *Los Cerros Sagrados: Panorama del periodo Formativo en la cuenca del Vilcanota, Cuzco*.

22. Para ampliar el tema de la explotación agraria en el altiplano andino, ver *Foraging and Farming: Evolution of Plant Exploitation* (Harris, Hillman. 1998).

23. El hallazgo de estas piezas ha marcado la forma de entender el complejo de Chavín de Huantar. Ligados a los rituales, los pututos hacen parte de una manera de darle función a la arquitectura lo que corrobora el papel del santuario en el territorio. Para profundizar en el tema ver *Building authority at Chavín de Huántar: Models of social organization and development in the initial period and early horizon* (Kembel, 2004).

24. Caral un asentamiento datado hacia el 3.000 a.C. está situado al norte de Lima en la costa del océano Pacífico. Como parte de las expresiones culturales del llamado Periodo Formativo en la costa, es un claro ejemplo de centro ceremonial que ocupa la parte alta de un valle desértico y que se inserta en el esquema territorial a través de la proximidad con las zonas agrarias del valle del actual río Supe. Dos publicaciones de la arqueóloga peruana Ruth Shady profundizan en el tema de los grandes centros ceremoniales de la costa: *La ciudad sagrada de Caral-Supe en los albores de la civilización en el Perú (1997); y La civilización de Caral-Supe: 5000 años de identidad cultural en el Perú* (2005).

25. El libro de John Murra *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino* (1975) se hace una aproximación al tema de la verticalidad en los modelos económicos de los Andes.

26. Los nombres de estos barrios son: Quinti Cancha, el barrio del picaflor; Chumbi Cancha, el barrio de los tejedores; Sairi Cancha, el barrio del tabaco; el cuarto, Yarambuy Cancha, barrio posiblemente habitado por gente aymara y quechua. Mientras que los nombres de los tres primeros están en lengua quechua, el cuarto es aymara y su nombre puede proceder del vocablo *yaruntatha*, mezclarse, en dicha lengua (Bertonio1984).

CAPÍTULO 2

LOS INCAS: DE COMUNIDAD LOCAL A PODER CONTINENTAL

Qhipu. Foto: KipuCode

La región de los Andes fue escenario entre los siglos XIV y XV del desarrollo de la formación estatal más extensa de toda la América prehispánica. El Tawantinsuyu agrupaba casi diez millones de habitantes, extendidos por los actuales territorios de Chile, Argentina, Bolivia, Perú, Ecuador y Colombia. Los incas constituyen el grupo étnico que estableció su dominio en el valle del Cusco en una cronología que oscila, según el autor y el punto de vista, entre el 1.200-1.300 d.C.[1] La explicación de sus orígenes y forma de organización cuenta con dos vías interpretativas diferentes: las crónicas coloniales que recogen las leyendas de los orígenes transmitidas por los propios incas, y la documentación arqueológica.

El estudio de la historia inca cuenta ya con un largo desarrollo. En sentido estricto comienza con las crónicas españolas del siglo XVI que ya hemos citado en el capítulo introductorio. Naturalmente, dada la falta de textos escritos incas, la construcción de su historia se ha centrado, naturalmente, en el análisis de dichas crónicas coloniales. Como trasfondo al relato que fueron produciendo los autores entre los siglos XVI-XIX, tenemos que subrayar el acento puesto en la denominación y constitución del Tawantinsuyu como el "Imperio Inca", al modo de las formas organizativas de los imperios tradicionales europeos. No podía ser de otro modo ya que estos fueron los referentes culturales de los que disponían dichos autores. Esta tradición historiográfica adquiere mayor consistencia en el siglo XIX y tuvo como protagonistas a autores como Marcos Jiménez de la Espada ([1892] 2010) y Manuel González de la Rosa (1907). Ya en el siglo XX encontramos la obra de José de la Riva-Agüero 1965 [1910], Clements Markham (1910), Roberto Levillier (1940), Guillermo Lohmann (1941) y Nathan Wachtel (1976). Estos autores afrontaron el estudio del Tawantinsuyu desde una perspectiva rígida, poniendo el acento en su jerarquización y organización administrativa, y en la existencia de un cuerpo de funcionarios. En definitiva, la imagen de un estado asimilable a los estándares de la organización de los imperios del viejo mundo, con el trasfondo del mito europeo del único gran imperio antiguo imaginable: el Imperio Romano. Frente a esta línea de trabajo, se puede trazar un camino diferente de los estudios desarrollado desde las premisas ligadas a la formación de la antropología americana. Entre otros muchos autores, destaca la obra de John Murra, John Rowe, María Rostworowski, Franklin Pease y Tom Zuidema; una aproximación que podríamos definir como etnohistórica y que se desarrolla durante la segunda mitad del siglo XX. Esta línea, en mayor o menor medida, cuestiona los datos de los cronistas coloniales y subraya el carácter específicamente andino de la sociedad inca. De acuerdo con una perspectiva etnológica, sus trabajos subrayan los mecanismos sociales de control político en las sociedades andinas, olvidando a veces que el Tawantinsuyu fue ciertamente una formación estatal altamente organizada.

En los últimos veinte años este panorama historiográfico ha evolucionado aceleradamente. En primer lugar por la emergencia de un enorme cantidad de estudios arqueológicos; un dossier inmenso de datos que ha

Fig. 2.1

Mapa de América del Sur con la división administrativa en *suyus* -o particiones- de los territorios bajo dominio inca. La superficie que llegó a ocupar el Tawantinsuyu le convierte en la entidad territorial más extensa en época precolombina de todo el continente americano.

transformado completamente la perspectiva histórica del Tawantinsuyu. En segundo lugar porque nos habla de aspectos que las crónicas coloniales sólo pudieron presentar como un relato mítico, como es el caso de la narración del origen de los incas y de las culturas que los precedieron; gracias a la arqueología empieza a ser posible desarrollar la historia de la región del Cusco antes de los incas, como vimos en el capítulo anterior. Pero también porque los nuevos datos arqueológicos respecto a los asentamientos, caminos, canales y todo tipo de construcciones incas suministran una idea cada vez más precisa del marco en el que se estableció el Tawantinsuyu.

Ahora podemos afirmar que el estudio de la historia de los incas se encuentra en una fase de cambio acelerado. La posibilidad de establecer puentes interdisciplinares entre la antropología, la historia y las distintas ramas de los estudios arqueológicos está contribuyendo a la aparición de un nuevo paradigma. Es el resultado de los numerosos investigadores que desde las instituciones peruanas, pero también desde las universidades de los Estados Unidos y Europa, están contribuyendo a revolucionar la imagen de la formación estatal que construyeron los incas.

Antes de comenzar a presentar los datos materiales que nos permitirán hablar de la forma urbana de la antigua capital y del modo cómo se integró la gestión del agua en urbanismo de la ciudad, hablaremos de algunos aspectos de la historia inca con el fin de entender mejor el papel del Cusco como centro de poder del Tawantinsuyu. En particular nos referiremos a algunas cuestiones de carácter histórico en torno al entramado sociopolítico que construyeron los incas en la región andina. El Tawantinsuyu como la formación estatal que desarrollaron los incas hizo del Cusco su centro material y simbólico; desde él partía un complejo entramado de caminos, y se organizaba la administración, las relaciones sociales, los intercambios económicos, los movimientos de población, etc. En realidad, el urbanismo de la ciudad sería la expresión cultural de un complejo sistema político, materializado en la gran ciudad-capital[2].

Fig. 2.2

Manco Cápac es una figura legendaria en el imaginario inca. No solo fue el primer gobernante sino que según la mitología él y Mama Ocllo fueron los padres de la nación inca.

2.1 MITO E HISTORIA EN LOS ORIGENES DE LOS INCAS

El mito del "eterno retorno" constituye un tópico cultural que se repite en muchos grupos humanos que no tuvieron contacto alguno (Eliade 1972). También los incas construyeron una explicación de su pasado lejano, en un periodo intemporal, que se funde con el transfondo religioso del origen del mundo. En las narraciones míticas anteriores a las primeras fases de la historia inca (la guerra con los Ayarmacas y los Chancas) se explica que los incas llegaron al valle del Cusco procedentes de tierras lejanas. En el mundo inca estas narraciones se transmitían oralmente de generación en generación con el fin de conservar la memoria de su pasado. Tenemos que pensar que la reconstrucción de la narrativa inca, ya se considere mitológica o histórica, se apoya necesariamente en los relatos recogidos por los cronistas españoles[3].

Los mitos de la fundación son dos: El primero de los mitos es el de Manko Cápac y Mama Ocllo. Su origen se sitúa en el lago Titicaca y Manko Cápac sería, según la leyenda, el primer señor inca. Él junto a su hermana y consorte, Mama Ocllo, fundan después de una larga travesía, en el lugar señalado por Inti, el dios sol, la ciudad del Cusco. Este mito es transmitido por el Inca Garcilaso de la Vega, que probablemente responde a la estandarización de los modelos del mito de fundación de ciudad en la tradición clásica -greco-romana-. Los héroes fundadores nacen en un lugar mágico, son designados por los dioses y a través de un procedimiento, también mágico, obtienen la designación del lugar donde se ha de realizar la fundación (Azara 2003).

El segundo mito es el de los hermanos Ollar (*Ayar*), los hermanos cuyo origen se sitúa en Paraticambo. También es un relato en el que a través de un largo viaje se llega por fin al sitio adecuado para la fundación de la ciudad. Después del diluvio que lo destruyó todo, cuatro hermanos y cuatro hermanas parten en busca de dicho lugar para asentarse. Tres de los hermanos varones irán quedando por el camino como *apus* o deidades petrificadas, y solo Ayar Manko y sus cuatro hermanas llegarán al valle del Cusco donde fundarán la ciudad del mismo nombre.

Estos dos mitos de fundación son la síntesis de un compendio de relatos y datos que por diferentes

razones son inconexos o están incompletos. Es decir, al no contar los incas con un sistema de escritura, la trasmisión oral de los mitos, leyendas y tradiciones no concuerda con la forma europea de narración de los hechos, ni desde el punto de vista cronológico, ni por el interés de generar algún tipo de compilación de hechos de manera histórica. Aunque estudiosos apuntan a que el sistema nemotécnico que los *qhipus* pudo representar una manera de concentrar los datos (Cieza de León, Señorío 1943: 81), aún queda mucho por entender de la manera cómo se hacía y, por supuesto, puede ser imposible tratar de saber qué quipu de los que se han encontrado *cuentan* algún tipo de historia.

Por su parte, las crónicas coloniales, como compendio de las narraciones orales transmitidas por la tradición inca, hablan de una procedencia mítica de los incas y no todas coinciden en sus detalles y personajes. Sin embargo, todas coinciden en situar el origen de su llegada, procedentes de otros lugares y su asentamiento en este valle mítico por orden divina. La cronología de esta fase poco conocida de la historia inca está dominada por las primeras dinastías semi-mitológicas de las que se duda de su valor histórico.

Pero las crónicas españolas no son fiables al cien por ciento. La mentalidad europea, como es natural, se encuentra con un mundo que no puede ser visto con otros ojos que con los de la conquista, el dogma y el lucro. Las motivaciones fueron muy diversas en el momento de compilar y contar las experiencias y las vivencias de los habitantes de estos mundos tan lejanos. La mayoría de los relatos que han llegado hasta nuestros días compilados en las crónicas españolas, pasaron por el tamiz de la estructura de pensamiento europeo. Pocos personajes se interesaron por las historias, mitos o leyendas de los pueblos que encontraban a su paso. En algunos casos, como sucedería en México, la historia de los pueblos precolombinos solo la conocemos a partir de las *relaciones* que se hacía de los códices antes de ser quemados como parte de la estrategia de "extirpación de idolatrías" (Ballesteros 1994: 162).

Existe un cierto consenso cómo las sociedades ágrafas de los Andes, como la inca, trasmitían el conocimiento. Al parecer los grupos de parentesco del Inca reinante, o ayllus reales, se encargaban de crear historias a partir del pasado de aquel. Si bien, aquellos eventos del pasado que no eran del agrado del Inca eran eliminados de los cantares elaborados en estos ayllus, había grupos que los conservaban en secreto si hacían parte de su propio pasado[4]. Esta información estuvo al abasto de los cronistas, ya fuera a través de qhipus, cantares o hasta tapices[5]. Como veremos más adelante, la arquitectura y las intervenciones a nivel urbano también eran formas de perpetuar en la memoria colectiva un relato acerca de la vida del Inca (Niles, 1999).

Ya en el siglo XX, numerosos autores, y desde diversos puntos de vista, han abordado el estudio del surgimiento de la cultura inca. Las crónicas de los primeros europeos que entraron en contacto con los incas constituirían en un principio la base de dicho estudio. Sin embargo, el valor de los yacimientos arqueológicos como fuente de datos no solo no constituyó la base de dichos estudios, sino que en algunos casos los yacimientos fueron tomados como "ilustrativos" de lo que las crónicas relataban. Quizá la excepción a la regla fueron los trabajos de Bingham (1913, 1930) y Bandelier (1910) quienes sí estudiaron los restos arquitectónicos hallados en yacimientos como Machu Picchu o las Islas del Sol y la Luna, respectivamente, tal y como lo ilustra el numeroso material gráfico que permitió conocer mejor estos dos sitios míticos de dos grandes culturas andinas.

En general, los estudios tempranos de la cultura inca no abordaron temas clave como su surgimiento ni tampoco estudiaron la arquitectura y los objetos encontrados con el fin de entender su papel en el entramado sociocultural de la región. Contamos con tempranas excepciones como los trabajos de Julio C. Tello o Max Uhle, importantes porque entendieron la dimensión cultural inca dentro del contexto andino y abrieron el debate sobre la preeminencia de la cultura inca frente a todo un abanico de culturas que antes que ellos poblaron los Andes. En el caso específico de Uhle, su interés por la arquitectura como pieza clave para entender el pasado lo llevó a documentar importantes yacimientos como Pachacamac (Uhle, 1903; Shimada, 1991), La Centinela (Uhle, 1924) y Tambo Colorado (Wurster, 1999). El acercamiento de estos primeros autores al tema de la arquitectura se planteó desde su perspectiva social: no como objetos tecnológicos construidos, sino como la expresión de la gente y las culturas que los produjeron.

Todo lo anterior ilustra la complejidad de hilar en una sola narración "coherente" los múltiples relatos míticos y sus variantes. Aunque existen los sistemas de registro en la sociedad inca[6], el acomodar los relatos de acuerdo a los oídos que los van a escuchar hace que ciertas distorsiones sean inevitables y lleven a equívocos. Solo hasta ahora, mediante el estudio combinado de fuentes escritas y arqueológicas, hemos comenzado a replantearnos muchas cosas que hasta ahora habían sido dadas por ciertas.

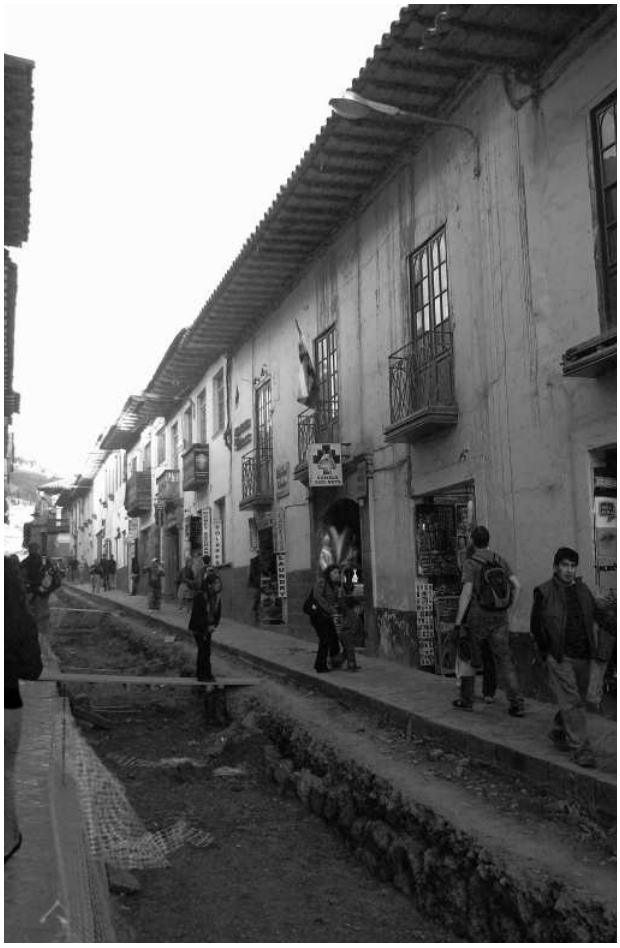


Fig. 2.3

Algunos aspectos de la ocupación killke del Cusco permanecieron en el trazado de la posterior ciudad inca. Un ejemplo son los caminos principales que salían de la ciudad y que se mantuvieron en la refundación de Pachacuti. La excavación en la calle Triunfo del Cusco (en la foto) muestra una calle killke que tiene el mismo trazado del llamado, en época inca, camino al Antisuyo.

2.2 LA DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA DEL ORIGEN DE LOS INCAS

En la preservación de la cultura material andina ha sido clave factores como las condiciones desérticas de la costa del Perú, las construcciones en piedra de los Andes o los centros de nueva planta construidos y posteriormente abandonados al momento de la desaparición de las diferentes formas estatales que han gobernado los Andes. En las dos décadas finales del siglo XX, el estudio arqueológico de dichos restos se ha enriquecido con el aporte de otras disciplinas (como la biología, la ingeniería, la lingüística) lo que ha permitido tener un conocimiento más amplio de la cultura.

La arqueología de la cuenca del Cusco no ha podido identificar ningún cambio material que refleje la llegada de un grupo étnico en especial del cual haya podido surgir la cultura inca. Precisar los orígenes pre-incas de la ciudad del Cusco constituye hoy por hoy una tarea difícil. Como anotamos en el capítulo 1, los colonos de la cultura de Marcavalle constituyen la población estable más antigua documentada en la cuenca del Cusco. Es probable que hasta finales del I Milenio d.C., al final del periodo wari, el desarrollo demográfico de la zona fuese aún muy limitado. La opinión hoy por hoy dominante es que los incas constituyen la continuidad histórica de los grupos killke que ocuparon la cuenca del Cusco a partir del 900 d.C.

En el caso del Cusco como cuna de los incas son pocos, o han desaparecido, los yacimientos que podrían darnos datos a cerca del periodo temprano y no parece existir continuidad entre las primeras aldeas (1.000 a.C.) y el desarrollo del agregado urbano que acabará siendo la ciudad del Cusco. Sin embargo, los sitios excavados en los 70's (Kendall, 1970) y 90's (Bauer, 1992, 1999, 2002; Rowe, 1994) fueron estudiados como parte de un sistema que iba más allá de la cuenca del Cusco. Desde el punto de vista arqueológico, las prospecciones se realizaron con el fin de establecer la fiabilidad de las fuentes respecto al tiempo que pudo abarcar la sociedad temprana y los primeros avances conquistadores con toda su complejidad; a su vez permitieron identificar qué figuras -como la de los incas de privilegio- constituyeron un paso clave en la unificación

administrativa y étnica del territorio. Quizá fue este tipo de estrategias implementadas en las fases tempranas de expansión las que a manera de laboratorio garantizarían a posteriori la rápida y exitosa empresa de expansión inca.

A partir de mediados del siglo XX autores como John H. Rowe, John V. Murra, María Rostworowski o Tom Zuidema plantean en sus trabajos un cambio en las temáticas estudiadas aunque continúan tomando para sus estudios como fuentes principales las escritas. Los trabajos de J. H. Rowe, en particular, establecieron marcos cronológicos específicos para el dominio inca (Rowe, 1945) y profundizaron en las formas de control y posesión de los recursos (Rowe, 1990). J. Murra enfocó sus investigaciones desde un punto de vista más antropológico. Esto le llevó a estudiar las relaciones entre economía y poder político; para él, de instituciones como la *mita* (Murra, 1982) o la *mitimaq* (Murra, 1972) dependería el desempeño y bienestar del Tawantinsuyu. Otro aporte importante son sus propuestas frente a las formas de intercambio en las sociedades andinas y las relaciones que se establecían entre pobladores de una misma etnia localizados en distintos pisos térmicos (archipiélago vertical). Entre los primeros trabajos de M. Rostworowski, y partiendo de las fuentes españolas del siglo XVI, se encuentra el estudio pionero de la figura de Pachacutic Inca Yupanqui. Su estudio concienzudo de las fuentes europeas le ha llevado a publicar numerosas investigaciones en las que fuentes desconocidas son estudiadas y se amplía el espectro de investigación de los modos de organización y manejo del estado en época inca (Rostworowski, 1961, 1970, 1977, 1983 y 1989). A mediados de los años 60's T. Zuidema abrió un campo totalmente nuevo en el estudio de la cultura inca. A partir de una aproximación de tipo estructuralista planteó las relaciones que podrían existir entre los diferentes santuarios del valle del Cusco y extrapoló su metodología a materias como las relaciones de parentesco (Zuidema, 1977a, 1983), el calendario (Zuidema, 1977b, 1982b) o la astronomía (Zuidema, 1981a, 1981b, 1982b).

Lo importante de estas aproximaciones es que permitieron acercarse a las fuentes, tanto escritas como materiales, de una manera complementaria dado lo fragmentario de cada una. Este enfoque permitió a su vez apreciar el rico conjunto de datos con el que se cuenta en el caso de la cultura inca. La visión homogénea desde el punto de vista de su formación y consolidación ha sido rebasada por una idea más amplia: la multiplicidad de factores y la flexibilidad en los métodos empleados en las conquistas y las posteriores relaciones que se establecerían entre las diferentes etnias y el poder inca.

Las anteriores experiencias permiten plantearnos una visión de las culturas andinas como una red de sistemas complejos en las que el yacimiento arqueológico no puede ser visto como un evento particular sino como parte de dicho sistema. Así mismo, somos conscientes del valor específico de las fuentes escritas que han dejado de ser el único elemento de juicio para el conocimiento de estas culturas; las crónicas se han convertido en referencias a contrastar con la evidencia material de las excavaciones. Por otra parte, los restos materiales nos permiten tener datos muy poco alterados de un momento específico, algo muy importante respecto a las nuevas aproximaciones a la historia inca.

2.3 LA FORMACIÓN DE LA CULTURA INCA: DE SEÑORÍO LOCAL A ESTADO REGIONAL

La formación del Estado inca es una empresa que durante mucho tiempo fue vista como producto de un solo factor: la guerra como único elemento de conquista y sometimiento. Sin embargo, un nuevo marco interpretativo ha permitido entender que fueron múltiples las causas que influyeron en el éxito de esta empresa. Así, el dominio inca sobre los diferentes grupos étnicos que habitaban el valle obedeció a factores entendidos como procesos a largo plazo, y no solo a la continua disputa por el territorio. Estos factores permitieron la modificación de las relaciones entre los grupos generando nuevas alianzas y formas de intercambio. Aunque no hay consenso respecto a los eventos que favorecieron el surgimiento del estado inca, poco a poco ha ido cambiando la concepción de que una sola persona fue la generadora de las transformaciones políticas, económicas y sociales que se tradujeron en la conformación del Tawantinsuyu. Si bien lo anterior abre nuevas perspectivas para el estudio de los procesos que llevaron a la vertebración del territorio durante la primera fase del dominio inca, no se debe ir al extremo de restar importancia a las grandes figuras incas que, como Pachacutic Inca Yupanqui, supieron tomar ventaja del momento que estaba viviendo y de las condiciones que encontraban a su paso para la conformación de alianzas, llegar a pactos o ejercer el sometimiento.

El surgimiento del poder inca en la zona del Cusco al parecer está ligado con el vacío que dejó la caída del imperio Wari hacia el año 1000 d.C. Si bien estamos hablando de un periodo de cerca de 400 años, es clave entender que el cambio que supuso dicho evento en el sistema político se dejaría sentir en la manera como se relacionarían los distintos grupos étnicos que habitaban el territorio. Durante este periodo llamado *killke* (Rowe, 1944: 60-62) la cuenca del Cusco sufrirá importantes transformaciones físicas causadas en su mayoría por el aumento de la población en la planicie y la ocupación de otros sectores poco habitados (Bauer, 2008). Este es el caso de la cuenca norte que no había sido habitada con anterioridad y en la que comienzan a aparecer numerosos asentamientos; tampoco había sido explotada dadas sus condiciones geográficas -un terreno muy accidentado debido a los cañones que forman los riachuelos- y en este periodo es transformada para la agricultura mediante un sistema de canales y terrazas que permitirían su explotación.

En un proceso muy bien estudiado en culturas de otras latitudes (Gordon Childe, 1954), y fácilmente extrapolable a este caso en particular: los excedentes proporcionados por el nuevo "banco de tierras" que constituían las terrazas, permitieron a la élite emergente del valle del Cusco establecer un sistema de pago de favores con otros grupos locales. Tanto la ampliación de los campos de cultivo como el uso de la *mita* (mano de obra rotativa y forzada que es organizada para la construcción de obras y el cultivo de las tierras) constituirán un modelo que redundará en el enriquecimiento de las élites. En fases posteriores, con el crecimiento del área de control inca y el consecuente aumento de la cantidad de mano de obra, se realizarán las grandes obras a nivel regional gracias a la fuerza de trabajo concentrada durante los periodos entre la siembra y la cosecha. Proyectos como la canalización del río Urubamba, los grandes sistemas de riego o las grandes extensiones de terrazas que se encuentran a lo largo y ancho de la región del Cusco solo fueron posibles gracias a esta forma de organizar la población y el trabajo (Schaedel, 1978: 291).

La manera como se ocupó del valle es otro aspecto que se ha estudiado como indicador del momento en el que la cultura inca pasa a convertirse en poder regional. Estrategias como la reubicación de poblaciones sometidas o el desplazamiento de poblaciones que buscan protección, fueron implementadas para incrementar la capacidad productiva y eliminar redundancias en las jerarquías (Flannery, 1972). Dicha ocupación en la etapa temprana de la formación de la cultura inca como entidad política se ha estimado que fuera más o menos la misma que la del estado inca en su momento de madurez. También se han encontrado indicios de que en las etapas tempranas del periodo killke algunos grupos de la zona de influencia del Cusco no fueron relocalizados de lo que se desprende que estas estrategias se consolidan a medida que aumenta el poder de las élites y se generan nuevas estrategias de control. Los recursos que producía el valle controlados por la élite inca generaron un sistema en el que los grupos que vivían cerca de las tierras productivas recibían ciertos beneficios a cambio de compromisos que se establecía con los curacas, "señores", del Estado.

En general, y para cada una de las regiones exteriores a la cuenca del Cusco, se han podido documentar cuales eran las etnias que las habitaban y con quienes los incas establecieron alianzas o relaciones de dominio. El caso más importante de alianza quizá sea el de las etnias Anta y Ayarmaca quienes a través de intercambio de hijas entre sus

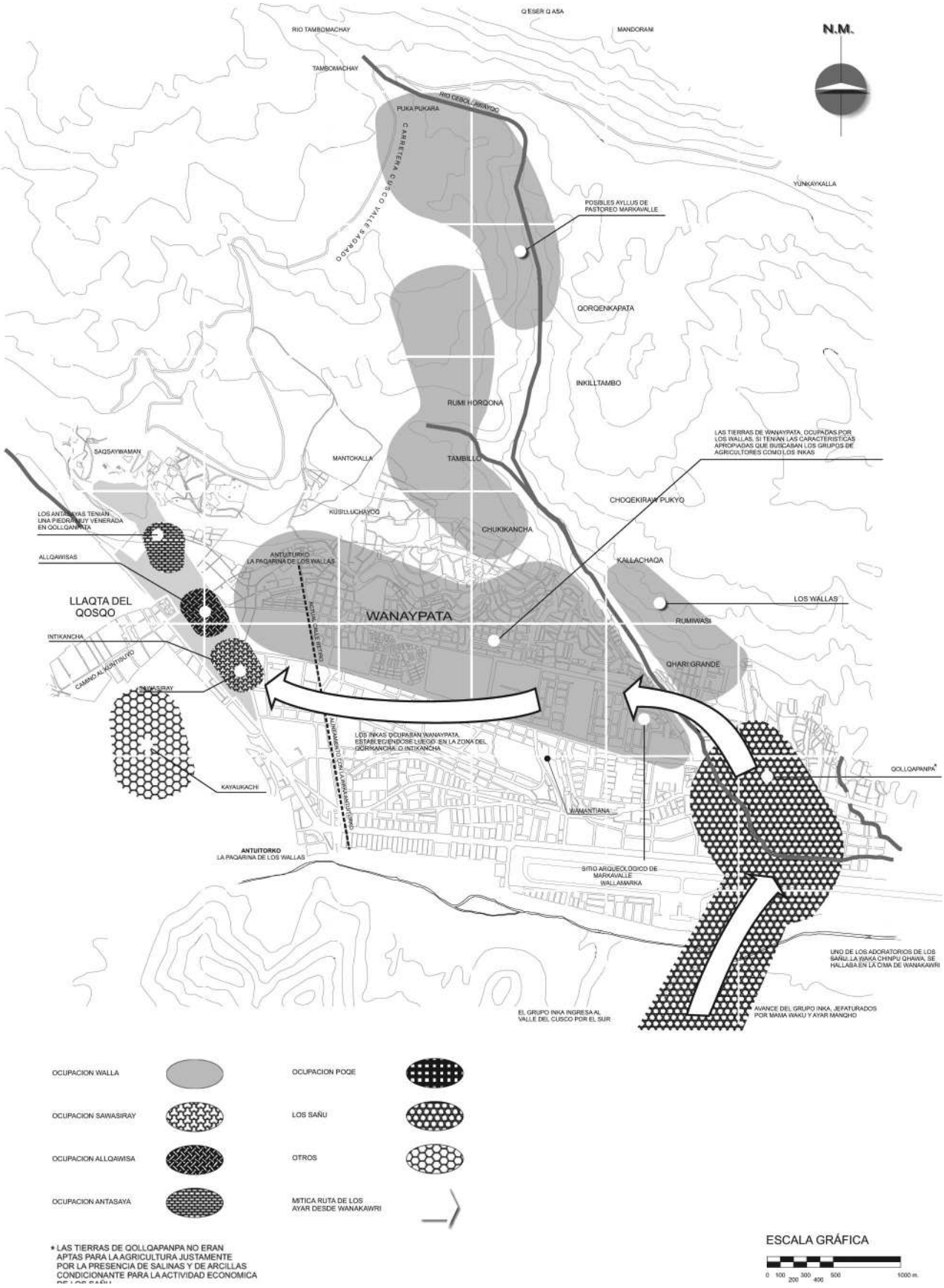


Fig. 2.4. Los grupos incas que llegaron a la cuenca del Cusco comenzaron su ocupación, al parecer, por el sur. Poco a poco fueron haciéndose con el control de las tierras que habitaban otros grupos, e incorporaron a su propio sistema religioso las *huacas* o santuarios de aquellos territorios conquistados. En su avance, y ya dentro de la llamada "ciudad del puma", ocuparon la zona del Qoricancha (Redibujado de Zecenarro B. 2003, fig. 3).

élites y las incas, establecieron un cierto equilibrio territorial. Las esposas principales de Incas como Yahuar Huácac (séptimo Inca gobernante) era hija de un señor Ayarmaca (Toledo, 1940: caps. 18, 22). Vale decir que durante el periodo killke temprano hubo regiones como el territorio comprendido entre Ollantaytambo y Machu Pichu que no estuvo incluido dentro de los dominios incas y prueba de ellos son los yacimientos del valle Cusichaca ubicados en sitios de muy difícil acceso y preparados para la defensa (Kendall, 1974, 1976, 1985). Otro caso es el de la zona que ocupaba el grupo étnico Quillisachi, quienes vivían cerca del actual pueblo de Huarocondo al noroeste del Cusco y en el que se encuentran sitios fortificados del periodo Killke como el sitio de Huata.

Otro aspecto sobre el que los trabajos arqueológicos permiten reflexionar es que no es cierta la idea de la permanencia de un constante estado de guerra durante el periodo de expansión inca en la región del Cusco. Kenneth Heffernan (1989) ha trabajado en la región de Limatambo, a 50 kilómetros al oeste del Cusco, y ha encontrado que al igual que la situación encontrada al sur del Cusco, son pocos los poblados, por no decir ninguno, que se encuentran fortificados. Aunque al igual que en el resto del valle hubo un desplazamiento de población, este no comportó una continua lucha.

Para entender la diversidad en los procesos que llevaron al dominio inca del territorio y las estrategias cambiantes de dominio, es ilustrativo el caso de los Huayllacan, etnia que habitaba los territorios al norte del valle. Al parecer hubo una primera etapa en la que a través de alianzas matrimoniales los Huayllacan se fueron integrando progresivamente en la administración inca. Sin embargo, y quizá debido a los continuos intentos por parte de éstos de liberarse del control inca, nunca fueron admitidos dentro del restringido grupo de los incas de privilegio[7]. En una etapa más tardía, las élites cusqueñas serían quienes ejercerían directamente el poder sobre su territorio. Un caso similar es el de los Cuyos quienes ocupaban la cuenca al norte del sitio de Pisaq. Según cronistas como Sarmiento de Gamboa (1906: 48 [1572: cap. 18], Cabello de Balboa (1951: 290 [1586: lib. 3, cap. 13], o Santa Cruz Pachacutic Yamqui Salcamayhua (1993: 290) la primera expansión territorial que emprende el incanato se da durante el reinado de Cápac Yupanqui (quinto Inca) en la cual cayó la etnia de los Cuyos. Las dinámicas que llevaron a esta conquista es posible que estuvieran relacionadas con temas como el comercio y el culto a una deidad específica. Es solo hasta el reinado de Pachacutic que vuelve a aparecer el nombre de los Cuyos. Estos son acusados falsamente de atentar contra el Inca Pachacutic y enviados a regiones apartadas para el cultivo de la coca o incorporados a la mano de obra que participó en las grandes obras para explotación agrícola del valle del Vilcanota (Sarmiento de Gamboa, 1906: 71-72 [1572: cap. 34]). En la misma cuenca del Cuyo encontramos un ejemplo de cómo se mantuvieron en la zona de influencia del valle del Cusco etnias con un fuerte desarrollo administrativo. Es el caso del asentamiento de Pukara Pantillijlla. Este sitio de laderas fuertemente aterrazadas al parecer tuvo su apogeo entre 1250 y 1350 d.C. mucho antes del dominio regional inca, y es claro que lucho por su autonomía en la época de las primeras empresas expansionistas inca.

En la región sureste, en la zona conocida como Lucre, los incas lucharían en contra de dos etnias: Mohina y Pinahua. Sarmiento de Gamboa (1906:49, 55, 56 [1572: caps. 19, 23, 34]) narra cómo durante tres o cuatro reinados distintos, los incas arrasaron los principales asentamientos de estas etnias por considerarse a sí mismas como "libres y no le habrían de servir, ni ser sus vasallos" (Sarmiento de Gamboa, 1906: 57-58 [1572: ca. 25]). El desplazamiento de población y la ocupación del territorio fueron algunas de las estrategias utilizadas para el control del territorio. Las crónicas recogen las reclamaciones que Pinahuas hicieron a los conquistadores españoles para que les fuera devuelto el territorio ocupado por los incas (Espinoza Soriano, 1974). Cronológicamente hablando, parece que los Pinahuas llenaron el vacío que dejo la desaparición del control wari en la zona, ya que Chokepukio es el asentamiento más grande del denominado Periodo Killke. En este mismo periodo el tamaño del Cusco pudo ser similar al de este asentamiento. Mientras, hay más problemas para identificar el territorio ocupado por los mohinas que se cree que pudieron habitar la parte sur del lago Lucre. En tiempos coloniales pasarían a ser reubicados cerca de Oropesa, en medio de las cuencas del Cusco y Lucre, dado que los conquistadores españoles perpetuaron el derecho sobre las posibles tierras mohinas a los descendientes de los incas.

La cuenca de Oropesa, el territorio intermedio entre la cuenca del Cusco y la de Lucre, a la caída de wari sufre una despoblación a los pies del valle y el único asentamiento se establece en los cerros a unos 900 metros de la base del valle. Este sitio, conocido como Tipón, cuenta a su vez con una muralla de protección y es considerado como el único ejemplo de poblado fortificado en la zona del Cusco. Esto es quizá una seña de cómo esta región

se convierte en una zona de separación y/o choque (Anderson, 1994: 39-41M; Marcus y Flannery, 1996: 124-125). Esta situación continuó hasta que el dominio de la región por parte inca fue tan grande que las poblaciones de la cuenca de Lucre terminaron cayendo.

Todo lo anterior dibuja un panorama en el que frente a la multiplicidad de variantes (étnicas, lingüísticas, y políticas) los incas desarrollaron igual número de estrategias con más o menos éxito. Por ejemplo, el reasentamiento de población buscaba borrar el concepto de identidad local, con lo que esto significaba a nivel de tradiciones y creencias; una práctica ampliamente implementada en el desarrollo temprano del Estado inca en el Periodo Killke. Pasar de estado regional a continental supuso que las estrategias se mantuvieran en el tiempo solo a partir de sus resultados dentro de la estructura política del nuevo Estado. El poder inca nunca fue una constante en ascenso dado que, aún en el periodo de máxima expansión territorial, alianzas creadas entre un Inca y otro gobernante podían romperse a la muerte del primero. A su vez, las empresas militares dependían de una estructura física que podía variar en el tiempo.

Fig. 2.5

La expansión territorial inca tomó alrededor de 100 años. La derrota de los coyas, al sur y los chinchas al norte, precipitó la anexión de extensos territorios y pueblos. Dentro de las últimas conquistas está la de los Pasto, al sur de Colombia, por parte de Huayna Cápac.

2.4 EL PROCESO DE EXPANSIÓN INCA

Las narraciones conservadas en las crónicas transmiten la genealogía de los monarcas incas desde sus orígenes míticos. La riqueza de los datos textuales junto con la comparación entre los diferentes relatos ha permitido fijar las etapas de la progresiva consolidación del poder inca y sus principales personajes históricos. Así, se ha construido un discurso histórico que transcurre a lo largo de unos dos siglos, en dos etapas bien diferenciadas:

1.200-1.400: Progresiva afirmación de la etnia inca en el dominio del valle del Cusco, del Vilcanota-Urubamba y su consolidación como Estado regional.

1.400-1530: Expansión del poder inca y su dominio continental[8].

Las fuentes escritas de los españoles recogen los acontecimientos históricos que fueron escalonando la rápida expansión del estado inca. Aunque algunas crónicas tienden a dar un mayor peso a personajes como Pachacutic Inca Yupanqui, sabemos que sus logros solo fueron posibles en un determinado contexto histórico[9]. A continuación resumimos las empresas expansionistas de tres de los incas bajo los cuales se fijaron las fronteras del Tawantinsuyu.

Pachacutic

Durante su reinado se sometieron definitivamente a los chancas, como anotamos, rivales territoriales de los incas en el contexto de la región del Cusco. Sometió a los soras de la región de Apurimac y en Vilcashuamán (Ayacucho) conquistó las etnias de Arequipa. Hacia la costa norte (Chinchaysuyu) someterá a huancas, huarochiris, yauyos, cajamarcas, chimúes y chachapoyas. El Altiplano boliviano es incorporado en 1438 por Pachacutic después de la derrota de los collas.

Juan de Betanzos relata de la siguiente manera las conquistas de Pachacutic:

"...otro día de mañana dicen que descendiendo Uscovilca con su gente por Carmenga (...) con todo su poder y gente, que asomaron veinte escuadrones de gente no vista ni conocida por Ynga Yupangue

(...), el cual estaba mirando con sus compañeros cómo descendían a él sus enemigos, y que como a él los que en su favor venían lo tomaron en medio diciéndole: "Apocapa Yngaaucay quita atixullacxaimoctiangui cuna punchapi", que dice: "Vamos solo rey y venceremos a tus enemigos, que hoy en este día tendrás contigo prisioneros". Y que así se fueron a la gente de Uscovilca (...) y encontrándose trabaron su batalla y pelearon desde la mañana (...) hasta mediodía. Y fue de tal suerte la batalla que de la gente de Uscovilca murió muy mucha cantidad de gente e ninguno fue tomado a manos que no muriese" (Betanzos [1551] 2004).

Pachacutic aparece como el gran conquistador que puso las bases del Estado inca. No se trata de un simple conquistador militar. Aunque la imagen unitaria, eficaz y acabada que tenemos de su administración es producto de la narración que los propios incas transmitieron a los primeros españoles que llegaron al Perú, también es cierto que los propios europeos pudieron ver con sus ojos los logros y realizaciones de dicha administración. El corto lapso de tiempo del que dispuso para su empresa sugiere que Pachacutic tenía una idea bien precisa de las reformas organizativas que eran necesarias para la integración de territorios tan extensos y poblaciones tan numerosas. En cierta manera, Pachacutic emerge en su tiempo como un genial estadista además de un sagaz estratega militar.

Tupac Inca Yupanqui

Durante el reinado de este Inca, sucesor de Pachacutic, entraron a formar parte del imperio Inca en el actual Perú el señorío de Guarco, las regiones peruanas de Huamanga, Jauja, Bombón, Huaylas, Huánuco Pampa, Huamachuco, Viracochapampa, Chimú, Cajamarca, Chachapoyas, Bracamoros. En su avance hacia el norte alcanzará territorios del actual Ecuador donde encuentra mucha resistencia por parte de los Bracamoros y los Cañaris, a quienes terminará sometiendo. Toma la ciudad de Tumibamba (actual Cuenca) donde más tarde nacerá Huayna Cápac Inca.

Hacia el sur, en el actual Chile, la anexión de territorios llegó hasta el río Maule conquistando grupos étnicos como los diaguitas y mapuches. De acuerdo a versiones históricas, los incas llegaron mucho más al sur de Chile pero esto no se ha podido probar desde el punto de vista arqueológico; mientras, en la zona norte chilena existen suficientes evidencias para confirmar el dominio incaico de este territorio. En la actual Argentina, hizo parte del dominio inca las actuales provincias de Catamarca, Tucumán, Salta, Jujuy, La Rioja, San Juan y Mendoza, que harán parte del Collasuyo. Se sabe que el gran atractivo de estas conquistas fue la posibilidad de acceder y controlar los yacimientos de oro, plata, cobre, plomo, piedras semipreciosas e incluso la sal. Algunos de los yacimientos arqueológicos que se han encontrado en este territorio son: el Pucará de Tilcara en Jujuy, el Potrero de Payogasta en Salta, el Pucará de Aconquija y el Shincal de Londres ambos ubicados en Catamarca, la Tambería del Inca en La Rioja, y las ruinas de Quilmes en Tucumán.

M. Rostworowski relata de la siguiente manera cómo Túpac Inca Yupanqui afrontaba la conquista de nuevos territorios:

"A la par de lo sucedido en Chincha, el segundo personaje cusqueño en aparecer en la región fue el joven Tupac Yupanqui quien se dedicó a la guerra y a ensanchar los límites del Tahuantinsuyu. Este soberano se perfilaba como un gran conquistador y las crónicas lo mencionan como incansable en sus largos recorridos por punas, quebradas y desiertos. Aún durante el gobierno de Pachacutec Incac Yupanqui, Tupac Yupanqui fue enviado a Cajamarca como general máximo de los ejércitos cusqueños" (Rostworowski 2009 [1988]: 124).

Huayna Cápac

Huayna Cápac es el sucesor de Tupac Inca Yupanqui. Continuó con la expansión del imperio hacia el norte llegando hasta la actual ciudad de Pasto al sur de Colombia. A su vez, luchó por mantener la integridad de los territorios anexados sofocando las revueltas de los chachapoyas, y las que tuvieron lugar en Quito, Pasto y Huancavelica.

Respecto a Huayna Cápac, Guamán Poma de Ayala comenta:

"*...Dicen que este Guayna Cápac fue el menor de todos ellos (sus hermanos). Como entraron al templo del sol para que lo eligieran el sol, su padre, por rey, CápacApo Inga, en tres veces que entraron al sacrificio no les llamó, en los cuatro les llamó su padre el sol, y dijo GuaynaCápac; desde entonces tomó la borla y mascapaycha y se levantó luego. Y luego le mandó matar a dos hermanos suyos, y luego lo obedecieron. Y demás de la conquista de su padre, conquistó Cañaris, Cayanbis, Ciccho, indios Pastos, Puruuay, Chachapoyas, Guancavilcas, Quillaycinga, a otro señor llamado Apo Pinto Guayna Pinto; acabó de conquistar todos los pueblos y ciudades y villas hasta llegar a la ciudad de Novo Reino..."* (Poma de Ayala [1615] 1936).

Fig. 2.6

Este árbol genealógico elaborado ya en época colonial, muestra la preeminencia del Sapa Inca por sobre cualquier otra autoridad del incanato. Esta autoridad venía legitimada por su procedencia directa de los fundadores Manco Cápac y Mama Ocllo (Óleo escuela cusqueña siglo XVII).

2.5 EXPANSIÓN CONTINENTAL: TRADICIONES ANDINAS Y ORGANIZACIÓN SOCIOPOLITICA

La rápida expansión a nivel continental del poder inca generó la creación de unas formas estatales complejas apoyadas en una disciplinada administración. Estas serían la expresión de las dinámicas que a menor escala habían hecho parte del control regional del territorio. Por esto, la denominación de la cultura inca, en términos políticos, debería circunscribirse al momento de su historia del que estemos hablando. El Estado Regional que encontramos antes de la llegada de Pachacutic, es la expresión de un proceso que comenzó cuando el dominio inca era un señorío que comprendía solo la cuenca del Cusco. Ya con las conquistas de Pachacutic y sus sucesores, el incanato pasa a ser un complejo entramado sociopolítico dado no solo su alcance territorial, sino las herramientas que usa para la consolidación de su autoridad y dominio.

Desde el punto de vista sociopolítico las denominaciones que se han tratado de aplicar al sistema inca son bastante polémicas. Dependiendo del enfoque del investigador, se ha hablado de una sociedad esclavista, una sociedad feudal temprana, o de un modelo de organización socialista o social-imperialista[10] (Baudin 1942). Aunque es difícil no tratar de establecer algún tipo de paralelo entre la organización a diferentes niveles de la cultura inca con los sistemas europeos tradicionales, este es el momento de entender que la sociedad inca se desarrolló partiendo de unos modelos únicos y milenarios. El Tawantinsuyu se caracterizó por su gobierno absoluto y monárquico que desarrolló un tipo de "modelo paternal" de relación con los súbditos. Aunque existen elementos socioculturales (como la mita) que permitirían poner el modelo inca dentro de alguna categoría occidental, hemos de tener en cuenta que a su vez hay instituciones únicas (como la reciprocidad) que rompen con la idea de despotismo o feudalismo europeos.

La sociedad inca estaba altamente jerarquizada y la cabeza de la organización a todos los niveles la ocupaba el Inca, o Sapa Inca (*sapa* del quechua *único*), nombre que toma ya que así se le llamaba

Si bien la cultura inca fue ágrafa, contamos con testimonios de sus sistemas de registro. El entorno natural quizá fue el primero de estos sistemas y en el que se fijaron los puntos de conexión con los dioses y antepasados. Los *qhipus* (fig. 2.8) constituyeron una respuesta a la complejización de la administración en el Tawantinsuyu.
Aunque no ha sido posible determinar con exactitud la información registrada en los qhipus, los investigadores apuntan a que la nemotécnia utilizada estaba basada en las relaciones entre colores, grosores y longitudes de cuerda, tipos de nudo, etc., manejados con mucha pericia por los *qhipumayoc*. En el estudio de los *qhipus* se ha echado mano de otras experiencias precolombinas como los códices mayas. En estos, como en el llamado Códice de Dresden (fig. 2.7), aparecen, entre otros símbolos, el punto que representa unidades y la raya como grupos de cinco unidades.

al señor del Cusco (Hernández Astete 2008). Éste contaba a su vez con una nobleza llamada por los españoles *orejones*, dado que los ornamentos y pendientes que los diferenciaban de la gente vulgar, acababan por deformar los lóbulos de sus orejas. Dentro del pueblo raso encontramos los *runas*, cuyos hombres pagaban servicio militar, y los *mitimaes* quienes constituían la fuerza de trabajo del imperio y debían desplazarse a merced de las necesidades para cumplir con este tributo. El último estrato social lo componían los *yanaconas*, gentes que fueron extraídos de su comunidad y reubicados en regiones a veces miles de kilómetros de distancia de sus lugares de origen; estos hacían parte de los pueblos que se revelaban contra la autoridad del Inca y que solo de esta manera podía el imperio mantener bajo control. Se ha pensado que al ser reubicados serían solamente sirvientes, pero también pudieron ocupar puestos a nivel de administración local y estatal.

La distribución administrativa territorial que se consolidará durante la época de máxima expansión, parte de los conceptos de partición de la tradición andina. De esta manera, el llamado Tawantinsuyu hace referencia a un territorio que se divide en 4 regiones. El punto de partida de esta partición es la ciudad del Cusco y de ella salen los caminos a los cuatro *suyus*: hacía el norte el *Chinchasuyu* región que se extiende hasta el sur de la actual Colombia; el *Contisuyu* va del Cusco en dirección oeste hasta la costa peruana y es la más pequeña de las cuatro regiones; el *Collasuyo* es la región al sur del Cusco y se extiende por los territorios incas en los actuales Bolivia, Chile y Argentina; por último, el *Antisuyu* en dirección este y noreste del Cusco y que ocupa parte de los territorios incas en la selva. Estamos hablando en total de un territorio que pudo extenderse por unos 3 millones de Km².

Si bien la división territorial contaba con numerosas entidades administrativas, como concepto, no podemos hablar de "propiedad de la tierra"[11] en la cultura inca. El sistema tierras que se estableció estaba basado en relaciones religiosas, de poder y de control. Las tierras del Sol, del Inca, de los ayllus y del Estado, recibían esta denominación dependiendo de a dónde iba destinada su producción para suplir las diferentes estructuras sociales. Las tierras

Fig. 2.7

del Sol eran consideradas las mejores tierras agrícolas y hacían parte de un solo sistema con las tierras de las huacas o sitios sagrados. Las tierras para la explotación por parte de los ayllus comunes eran parcelas cuyo derecho de explotación era concedido por la administración a un individuo. El *topo*, o unidad de terreno asignada, era propiedad estatal y su superficie variaba dependiendo de su localización y productividad. Los individuos no poseían la propiedad sino que solamente disfrutaban de su usufructo. Estudiosos del sistema político y administrativo inca como José Tamayo apuntan a que se trataba de un sistema de reciprocidad entre sus miembros y redistribución de los bienes de consumo (Tamayo Herrera 1992).

La lengua vehicular impuesta por la administración fue el *quechua* o *quichua* como se conocía en algunas áreas andinas, y son formas españolas del original *qheswa*. En general se conocía como *runa simi*, esto es "la lengua de hombre".

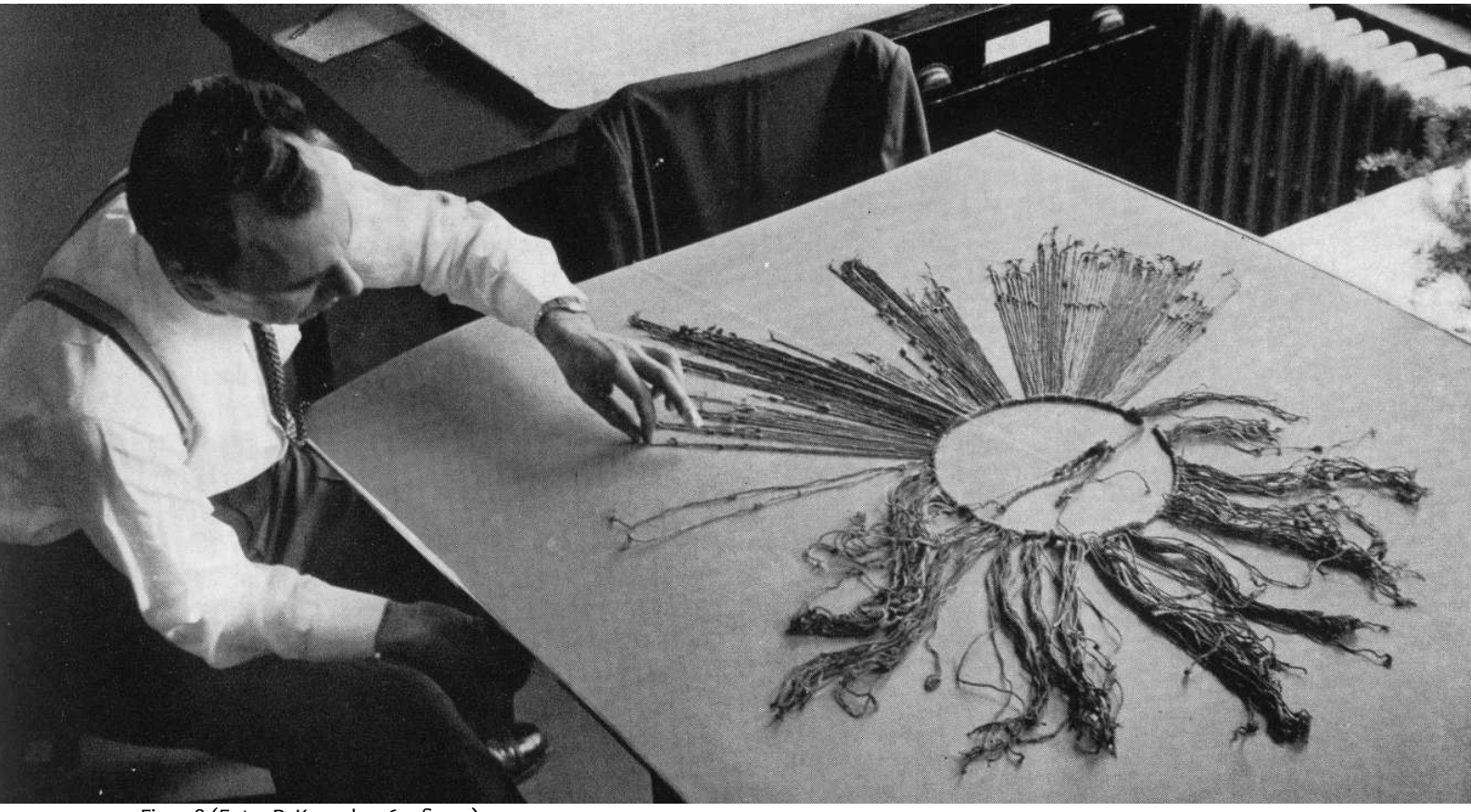


Fig. 2.8 (Foto: P. Kososk 1965, fig.32)

2.6 LA ECONOMÍA ANDINA Y LOS INCAS

El estudio de las sociedades andinas y de las sociedades americanas en general choca con un prejuicio frecuente que es la aplicación de los modelos desarrollados para el estudio de las sociedades antiguas en la región del Medio Oriente, zona mediterránea y Europa para explicar formaciones sociales cuyo origen y desarrollo nada tuvo que ver con los procesos culturales que determinaron el devenir de la historia europea. Como hemos visto, el concepto mismo de propiedad privada tuvo un valor muy diferente cuando se examina desde la perspectiva de los Andes. Conviene en este sentido observar, en primer lugar, las diferencias que existían entre las regiones andinas. En particular teniendo en cuenta la situación en la Costa y en la Sierra: dos contextos ecológicos diferentes que generaron diferentes modelos económicos.

El modelo económico costeño

Desde antaño, una de las principales fuentes económicas de los pueblos de la costa fue la explotación de los recursos marinos. El Pacífico peruano es recorrido de norte a sur por la corriente Humboldt la cual determina una extraordinaria abundancia de recursos de pesca en la costa. Los yacimientos del Periodo Formativo corroboran que los grupos humanos que habitaron la costa se dedicaron exclusivamente a la actividad pesquera. Con el tiempo, el desarrollo de las tecnologías de salado y conservación permitió su intercambio con las comunidades de la montaña dando lugar a un floreciente comercio. Con el surgimiento de la agricultura y su implantación en el litoral, se produjo una división de la población costera entre pescadores y agricultores. Las practicas de intercambio no solo se mantuvieron sino que aumentaron su peso en la formación de las estructuras sociales y políticas de la costa. Se recurría tanto a la redistribución controlada de los excedentes como al trueque, basado en equivalencias establecidas, para compensar la carencia de ciertos productos. Los materiales hallados en las excavaciones muestran que además del trueque local llegó a existir un comercio costero a larga distancia. Estos factores determinaron la aparición precoz de sociedades especializadas y complejas. La riqueza cultural (cerámica, arquitectura, religión) y tecnológica de las culturas costeñas ilustra claramente este proceso.

El modelo económico serrano

Las condiciones geográficas de la montaña son, como hemos ya observado, muy diferentes. Los estrechos y encajonados valles ofrecen superficies agrarias limitadas y sometidas a duras condiciones de explotación. Como anota J. Murra, las sociedades de la montaña andina tuvieron que recurrir a la explotación simultanea de distintos pisos ecológicos para obtener un abanico de productos complementarios; el denominado sistema de enclaves a alturas diferentes (Murra 1975). Así es descrito, por ejemplo, en la organización del trabajo en el Señorío de Canta. El trabajo comunal rotativo estaba destinado a atender cultivos situados a diversas alturas y microclimas distantes a un solo día de camino. Un mismo grupo social controlaba tierras de la puna sobre los cuatro mil metros para sembrar y cosechar una planta llamada *maca* (Lepidiummeyenii), o para el pastoreo y la esquila de los camélidos. En otra época del año bajaban a la región cálida donde cultivaban las plantaciones de coca (Eritroxylumnovogranatense, var. Trujillensis). La necesidad de organizar la producción en tierras situadas a diferentes alturas contribuyó al desarrollo de formas de trabajo comunal y rotativo que implicaban la posesión colectiva de los derechos de explotación y uso de las tierras. Como resultado, estamos frente a una sociedad rígidamente organizada y sin ningún tipo de movilidad cuyo modelo, sin embargo, garantizó la supervivencia del grupo en un medio ecológico difícil por su condición geográfica.

El sistema socioeconómico inca

La base del sistema económico inca fue la estructura de ayllus que se había desarrollado en la sierra desde el Periodo Formativo. La propiedad de la tierra y de los medios de producción era colectiva, y dependía de los grupos de parentesco la distribución del trabajo y de los bienes productivos. La expansión de la cultura inca por los territorios costeños puso en contacto dos formas socioeconómicas diferentes, donde los incas supieron desarrollar los mecanismos de integración necesarios para articular ambas formas en un sistema complementario. La clave fue la movilidad de la población productiva en función de las necesidades del sistema y la gestión controlada de los excedentes de producción. El pensamiento andino no consideraba el concepto de dinero ni la organización mercantil que en Europa y Asia fueron los pilares de su estructura económica. Las formas de intercambio que existían en el los Andes se desarrollaron sobre bases diferentes. En el caso del Tawantinsuyu, la organización económica se apoyó en tres aspectos específicos: la fuerza de trabajo comunal, el usufructo de las tierras agrarias y la gestión de una ganadería intensiva basada en rebaños de camélidos.

Ya hemos mencionado algunos de los sistemas que organizaban el trabajo en la economía inca y que en algunos casos estaban ligados directamente con el control de la población: el *ayni*, la *mita* y la *minca*. Dentro del sistema cultural inca, en detalle, la mita era la forma mediante la cual todos aquellos que no desempeñaran un oficio en particular, ni pertenecieran a la élite, pagaban tributo al Sapan Inca. Esta consistía en el trabajo en los campos, las minas, la construcción de obras públicas o la elaboración de productos; una fuerza de trabajo que se concentraba para tales fines, sobre todo durante los periodos entre siembra y cosecha. Artesanos, ingenieros, arquitectos, entre otros, al no tributar mediante el trabajo obligatorio, estaban obligados a dar dos tercios de lo que produjeran al Sapan Inca. El sistema de control y registro en *qhipus*, a cargo de los *qhipumayoc*, mantenía actualizado el censo de habitantes de cada aldea y enclave habitado, lo que permitía establecer las cuotas de trabajo estacional y proyectar la ejecución de las obras. El *qhipu* era un medio para registrar la contabilidad y para la memorización nemotécnica. Consistía en un sistema formado por varios cordones anudados a un cordón principal; los nudos de diferente color, los cordones secundarios o la combinación de ambos adquirían un significado concreto en función del contexto. A pesar de las muchas tentativas no se ha podido aún descifrar su significado. Otro sistema de registro de datos conocido como *tokapus*, estaba basado en series de cuadrados decorados con dibujos multicolores cuya simbología también desconocemos.

La tierra (Pachamama) constituía un bien común que por su propia naturaleza no podía ser poseído. Los grupos humanos, ya fueran los ayllus o las agrupaciones sociales costeñas disponían de su usufructo en función de la historia que relacionaba al grupo con la tierra. Los accidentes geográficos, las montañas, los apus, las huacas... eran explicadas en función de los antepasados míticos o reales del grupo. De este modo se justificaba el control de los espacios y de las zonas de producción. El paisaje era un territorio con una historia propia ligada a las raíces del grupo. De acuerdo a la información recogida por María Rostworowski (2009 [1988]: 260-274), la tierra se dividía en tierras del Inca (o del Estado), tierras del Sol y tierras de los *hatun runa* (o gente común). Las tierras a lo largo del Tawantinsuyu de propiedad estatal o del Inca eran trabajadas por campesinos y los productos obtenidos eran dados al

Estado en forma de tributos. Los ayllus reales tenían sus tierras cerca del Cusco, las cuales eran trabajadas por los *yanaconas*[12]. Estas tierras eran la fuente de los recursos personales del Inca; los siguientes ejemplos ilustran esta figura. Las tierras de Huayna Cápac en Macas en el valle del río Chillón cerca de Lima, donde se cultivaba hoja de coca para el Inca (Espinoza 1963: 64 y 67). Ortiz de Zúñiga (1967, t. I: 25) escribiría, según información que le dieran indios de la etnia de los chupaychos, que éstos llevaban a Huanuco Pampa el maíz producido en el valle que habitaban por ser "este valle en tierras del Ynga". Desde Pachacutic, el Sapan Inca debía obtener por la fuerza las tierras para su usufructo y del Estado. Después de morir, sus tierras servirían para mantener el entramado social que soportaría su ayllu y su cuerpo momificado.

Las llamadas Tierras del Sol eran utilizadas para el cultivo del maíz, a partir del cual se producían las bebidas y comidas de los eventos religiosos. Debemos aclarar que de acuerdo a informaciones encontradas en archivos españoles, también existieron terrenos que eran del dominio de grupos específicos, en particular los reservados a los ayllus reales que cada gobernante inca asignaba a su propio grupo étnico. A su vez, había un cierto número de tierras que se daban para el usufructo de determinados individuos y de las cuales del Estado no percibía ningún tributo. Para el almacenamiento de la producción hicieron servir unas estructuras específicamente adaptadas para la conservación de los productos allí almacenados: las *colcas*. Estos almacenes se han encontrado a lo largo y ancho de la geografía incaica; restos importantes son visibles aún tanto en la zona del Cusco como en puntos tan lejanos como en Cotapachi (Cochabamba), en Bolivia.

Los únicos grandes mamíferos en la zona de los Andes que sobrevivieron a la extensión del Pleistoceno fueron los camélidos, es decir, guanacos y vicuñas. Los habitantes de los andes domesticaron el guanaco, que dio lugar a la llama, y una especie de vicuña, la alpaca. De estas dos especies domésticas, fue la llama la que ocupó el lugar más importante en la cabaña de camélidos de los pueblos andinos frente a la alpaca, la cual presenta grandes dificultades para su reproducción y al igual que la vicuña es de las especies menos numerosas de camélidos en los Andes. En el caso de los camélidos no domesticados, se realizaban cacerías colectivas de vicuñas y guanacos. Las primeras eran encerradas para esquilarlas y luego ponerlas en libertad, mientras que los segundos eran cazados para aprovechar su carne. La llama, tal y como se hace hasta nuestros días, es un animal utilizado para la carga y el consumo de carne y lana. Su carne se consume fresca o secada al sol y con su piel se fabricaban cuerdas, suelas para sandalias, entre otros objetos. La llama también fue un animal ceremonial, sacrificado como ofrenda, cuyas vísceras eran leídas por los sacerdotes en busca de augurios. De la alpaca se utilizaba su lana para las ropas de la nobleza inca.

Así como no existía propiedad sobre la tierra en la sociedad inca, tampoco existía la propiedad privada en general. Es decir, aunque la nobleza era la que disponía el uso de la tierra y el usufructo de algunas de estas tierras pudiera ir, por ejemplo, a una sola persona -el Sapa Inca-, al no existir una estructura económica de mercado, el concepto de propiedad no es prudente aplicarlo al contexto andino. El concepto más apropiado en este contexto es el de *posesión* ya que la repartición de la tierra estaba condicionada a quién sería beneficiario de su usufructo.

El cambio de sistema en época española, que incorpora los conceptos europeos a la nueva realidad andina, ejemplifica la nueva figura de *propiedad*. Algunos casos bien documentado son los de Sayri Tupac, quien gobernó Vilcabamba después de la llegada de los españoles, y reclamaba para sí Machu Picchu y Choquequirao como propiedades de sus antepasados, los Yupanqui. O la reclamación de Beatriz Coya, hija de Sayri Tupac y perteneciente a su ayllu real, sobre las tierras que *poseyeron* Viracocha Inca, Pachacutic, Tupac Yupanqui, Huayna Cápac y Huáscar.

La posesión de la tierra también se fijó en el caso del centro representativo de la capital. Como lo escribe Juan de Betanzos, en el momento de la demarcación del Cusco como sede del poder inca, la población existente fue desplazada a dos leguas de la zona destinada para tal propósito. Luego esta zona despejada sería repartida entre los orejones (la nobleza) y los curacas de la comarca quienes agradecieron la generosidad del Inca llamándolo Hijo del Sol. Posteriormente se llevó a cabo la demarcación de los linderos para evitar conflictos futuros.

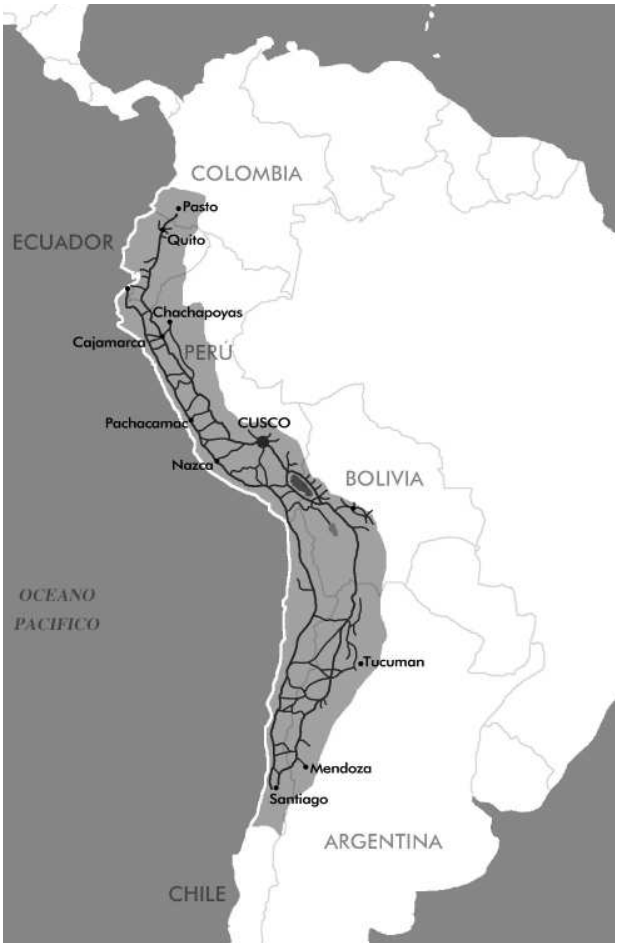


Fig. 2.9

Se ha llegado a calcular en más de 30.000 Km. (Hyslop 1984) la longitud de la red de caminos que componía el *Qhapac Ñan.* Esta red, apoyada en una gran infraestructura de tambos, vías, puentes, pasos, etc., garantizó no solo la eficiencia del sistema administrativo inca, sino que constituyó en sí misma la expresión de la unidad de territorios con estructuras culturales y entornos naturales muy diversos. Tramos del camino como este entre Camar-Peine en la Región de Antofagasta, Chile (fig. 2.10) muestran la supervivencia de esta vasta infraestructura.

2.7 EL CAMINO DEL INCA

La expansión del poder inca y su organización administrativa por los territorios de los Andes se apoyó en una extensa red de caminos que fue conocida como *Qhapaq Ñan* o Camino del Inca. Constituía el auténtico esqueleto del Tawantinsuyu ya que a lo largo de su recorrido se situaban los asentamientos administrativos, establecimientos de posada (tambos) y almacenes (colcas). La ampliación del Tawantinsuyu fue seguida por un crecimiento significativo de los caminos que ya existían. La capacidad organizativa del estado inca se basó en la gestión centralizada de la producción y de los recursos humanos. Para su aplicación en la complicada topografía de los Andes fue necesario reforzar el sistema de transporte y la movilidad de las poblaciones afectadas por las decisiones de la administración inca. En realidad, mucho antes de la expansión inca debía existir ya un sólido sistema de caminos si tenemos en cuenta los indicadores arqueológicos que demuestran el tráfico de productos entre la montaña y la costa desde el período formativo. Asimismo, la enorme extensión del Imperio Wari en el periodo intermedio presupone la existencia temprana de un sistema de comunicaciones bien consolidado; su organización política centralizada y militarista sin duda exigió el desplazamiento de tropas y suministros. Finalmente, la rica documentación que habla del peregrinaje a los grandes santuarios como el de Pachacamac en la costa, o el de Pariacaca en los Andes Centrales es una demostración indirecta de la frecuente circulación de personas entre los diferentes territorios andinos (Ávila, 1966).

La red de caminos del Perú prehispánico es actualmente objeto de una candidatura para su inclusión en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO promovida por seis países andinos. No existe unanimidad en la evaluación de los kilómetros de red viaria que era gestionada en el momento del apogeo del Tawantinsuyu. Hyslop (1984), uno de los principales investigadores del tema, considera que no eran menos de 30.000 km. Otras estimaciones más optimistas elevan esta cifra hasta los 50.000 Km. En cualquier caso, causó la admiración entre los primeros europeos que visitaron el Tawantinsuyu y no dudaron en compararla con el sistema viario desarrollado por los romanos en el Viejo Mundo. El

Fig. 2.10 (Foto: Consejo Monumentos Nacionales, Chile)

Qhapaq Ñan estaba destinado a garantizar la comunicación rápida entre Cusco y las poblaciones del Tawantinsuyu. Dada la compleja topografía de la región andina, esta estructura permitía el transporte de la producción agraria obtenida en las tierras que se reservaba el Estado para su depósito en los centros administrativos regionales. También permitía la movilización de tropas, el traslado masivo de contingentes de población (*mitmaq* o mitimaes), para cumplir el trabajo comunal y que con frecuencia llevaba a lugares distantes, y por supuesto, la circulación de oficiales administrativos encargados de controlar la integración de las distintas poblaciones sometidas al poder inca (Rostworowski 2009 [1988]). Ante todo fue un instrumento de la administración estatal y aunque su construcción y mantenimiento eran responsabilidades de los grupos locales, su organización respondía a la voluntad del poder central.

Este sistema complejo de vías constituía en si un cuerpo jerarquizado. El primer nivel estaba formado por el *IncaÑan*, o caminos reales que conducían a los cuatro "suyos" partiendo desde el Cusco[13], y el *HatunÑan* o camino grande o ancho. En su conjunto, esta red primaria alcanzaba entre los 10.000 y los 25.000 km de extensión, con una anchura que oscilaba entre los 4 y 8 metros. La red secundaria era denominada *RunaÑan* o camino para la gente y tenía como objetivo servir para la comunicación transversal entre pueblos y distritos. Cuando el camino se extendía por la costa contaba con pavimentación arenosa; en las regiones lluviosas y húmedas el camino llegaba a estar completamente pavimentado con guijarros o piedras. Sabemos que el estado contaba con oficiales administrativos responsables de su mantenimiento que estaban organizados jerárquicamente e incluía cargos cuya denominación ha transmitido las fuentes escritas: *QhapaqÑanTukuyrikuq*, el *HatunÑanQamayoq* y a un nivel más bajo el *ÑanQamayoq*.

Esta impresionante infraestructura contó a su vez con todo un sistema de puentes que permitían su continuidad cruzando desde pequeños torrentes a ríos como el Vilcanota-Urubamba o el Apurimac. Los de troncos solucionaban el paso sobre distancias cortas; cuando el cauce era de mayor tamaño, conocemos el desarrollo de puentes de tablas apoyados

Fig. 2.11 (Foto: Proyecto Qhapac Ñan)

sobre pilares de madera que podían presentar varios ojos o espacios libres para permitir el flujo de agua. Para anchuras mayores se recurría a la tecnología de cables formados por sogas. La solución más simple eran los denominados Huaros, Uruyas u Oroyas (como se llamaban en algunas regiones del actual Ecuador). Dos sogas de cáñamo (muy espesas y tejidas con fibras de "chawar") eran tendidas sobre un cauce atándolas a los árboles gruesos de la ribera y se circulaban caminando sobre la soga inferior y sujetándose a la soga que servía de guía. El cronista Bernabé Cobo describe este sistema como una gruesa maroma confeccionada con ramas delgadas y correosas como mimbre, trenzadas de tres en tres hasta alcanzar un diámetro de unos cincuenta centímetros (Cobo 1956, t. II, cap. XIII). También se ataban a peñascos situados en ambas orillas que servían de estribos. En algunos casos se colgaba una canasta en la que se sentaba el viajero que de este modo podía atravesar la corriente.

En algunos puntos de la red se construyeron auténticos puentes colgantes que los españoles denominaron de *criznejas*. Los *Simp'achaka* o puente trenzado, se construían con sogas de cáñamo combinadas con cordones trenzados de "Ichu" -hierba salvaje- que formaban los laterales del puente. Los peatones pasaban a través de un camino estrecho reforzado con cuero de camélidos. En la actualidad, quizá el único ejemplo es el Qheswachaka, que cruza el río Apurimac en un punto a unos 110 Km. al sureste del Cusco. Finalmente, también desarrollaron la tecnología de puentes flotantes como el conocido puente sobre el río Desaguadero en el Lago Titicaca, construido con cañas del totora trenzadas que forman una plataforma encima de las aguas del lago.

El sistema de caminos contaba con una infraestructura de soporte compuesta por posadas estatales, también denominadas tambos, almacenes de suministro y estaciones de seguridad. Es posible que parte de esta red de soporte hiciera parte de un sistema similar en época wari, y que fuera complementado o perfeccionado por los incas. Algunos de estos tambos estaban reservados para hospedar al propio Inca y a sus altos oficiales. En las demás rutas también se contaba con este tipo de infraestructura que permitía que personal administrativo, mensajeros y mitimaq que viajaban a través de los cuatro suyos encontraran puntos de descanso y cobijo. Aún en época colonial, algunas de estas infraestructuras

continuaron cumpliendo su propósito como en el caso de los llamados mesones virreinales que cubrían la ruta entre Cusco y Quito (Guarnan Poma 1936; Ordenanzas de Tambos hecha por Vaca de Castro en 1543/1908).

Al parecer, y como lo cuentan los cronistas, los tambos también reflejaban la estratificación social inca. Los dibujos de Guamán Poma de Ayala ilustran esta realidad tanto como las "Ordenanzas" dictadas por el oidor Gregorio González en donde se asignaba a los grupos de trabajo unos determinados tambos para su hospedaje durante la temporada de trabajo. Este documento de 1567 ofrece una visión de cómo los modos de producción en la primera colonia mantienen las estructuras incas; al parecer estos grupos de trabajadores aún estaban establecidos en sus regiones históricas. También en el citado documento se hace una relación de los tambos, quiénes los servían y a quién estaban destinados, un sistema que nos se concentraba sobre una vía principal, exclusivamente, sino que estarían dispersos por el territorio (Rostworowski 1987).

No existe consenso respecto a las distancias que podría haber entre uno y otro tambo. Esto puede obedecer a factores muy diversos: por una parte, los tambos cubrían una malla densa de caminos y suplían numerosas necesidades de grupos muy diversos; a su vez, para la época, los criterios de medida variaban en la misma Europa lo que hace que una medida no siempre tenga la misma equivalencia; y por último, aunque en los Andes la administración inca utilizaba el *tupu*[14] como patrón de medida, esta estaba relacionada no solo con longitud sino con área, lo que hace muy difícil asimilarla a nuestro concepto de medida; a esto se ha de sumar que al parecer cada región conservó sus patrones de medida. Son ilustrativos los relatos de Hernando Pizarro y Cristóbal de Mena. El primero en una carta al Rey fechada en 1533 quien escribe que en la ruta costera que llevaba al santuario de Pachacamac había encontrado varios lugares dedicados al hospedaje del Inca en sus desplazamientos al santuario (ver Fernández de Oviedo, t. XII: 87). El segundo habla de distancias específicas: dos leguas entre los tambos que se encontraban entre la costa y Cajamarca (Porras Barrenechea 1937).

Las comunicaciones sin duda fueron un factor determinante en la cohesión del territorio. El camino soportaba un auténtico servicio de mensajería que estaba a cargo de los *chaskis*. Estos eran mensajeros quienes mediante un sistema de relevos se desplazaban entre las *chaskiwasi* (o casa del chaski), distribuidas a lo largo del camino a distancias de unos 2.5 km entre sí. El soporte de los mensajes podría ser oral o algún sistema de registro y control desarrollado por la administración inca. Estos podían ser los *qhipu* o *tokapus*. El *chaski* permitía además el transporte rápido de objetos destinados a la élite. Es bien conocida la afirmación recogida en las crónicas españolas en la que se afirma que el Inca podía comer pescado fresco en el Cusco traído desde costa a través de este sistema. En realidad, el camino del Inca era mucho más que una simple vía de comunicación. Como si fueran los hilos de un qhipu, el camino con todos sus ramales permitía situar las personas y los asentamientos en el territorio. El propio Cieza de León nos lo recuerda en uno de sus textos cuando afirma que “los Inkas comprendieron o concibieron su imperio mediante caminos, y no mediante provincias” (Hyslop, 1990, p. 58).

2.9. EL TAWANTINSUYU COMO EXPRESIÓN DEL PODER INCA

En las páginas precedentes hemos resumido brevemente la progresiva adquisición del protagonismo histórico del valle del Cusco como origen de los incas. Se trata de un proceso que como hemos visto presenta más dudas que quizá certezas. Sin embargo, existen algunos aspectos importantes que nos permiten comprender el significado profundo de la elección del Cusco como capital; el lugar desde el que partían la red de caminos que organizaba las relaciones territoriales.

Ciertamente, el poder inca fue capaz de construir una red de comunicaciones extraordinaria para su época. Sus dos ejes principales, que vertebraban los cuatro *suyus* o distritos territoriales del Estado, confluían en la gran plaza ceremonial que organizaba el centro del Cusco. Estos cuatro ejes se cortaban en un ángulo casi recto y determinaban las directrices del trazado de las calles de la ciudad-capital. Los cronistas españoles nos recuerdan además que la ciudad fue diseñada para ser vista desde el cielo con la forma de un puma yaciente. En este esquema ideal, la ciudad concentraba innumerables lugares sagrados (huacas) y cultos procedentes de todos los rincones del Tawantinsuyu. Sus edificios alojaban la eficiente administración que permitía el funcionamiento de todo el sistema con el Sapa Inca a la cabeza. Finalmente, la tradición oral inca de la que se nutren las crónicas de época colonial, y que son la que en definitiva nos presentan esta imagen, atribuye el diseño de este modelo ideal a Pachacutic Inca Yupanqui, el quinto gobernante que venció a los chancas, tradicionales enemigos de los incas y extendió los dominios hasta las orillas del Océano Pacífico.

La construcción de este modelo, como hemos visto en los capítulos precedentes, es el resultado de una compleja elaboración historiográfica. Nace en primer lugar de la idea que las propias elites cusqueñas tenían de su propia conciencia como estado. El establecimiento de la capitalidad del estado regional en el que se había convertido el poder inca, en el sitio en el que hoy se levanta la ciudad del Cusco, fue la conclusión del proceso de integración política de los territorios andinos. La figura clave fue por supuesto Pachacutic. A pesar de los problemas históricos que plantea su figura, bien explicados por M. Rostworowski, es el gran personaje que quedará en la historia como quien ideo un sistema territorial que permitió el dominio inca. Por esta razón (las crónicas españolas) se cree que fue también en época de este gobernante inca cuando se trazó la ciudad tal y como la verían los conquistadores españoles. La idea de que la ciudad a vista de pájaro tenía la forma de un puma habría sido concebida como el punto de punto de partida de los cuatro caminos que formaban la base del Camino del Inca y que se extendían a lo largo de todos los territorios bajo su dominio.

Finalmente, para entender el papel que le fue asignado al Cusco como centro material y simbólico de este sistema, es necesario tener en cuenta que la cultura inca incorporó tradiciones y formas organizativas precedentes cuyo éxito y eficacia ya habían sido probadas por otras organizaciones políticas, en particular los wari. Ciertas prácticas de reciprocidad como la *mink'a* y el *ayni* contaban ya con una dilatada aplicación en el ámbito andino. En el campo de las obras civiles, desde la época del Horizonte Medio (en particular con wari) se habían construido largos caminos con importantes puentes, dotados incluso de tambos o "posadas". Además, es probable que los wari hubiesen procedido ya al desplazamiento de poblaciones en función de sus intereses como lo sugiere la forma del asentamiento de Pikillacta, y es posible que contasen ya con servidores similares a los *yanas* institucionalizados en el Tawantinsuyu. Los incas supieron integrar todo esto en un nuevo sistema extendido esta vez a la totalidad de los Andes. Como veremos en el capítulo sucesivo, el complejo centro de todo ello fue la Ciudad del Cusco.

El Tawantinsuyu fue la formación estatal más extensa que llegó a constituirse en toda América antes de la llegada de los europeos. La geografía sometida a la autoridad del Sapan Inca abarcaba casi todo el Perú, incluyendo las tierras costeñas, la sierra y también la denominada "ceja de selva". Por el norte de Suramérica, alcanzaba un vasto territorio que llegaba hasta la ciudad de Pasto en la actual Colombia, todo el territorio de Ecuador. Por el sur, se extendía por el altiplano y la sierra bolivianos e incluía los territorios del noroeste de Argentina y del norte de Chile. Tenemos que recordar que la expansión de los incas a través de los Andes se produjo en apenas ochenta años. Durante el gobierno de Pachacutic, Tupac Inca Yupanqui y de Huayna Cápac se incorporaron al Tawantinsuyu algunos estados centralizados y bien organizados administrativamente como el Chimú, territorios controlados desde poderosos santuarios como el de Pachacamac, una multitud de territorios gobernados por curacas y gran número de organizaciones sociales de todo tipo que habitaban este extenso territorio. En algunas ocasiones lo hicieron voluntariamente como resultado de una negociación. Sin embargo, en muchas

otras lo hicieron por la coacción del bien organizado ejército inca o como resultado de una auténtica guerra de conquista y sometimiento.

Para comprender los determinantes políticos que condicionaron este proceso son fundamentales los nuevos trabajos publicados en el último decenio. La publicación del inmenso dossier arqueológico y la nueva orientación que ha tomado su estudio, así como la revisión de la gran cantidad de documentos coloniales procedentes de los archivos, está definiendo un nuevo panorama histórico que determina la revisión general a la que está sometida la historiografía incaica. El proceso de formación del estado inca y su imparable expansión militar tuvo como consecuencia la unificación política del área andina, la última fase del desarrollo de las sociedades peruanas antes de la llegada de los españoles. Su llegada truncó este proceso, que no solo no llegó a consolidarse como una completa unidad, sino que su debilidad de base permitió su rápida desaparición. Los nuevos datos sugieren que este proceso había comenzado a implementarse desde época wari en la sierra peruana. Asimismo, emerge cada vez con más claridad el pasado de la etnia Inca antes de su expansión fuera de su núcleo primitivo. Los incas, como los restantes pueblos asentados en el valle del Cusco y del Urubamba, formaban parte de una macro etnia quechua pues compartían la lengua y muchas de las tradiciones culturales, sociales y religiosas. Como señalamos, el cronista Juan de Betanzos indica los numerosos grupos étnicos asentados en el entorno territorial cusqueño. No es sorprendente que esta fragmentación política se resolviese con conflictos y enfrentamientos que la historia inca había conservado por la transmisión oral y que fue recogida por los cronistas. Los incas fueron capaces de agrupar dichos grupos bajo su dominio, en unas ocasiones como resultado de los conflictos militares, pero en otras aprovechando los mecanismos de reciprocidad implícitos en la mentalidad colectiva andina.

Algunas crónicas del período colonial subrayan que el poder inca fue establecido con violencia y que las poblaciones vencidas fueron reprimidas con una política estatal centralizada, arbitraría y despótica. Aunque en muchas ocasiones la conquista inca puede ser vista de ese modo, no podemos obviar que estos escritores proyectaban en sus descripciones el modelo funcional que había servido para dar forma a los imperios europeos de la época moderna. En realidad, no podían comprender que incluso en los casos de conquista con actos de guerra violenta, la dominación inca difícilmente perduraría sino se basara en los principios andinos de reciprocidad. Existe otro factor que incide en esta perspectiva: el ejército inca no era permanente ni podía funcionar como una fuerza estable de ocupación represiva. Las campañas militares, tanto las destinadas a conquistar nuevos territorios como las destinadas a castigar la insubordinación, rebelión o incumplimientos en los compromisos de reciprocidad con el Cusco debían acomodarse a la estacionalidad de las actividades agrícolas.

Dado el escaso tiempo que tuvo el Tawantinsuyu para desarrollarse, es probable que este diseño respondiese a un sistema de pensamiento construido desde el centro del poder en los primeros años de su expansión. Recordemos que la propia lengua quechua fue transformada para poder servir de lenguaje común y permitir la comunicación entre las etnias que poseían su propia lengua pero que habían sido integradas en el Tawantinsuyu. El quechua, como vehículo del programa ideológico inca, buscaba integrar todos los aspectos de la compleja realidad andina en un sistema unificado. Los cronistas de época colonial no nos lo cuentan, pero podemos suponer que el objetivo era conseguir que todos los grupos étnicos integrados en el sistema de reciprocidad se apropiasen del mismo, contribuyesen en su difusión y participasen positivamente en su construcción.

La expansión del Tawantinsuyu hizo que el poder del Inca se incrementase a medida que aumentaba la población y los territorios conquistados. Aunque en origen la reciprocidad había constituido un gran estímulo de crecimiento, esta pudo dar paso a otras formas más directas de dominación. Vale la pena recalcar que los cambios más profundos se dieron en los modelos de gestión a medida que el territorio crecía. Con el aumento de los recursos de todo tipo que afluían al Cusco y también el volumen de fuerza de trabajo que podía ser movilizada al servicio del Inca, aumentó el poder los *curacas* ligados al poder inca por reciprocidad y por lazos de parentesco. La nobleza incaica, que había modificado algunos patrones de reciprocidad de cara a los nuevos pueblos que hicieran parte del dominio inca, continuó practicando este sistema al interior de sus comunidades. A pesar de los cambios, los ayllus comunes y los campesinos continuaron con el sistema ancestral. Los ayllus, reales y comunes, se mantuvieron unidos por los fuertes lazos de parentesco y de reciprocidad. En la práctica todo gravitó en el cambio progresivo del sistema de control y uso de la tierra y del agua como medios de producción.

El poder inca se esforzó en organizar coherentemente la relación social y económica de las poblaciones diversas que acabaron en su órbita, ya que era la única manera de alcanzar un desarrollo

económico y social sostenible en un territorio tan accidentado como los Andes. La sociedad inca se forjó en la integración de un conjunto de poblaciones heterogéneas, cada una con su propio pasado y específica forma organización social y económica. Esta integración respondió, por una parte, a una política de alianzas y pactos sustentada en el intercambio de bienes de prestigio y matrimonios entre la élite dirigente, pero por otra, naturalmente, en la coacción de una potencial intervención militar. Cuando la negociación no daba los frutos requeridos se desencadenaba una decidida acción militar seguida de una dura política represiva. En cualquier caso, independientemente del modo en que las diferentes etnias entraron en la órbita del nuevo estado, el poder inca siempre consideró que podía disponer del potencial económico de los territorios y de la fuerza de trabajo de la población sometida. Aunque la dificultad del medio geográfico andino y la diversidad étnica de su población puso los límites a la acción organizadora del los incas, la documentación histórica permite afirmar que estos tuvieron siempre una idea precisa de los modos que debían ser aplicados en la organización del sistema; o al menos así se lo transmitieron a los cronistas españoles.

Algunos de los aspectos que acabamos de comentar, podrían llevarnos equívocamente a una analogía con las propuestas de la revolución socialista que se teorizaron a finales del XIX y principios del XX: la organización estatal inca que permitió llevar a cabo la construcción de infraestructuras colectivas que facilitaron el aumento de las zonas de cultivo en los Andes, el almacenamiento de los excedentes y el desplazamiento a través de un vasto territorio de personas, bienes y servicios. Además, si tenemos en cuenta el poder absoluto con el que gobernaba el Inca, la rígida jerarquización de la élite que administraba el sistema, la inexistencia de la propiedad privada de los medios de producción, la ausencia de una economía mercantil basada en el dinero o la discrecionalidad con la que se planificaba el trabajo colectivo de la población, se hace evidente porqué el modelo inca ha sido frecuentemente presentado como una forma de comunismo primitivo capaz de promover el desarrollo planificado de grupos humanos diversos pero complementarios en un extenso sistema territorial.

Sin embargo, tanto la homogeneidad del Tawantinsuyu como la rigidez estructural de su capital están siendo cuestionadas, ya que en esencia no corresponden ni son el reflejo de los resultados de las investigaciones antropológicas y etnohistóricas. La visión idealizada de la cultura inca como una gran unidad guarda poca relación con la forma cómo las diferentes etnias fueron integradas en el Tawantinsuyu, integración que respondió a estrategias políticas, pautas económicas y momentos cronológicos muy diferentes. El resultado sería un sistema socio-económico flexible y asimétrico en la relación entre sus partes, donde la mayoría de los sistemas preexistentes se mantuvieron aunque otros, en cambio, fueron sustituidos por modelos más acordes al ideario inca. Al parecer, los incas debieron incorporar las tradiciones de las poblaciones sometidas como una estrategia de economía de medios, ya que se trata de culturas que en algunos casos, como en la costa, contaban con una historia milenaria. Podemos afirmar que los gobernantes locales conservaron el dominio de su territorio y el liderazgo de sus comunidades, siempre y cuando mantuviesen una actitud receptiva a las demandas de reciprocidad que eran propuestas desde Cusco. El sistema andino tradicional de relación entre la elite exigía el intercambio de bienes y regalos. El Inca debía forzosamente mostrarse "generoso" si pretendía que estos aceptasen de buen grado sus demandas: en particular el control de los excedentes y aceptar el envío de trabajadores a lugares a veces muy lejanos.

La expansión inca estuvo basada en un incremento de la capacidad productiva de los territorios integrados en el Tawantinsuyu. Para ello fue necesario que la agresiva política militar estuviese compensada con una gestión racional de las capacidades de trabajo de las poblaciones y en la mejora de los sistemas agrarios. Los cronistas atribuyen a los incas las mejoras tecnológicas en la gestión del medio natural: ellos habrían canalizado los ríos, arroyos y manantiales para regar y drenar extensas andenerías y producir de este modo una agricultura mucho más productiva. La arqueología ha demostrado además que experimentaron con abonos, practicaron la rotación de cultivos, construyeron camellones para explotar las tierras inundables, actuaron como botánicos en la regeneración y mejora de algunas especies, en definitiva, supieron adecuar los cultivos a las condiciones que ofrecían los distintos nichos ecológicos. Los incas supieron aprovechar la complementariedad de los pisos ecológicos (archipiélago vertical) y reforzar los sistemas sociales basados en unidades productivas (*ayllu*, *ayni* y *minca*) pero integrados en un sistema centralizado. Ello implicó el despliegue de un sofisticado sistema de almacenaje y redistribución (caminos, tambos y *colcas*), el desarrollo de instrumentos de cuenta y registro (*yupanas* y *qhipus*). Finalmente, la burocracia y la fuerza coactiva del ejército aportaron un sistema más seguro frente a las contingencias del clima variable de la región y las dificultades que podían

generar alteraciones en la producción agraria y dificultar el aprovechamiento eficaz de la diversidad de recursos.

En resumen, el Estado inca sólo fue posible a partir de una compleja organización del trabajo apoyada en la reorganización de los territorios atribuidos a los tradicionales grupos de parentesco (ayllus). Naturalmente, ello fue realizado dejando la organización del trabajo y la distribución de los instrumentos de subsistencia en manos de las colectividades locales. En definitiva, el éxito inca se apoyó en la expansión del cultivo del maíz y en la construcción de terrazas y de canales. Naturalmente, esta visión no puede ignorar que todo ello sirvió en definitiva para que el grupo dominante (los incas de sangre y los incas de privilegio) arrancase mayores cuotas de producción a las distintas comunidades dominadas; en ocasiones, implicó el desplazamiento de trabajadores a lugares muy lejanos de su lugar tradicional de residencia. La dirección y el control centralizado del poder inca no dudaron en aplicar las medidas más duras para optimizar la capacidad de trabajo de la población del Tawantinsuyu, en primer lugar, en beneficio propio. Sin embargo, también fueron conscientes de que la continuidad del sistema sólo se lograría garantizando que todos los habitantes se beneficiasen de estos progresos. El estado inca fue el primer interesado en garantizar la redistribución de los recursos estratégicos a gran escala. Una actitud que podemos reconocer en el complejo sistema de circulación de bienes y personas que fue el *Qhapaq Ñan*. No solamente estaba formado por una red de caminos bien mantenida por las comunidades locales, por la que circulaban inmensos rebaños de llamas transportando todo tipo de bienes, sino que además estaba equipado con establecimientos de parada (tambos), almacenes (*collcas*) y grandes salas de reunión (*kallancas*).

A medida que se extendía el dominio inca a lo largo de la cordillera sabemos que se fueron reservando grandes extensiones de tierra y fuerza de trabajo en forma de *mita* o de *yana*s para formar establecimientos destinados a proveer el sistema estatal de todo tipo de productos. Los cronistas comentan que los sucesivos gobernantes "poseían" haciendas cultivadas por servidores directos, en particular, en los valles cercanos a la capital, escenario de la primera expansión; este es el caso de Tipón, Ollantaytambo o probablemente la misma Machu Picchu. La posesión era establecida inicialmente por el propio Inca durante su gobierno, pero a su muerte era su ayllu quien gestionaba la hacienda y sus trabajadores en nombre de su momia viviente (Rostworowski, 1962). Los grupos de sangre inca se reservaron el control de las mejores tierras en el núcleo originario del Tawantinsuyu: el valle del Cusco y la región circundante. En muchos casos, tuvieron que compartir estas tierras con los dioses del panteón inca, (en particular Inti, el Sol); también en estas tierras se encontraban las huacas y las tierras reservadas al mantenimiento de su culto. En realidad, los ayllus se hacían responsables del mantenimiento de los cultos y para ello se les asignaban una fuerza de trabajo no-inca para trabajarlas.

La rigidez de las estructuras sociales y la tradición del trabajo comunal en la región andina permitió a los primeros gobernantes organizar el corazón territorial del estado en torno a una ciudad-capital de tal modo que los cuatro suyus pudiesen ser presentados como una prolongación ramificada de este centro. A lo largo de los cuatro caminos que partían desde el Cusco se reservaron tierras y establecimientos en los que servidores directos (*yana*) o bien la población local, en régimen de trabajo comunal obligatorio, producían bienes al servicio del Estado. En otras ocasiones era fuerza de trabajo formada por la población desplazada desde su lugar de origen (*mita*) la que cultivaba las tierras estatales distribuidas a lo largo y ancho del Tawantinsuyu.

Durante el proceso de la expansión inca surgiría la necesidad de la creación de centros administrativos como ya lo había hecho 500 años atrás la cultura Wari. Para Morris y Thompson (1985: 165) estos centros se convertirían en puntos intermedios entre las regiones y el poder central del Cusco, lo que garantizaba lealtades políticas y el cumplimiento de los compromisos económicos. En casos como el de la ciudad administrativa de Huanuco Pampa, el gran espacio central de la ciudad no parece que tuviera un papel militar de importancia. Este espacio de 500x350 m. podía reunir un gran número de personas en celebraciones especiales, tanto aquellos que representaban el poder inca como aquellos pueblos que hacían parte de la estructura sociopolítica y vivían en el radio de influencia de la ciudad administrativa.

Como hemos comentado, era inimaginable que nadie poseyera la tierra y los *apus*, las montañas sagradas, constituían manifestaciones de la *Pachamama*, la diosa tierra. Lo mismo ocurría con el agua de los manantiales, cursos de agua y lagunas, consideradas sangre de las montañas sagradas eternamente nevadas. Sin embargo, diferentes grupos reclamaban el derecho a su uso y los relatos míticos justificaban su usufructo. Cada ayllu aducía derechos consuetudinarios justificados por la vinculación histórica de su grupo con los accidentes

significativos de la naturaleza. Así, una roca situada junto a una acequia y sus tierras de regadío podía ser el *apu* de un ayllu concreto o un antepasado mítico petrificado; la cueva de la que surgía una quebrada que daba acceso a un cierto piso ecológico particularmente feraz podía ser la tumba de un personaje real o mítico; una laguna podía ser la *pacorina* o lugar del que había surgido la pareja de antepasados míticos que había dado origen a todo un grupo. Las comunidades étnicas al aceptar el dominio del Inca arrastraban con ellas sus huacas y sus derechos de uso del agua y la tierra. Las condiciones del pacto incluían la cesión de parte de las tierras y una cierta fuerza de trabajo para trabajarlas, ya fuese para aprovisionar al Estado, al propio Inca o para mantener los adoratorios, como en el Cusco donde sabemos que las tierras del Sol sostenían las dos casas del Sol, el *Coricancha* y Saqsaywaman.

NOTAS

1. La documentación arqueológica más completa para aproximarnos al origen y formación de la etnia inca en el valle del Cusco es la recogida por Brian S. Bauer en sus sucesivos proyectos científicos de campo y que se resumen en su obra de 2004, 143 ss.
2. Como marco de referencia respecto a la argumentación etnohistórica en torno a la historia y organización del Tawantinsuyu hemos utilizado la obra de María Rostworosky, en particular su publicación de 1988. Para los aspectos concretos nos remitimos a la bibliografía específica que será citada a lo largo del texto.
3. Una excelente visión crítica de los textos transmitidos por los cronistas de época colonial continua siendo el trabajo de A. Wedin, 1966, *El concepto de lo incaico y las fuentes. Estudio crítico*.
4. Cieza de León en su *Crónica del Perú - El Señorío de los incas*, apuntaba que “el olvido se apoderaba de los acontecimientos y las personas” (Cieza de León 1943: 77-79).
5. Al parecer, estas tablas se guardaban en el Poquen Cancha (Molina 1968 [1539]; Acosta 1940, lib. 6, cap. 8). El virrey Toledo envió a Felipe II cuatro piezas (tapices) que ilustraban la vida de los incas. En una carta del 1 de marzo de 1571, Toledo dice que dichas piezas fueron elaboradas por los "oficiales de la tierra" y aunque "los yndios pintores no tenían la curiosidad de los de allá", no por eso dejaban de ser dignos de ser colgados en uno de los palacios reales" (Rostworowski 1977a: 239; 1983: 100).
6. Cronistas como Polo de Ondegardo anotan que en el "*registro de los yngas muy por menudo hallamos memoria de todo también cada provincia tiene sus registros de las victorias o guerras y castigos de su tierra. Si importara algo pudiéramos muy bien elexir el tiempo que había que cada una estaba pacifica debajo de la sujeción del ynga, pero esto no importa para lo que se pretende, pues basta tener averiguado el tiempo que aqui empezaron su conquista*" (1916b: 47).
7. Los llamados *incas de privilegio*, como los denominó Garcilaso de la Vega (Garcilaso de la Vega 1985 [1609]: libro I, cap. XXIII, 39b-40a) constituyeron un grupo específico, aunque no homogéneo, de pueblos que por diferentes razones entraron a formar parte del selecto círculo de confianza del Sapan Inca. También han sido llamados incas pobres o foráneos (Guamán Poma 1992 [1615]: fol. 345) o incas simbólicos (Vásquez de Espinoza 1995: 308). Se trata de una respuesta política del Sapan Inca utilizada para recompensar a sus aliados tempranos y asegurarse el control de sus dominios. Ya fuera durante el reinado de Manco Cápac (Garcilaso de la Vega 1985 [1609]: *op. Cit*.) o durante el de Pachacutic (Silva 1995: 105), en algún momento se toma la decisión de incorporar bajo esta figura en el aparato administrativo a grupos vecinos sometidos que eran claves para continuar con la expansión del dominio inca. Etnias como los anta estuvieron entre los incas de privilegio que más alto llegaron sin ser *incas de sangre*. En la genealogía incaica aparece Mama Ronto Caya, o Mama Yunto Caya, hija de un señor de Anta como la madre de Viracocha Inca, nieto de Inca Roca. Si bien muchos incas de privilegio habitaron zonas específicas en el ámbito de la ciudad del Cusco o de su área de influencia directa, también existió una clase especial o los llamados *mitimaes orejones*, incas de privilegio que fueron enviados a diversas regiones para asegurar el control político e ideológico de los lugares donde se imponía por primera vez el dominio Inca (Anders 1990: 63-64).
8. El cambio radical del equilibrio de poderes entre grupos étnicos cercanos que supuso el éxito de los incas en el control del valle del Cusco, fue un auténtico experimento que a pequeña escala preparó las bases geopolíticas de lo que después sería la expansión por toda la región de los Andes. Ver el artículo de Kendall (1970) *An archaeological perspective for Late Intermediate Period Inca development in the Cuzco region*.
9. B. Bauer (2008) y R.A. Covey (2003; 2006) hacen un recorrido de tipo antropológico a través del surgimiento y expansión del estado inca que les permite desmarcarse del discurso precedente del individuo y la conquista rápida a recabar en aspectos de orden social y antropológico que influyeron en la expansión del dominio inca.

10. En relación al término "imperio socialista" atribuido a la organización inca ver: L. Baudin (1942), *Les Incas du Pérou. Essais sur le socialisme*.
11. Usar el término propiedad de la tierra en la cultura inca no es correcto ya que en su cosmovisión no cabía la idea de que algo tan sagrado como la *Pachamama* pudiera tener dueños o, aún menos, pudiera ser dividido en posesiones individuales. Por esto, se usa el término "pertenencia" que se aplica mejor cuando nos referimos al usufructo de la tierra.
12. La palabra *Yanacona* o *Yanakuna* procede del quechua y puede ser traducida al castellano como "servidumbre". En el Tawantinsuyu se utilizó este término para designar a aquellos individuos segregados de su comunidad que servían al Inca realizando todo tipo de trabajos, desde las actividades productivas básicas, como las agrícolas, hasta las relacionadas con los más altos niveles de la organización administrativa. Los *yana*s perdían de por vida los vínculos con sus comunidades de origen.
13. También se le denomina *Qhapaq Ñan*, o camino principal o rico.
14. El *tupu* como unidad de medida no estaba pensado para establecer con precisión ni distancias ni tiempos. Estaba más en relación con una unidad de registro de recorridos donde la medida tenía mías relación con el tiempo que con el espacio. Para M. Rostworowski (1960) un *tupu* de subida era más corto que uno de bajada; primaba en él la idea de relatividad.